

El otro rostro de las Milicias Populares: narrativas de mujeres en las Milicias del Pueblo y para el Pueblo (MPP) y Milicias Bolivarianas (MB) (1990-1994)



Angie Tatiana Valencia Larrea

Trabajo de grado para optar al título de Antropóloga

Asesora

Irene Piedrahita Arcila

Antropóloga- Mg. en Ciencias Políticas

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias sociales y Humanas
Departamento de Antropología
Medellín
2020

Contenido

Resumen	3
Agradecimientos.....	4
Introducción.....	6
1. El problema de investigación	6
2. Estructura del trabajo.....	13
Capítulo 1. Las mujeres en la guerra. Una perspectiva de género a los estudios locales	15
1. La importancia de la pregunta	15
2. Trabajo de campo: la búsqueda de las mujeres en las milicias	22
3. La memoria y género como método a los estudios locales	26
Capítulo 2. Las Milicias Populares. “Detrás de la Capucha están tus vecinos”	30
1. Historia de un habitante	30
2. Las Milicias Populares	36
2.1Mujeres y Milicias.....	46
2.2Acuerdo de Paz: y ¿las mujeres?	51
Capítulo 3. Los rostros eran otros: la mujer en la perspectiva masculina.....	60
1. Historia de un miliciano	61
2. Las mujeres estáticas	66
Capítulo 4. Las mujeres contadas por sí misma	81
1. Historia de una mujer.....	81
2. Las mujeres en las milicias populares	85
3. La apuesta es la vida.....	92
Conclusiones	96
Referencias bibliográficas	101

Resumen

El presente trabajo analiza la participación de las mujeres en las Milicias del Pueblo y Para el Pueblo y las Milicias Bolivarianas en la zona Nororiental de Medellín, entre 1990 a 1994. Las milicias populares fueron grupos armados de limpieza y seguridad, pretendieron suplir condiciones básicas de vida, convivencia y control barrial, conjugando sus accionares con transacciones permanentes de violencia, a otros actores del conflicto y el estado.

La trayectoria de las mujeres en las milicias ha sido poco estudiada, las narraciones ubican a las mujeres dentro de una amplia ideología patriarcal, la imagen de su participación aparece de forma indirecta siendo consideradas sólo como novias y amigas, desconociendo sus diversas funciones, aporte político y organizativo. La memoria colectiva, resultado del trabajo etnográfico, evidenció que las mujeres y su participación permitieron que la violencia de los grupos milicianos transitara al trabajo comunitario a partir de la valoración de la vida y el cuidado.

Palabras clave: Milicias Populares, Medellín, Mujeres, Género y Memoria

Abstract

The Present writing analyzes the participation of women in the Militias of the town and for the people and the Bolivarian militias in the northeastern area of Medellin between 1990 and 1994. The popular militias were armed cleaning and security groups, intended to replace basic living conditions, coexistence and neighborhood control, combining their actions with permanent transactions of violence, to other actors in the conflict and the state.

The trajectory of women in the militia has been poorly studied, the narratives place women within a broad patriarchal ideology, the image of their participation appears indirectly being considered as girlfriends and friends, ignoring their various functions, political contribution and organizational. The collective memory, the result of ethnographic work, showed that women and their participation allowed the violence of militia groups to move to community work based on the assessment of life and care.

Keywords: Popular Militias, Medellín, Women, Gender and Memory

Agradecimientos

Las inquietudes se resuelven con otros, infinito amor y agradecimiento aquellas personas que aportaron los recuerdos, dolores y alegrías en el reto que fue descubrir una pieza en el rompecabezas.

Ana Ximena gracias por ser la compañera de este viaje, por quererme tanto, por estar siempre y leerme en momentos de duda, gracias por enseñarme amar con fuerza y sencillez. Gracias a tu familia Gil Peláez, a Ana María y Yuvi por abrirme sus brazos, ser apoyo y vitalidad en momentos tan duros, ellos construyeron también este pequeño logro que hoy es una victoria.

Gracias a mis padres por enseñarme a soñar y no imponerse en la toma de mis propias decisiones. Gracias por abrir las carpetas de la memoria, para volver a repasar cada historia de su juventud y acompañarme hasta aquí.

Gracias Diana por las conversaciones, discusiones y nutrir pensamientos en conjunto. Gracias por no abandonarnos en el trayecto universitario, por tenerme presente en cada momento y a pesar de tanto, ser como una hermana; si el monito estuviese aquí se sentiría orgulloso por lo mucho que hemos crecido.

Nataly, Isabel, Daniela, Isis, Carlos, Eduardo, Laura, Luisa, Yesenia, Sara, Eliza, Cristina, Angie, Pipe y Juan, gracias por ser tan sororos, por la amistad y el empuje, la escucha, ser tan feministas y solidarios. Agradezco a cada uno por los caminos, los bailes, las cervezas, los abrazos, lágrimas y aquelarres, por la vida en sus colores; gracias infinitas por ser, fluir y recordarme que ¡Amando Venceremos!

Gratitud y cariño a Sandra, Lucia, Sara, Patricia, Gloria, Octavio, Manuel, Fernando, Pablo, Pecosso y Camilo por no renunciar en las desesperanzas, por ver el mundo distinto, ser valientes y regalarme regocijo en momentos incomprensibles, gracias por la sinceridad, por abrirme las puertas de sus hogares, compartir anécdotas y reflexiones, merecen un especial reconocimiento.

Y Griega Winikott gracias por ser la cadena de esta bicicleta, tu ayuda incondicional aportó la bola nieve que permitió pedalear, gracias amigo por ser porfiado y rebelde, gracias por seguir soñando en este mundo trucho y careta.

Agradezco a Irene Piedrahita por creer, por no dudar, por motivarme a escribir por más duro y complejo que fuera, por asesorar este trabajo, por los aportes, las críticas y sobre todo gracias por la ternura, estoy convencida que para las dos es bien significativo; gracias por reconocer los esfuerzos y ver en este texto algo importante. Gracias por tanto.

Gracias a los integrantes del proyecto “Rostros de la Estatalidad en las comunas 1, 3 y 6 de Medellín a partir de las disputas por el orden y el control entre milicias y agentes del estado. 1987 –1995”, por dejar que hiciera parte. Gracias por las preguntas, los enredos, descubrimientos, por los encuentros, los aportes, las docenas de tinto y las risas. Gracias por investigar.

Por último y no siendo menos importante con este trabajo quiero ser mención al abuelo Arturo y a Jhon, que, aunque no sigan en este plano inundaron mi alma de los mejores aprendizajes. Gracias por creer en mis proyectos, por compartir ideas, por el calorcito, por ayudar a levantarme y a encontrarme. ¡Salud!, en cada río los recuerdo y los llevo conmigo como a una promesa.

¡Que el universo los abrace siempre!

Introducción

1. El problema de investigación

*Dios me negó un nombre en la ciudad perdida en
la que fui la esclava de un hombre que quizás amé.
Soy mujer y soy la sal de la tierra y la sal del olvido.
También fui un hombre en el vientre de mi madre
Ahí donde todos somos iguales
Fui la voz del veneno
Y fui el silencio en los ojos de quienes me vieron.
Mi pecado fue ver más allá de lo permitido
Soñar que el tiempo cambiaría
y dejaría a mis manos tocar la libertad de la noche.
Mi madre Eva
fue condenada a la eternidad y nosotras con ella.*
William Alfaro

Nací y crecí en una comuna popular, entre los barrios Jardín, Granizal, Santo Domingo y San Pablo. Allí se encuentran los amigos de la montaña, los porfiados. Como cualquier otro habitante percibí la violencia de grupos armados de la zona. Mis padres son de la generación de los 90 y muchas de sus historias están marcadas por el fenómeno miliciano, muchos de sus recuerdos llegaron como cuentos fantásticos cuando tan solo tenía quince años, con la muestra de un arma deteriorada y sin balas. Ese momento en el cuarto del abuelo fue el inicio de las anécdotas, la preparación para conocer los escenarios en que creció mi familia y conocer un poco más del barrio.

Las anécdotas de estos grupos giraban en torno a sus acciones, cómo robaban bancos, cómo se movían de un lado para otro, la mamá, novia del duro del combo, y sentir suspiros continuos y nostálgicos de aquellos narradores que aseguran que la vida fue distinta en esos años y que ahora sólo les queda el recuerdo de los amigos que quedaron vivos y de los que hicieron ir.

Al escuchar las anécdotas repetidas, me iba percatando que siempre eran los hombres quienes hablaban del tema y eran ellos quienes protagonizaban la historia. Cuando hacían mención a las mujeres, estas aparecían en asuntos puntuales como en la narración de los noviazgos, de informantes y en espacios de festejos, y así mismo sucedía con aquellas mujeres de mi época, aquellas que fueron

muy cercanas a los combos. Aunque son dos momentos distintos tenían la misma particularidad: la mujer era minimizada a estar detrás del telón, está detrás del hombre. Con esta suposición quise comprender concretamente qué eran las milicias populares y me pregunté si existían mujeres a las cuales se les consideraban milicianas y qué había pasado con ellas. Partí realizando la pregunta a personas cercanas y revisando algunas referencias bibliográficas. Al respecto encontré que los sucesos de guerra siempre eran protagonizados por hombres, las mujeres no aparecían por ninguna parte, parecían sombras, hay conciencia de su reflejo, pero se quedan en solo eso, un reflejo en la luz.

Dicha inquietud se hizo pulsante e intensa, pues no podía ser del todo verdad, ¿qué había detrás? ¿de qué manera podía comenzar a buscarlas para completar las anécdotas recolectadas en el pasado? ¿cómo descifrar de forma más completa la historia de mi barrio y hacerla creciente hacia la historia de la ciudad?, ¿por qué Medellín tan incompleta y masculinizada?

Fueron muchas las preguntas que salieron a flote y se convirtió en un interés traerlas a colación, querer situarlas en una experiencia de investigación concreta, y para esto debía comenzar por comprender no sólo el fenómeno miliciano sino también la violencia. Leyendo a Veena Das (2008) algo cobró sentido, pues la autora alude a que la cotidianidad es el mejor escenario de la reparación y la vía de la reconstrucción, y precisamente con esta idea me convencí que para poder responder la pregunta sobre la existencia y experiencia de las mujeres milicianas debía situarlas en la cotidianidad, dejando de lado el juicio de valor en categorías como víctimas o victimarias, para poder hacer factible la respuesta de cómo aparecen, cómo desarrollan su accionar en dichos grupos, y cómo su participación ayuda a construir la memoria desde el género en la violencia de la historia local.

El presente trabajo se pregunta y analiza las formas como las mujeres aparecen dentro de las narrativas de los grupos milicianos, a través de la participación en las Milicias del Pueblo y para el Pueblo (MPP) y las Milicias Bolivarianas (MB), las cuales tuvieron presencia entre los años de 1990 a 1994 en la zona Nororiental, principalmente en las comunas 1, 2 y 3 de Medellín.¹ Las milicias populares fueron grupos de autodefensa barrial que, ante una percepción de ausencia estatal,²

¹ También se sabe que las MPP y las MB actuaron en otras zonas de la ciudad, particularmente en la zona noroccidental y en algunos barrios de la centroriental (Jaramillo, 1994; Téllez, 1995). Sin embargo, y para fines de la delimitación espacial de este trabajo, se toma como referencia lo sucedido en la zona Nororiental.

² Se habla de *percepción de ausencia estatal* porque aun cuando en la década de los ochenta se tenían formas de acción del estado en estos territorios, tanto las milicias como los pobladores, hablaban de ausencia estatal. En varias entrevistas hechas a líderes milicianos por periódicos como El Tiempo, su discurso se basaba en la ausencia estatal como premisa para justificar sus acciones. Sin embargo, en esta investigación se habla de

pretendieron ser el reemplazo de las obligaciones del estado en barrios marginales de la ciudad,³ su ejercicio estuvo dado por medio de múltiples dinámicas caracterizadas por actuaciones públicas y privadas en los barrios donde tenían injerencia, y en el ejercicio de la violencia. Para Manuel Alonso Espinal et al (2007):

El surgimiento de los grupos autodefensas se venía conformando ya desde los años 80 por medio de expresiones ideológicas guerrilleras y se gestaron como respuesta comunitaria a la delincuencia y a la débil acción estatal para controlarla, la proliferación de diversos grupos armados, el acelerado crecimiento de las bandas al servicio del narcotráfico, y la demanda ciudadana de seguridad, lo que impulsó las disputas por el control territorial y geopolítico, dando como resultado la extensión de la violencia en la ciudad (p. 119).

En un primer momento los grupos milicianos tuvieron la intención de ser quienes subsanarían las necesidades básicas de los pobladores, creando condiciones de convivencia y defensa llevadas a cabo a través de la denominada *limpieza social*, siendo una especie de actor que combinaba características de grupos vigilantes, justicieros y de ideología guerrillera.⁴ Sin embargo, en su desarrollo no siempre los diferentes grupos se identificaron y siguieron dichas ideas insurgentes, sus accionares se entremezclaron con las de otros grupos delincuenciales⁵ y, en esa medida, comenzaron a sobrepasar la confianza de la población, volcándolas a un segundo momento en el que la violencia desmedida en la escala de la obtención del poder barrial fue la que primó su realidad inmediata.⁶ Esto decantó, tal como se verá más adelante, en un proceso de negociación *sui generis* para la historia de la ciudad y del país.

percepción, debido a que las acciones del estado para ese momento podrían rastrearse en distintos barrios y sectores de la zona nororiental.

³ Esta es una de las interpretaciones que se ha hecho sobre las milicias, a raíz de las declaraciones de Pablo, uno de sus máximos líderes a los medios de comunicación en la década de los noventa, particularmente al periódico El Tiempo. Sin embargo, para algunos autores más recientes no necesariamente hay una pretensión homogénea de “ser o suplir al Estado” sino que esto se concentraba fundamentalmente en las ofertas de seguridad.

⁴ Para Manuel Alonso Espinal (2007) y Astrid Mireya Téllez (1995) el comienzo de las milicias populares se vio influenciado por expresiones y discursos de grupos guerrilleros en torno a la toma deliberada de los territorios. Estas nociones fueron traídas por ex militantes de grupos como el ELN, M19 y el EPL. Sin embargo, el carácter de estas no siguió de lleno las propuestas de proyectos revolucionarios, ni se articularon a estas, más bien su carácter fue societal, es decir, por parte de personas del común que se organizaban para la defensa de crímenes cometidos por bandas y delincuentes en los barrios.

⁵ En el capítulo dos realizo la aclaración de este punto, ya que fue en mayor medida lo que influyó en que varios grupos milicianos sufrieran una fragmentación y otros optaran por acceder a un acuerdo de paz en 1994.

⁶ En el trabajo de campo realizado, las personas aluden a que los últimos años del accionar miliciano estuvieron cargados de formas muy cruentas de violencia, lo que implicó una pérdida de confianza en estos grupos. Las formas de violencia se reflejaban en asesinatos selectivos realizados con sevicia, así como casos de tortura y maltrato.

Por otro lado, las lecturas que recrean la historia de la ciudad y la contextualización del conflicto armado, hablan en voces masculinas. El rol de las mujeres en el fenómeno miliciano aún no registra en la literatura ni en la bibliografía de forma sistemática, por lo que se abre una oportunidad para ampliar la investigación social y la escritura sobre mujeres en la violencia urbana.⁷ Esto pone una pregunta alrededor del lugar de las mujeres en contextos como el latinoamericano, de la construcción de reflexiones en los estudios de género y de la violencia, así como en la antropología y su papel en este tipo de estudios.

El presente trabajo describe procesos de memoria que dibujan el fenómeno miliciano en Medellín, a partir de elementos experienciales y vitales de mujeres y hombres, quienes hicieron parte o tuvieron cercanía con estas estructuras armadas. El objetivo de recopilar narrativas en clave género, tiene como finalidad rescatar el papel fundamental que desempeñaron las mujeres como gestoras en espacios sociales y militares, lo que derriba el discurso tácito de que la guerra la ejecutan y experimentan sólo los hombres, mientras las mujeres ocupan un solo lugar: el de colaboradoras o espectadoras pasivas.

Cuando las mujeres no hablan por sí mismas, la oficialidad de las anécdotas puede volverlas residuales, la historia masculinizada y generalizada las convierte en “la sal del olvido”, pero nadie se percata de que la sal es permanencia. Reflexionar sobre las mujeres en los grupos milicianos o en la violencia en general, nos deja un reto, que es volver lo silenciado del acontecimiento en la conquista de un lugar en la memoria y el deber de esparcir los recuerdos femeninos en la memoria colectiva, con el propósito de radicalizar toda historia masculinizada y hegemónica que domina distintos espacios.

Una de las curiosidades al desarrollar el trabajo de campo fue encontrar muchas voces masculinas dispuestas a hablar, a llenar de contenido y sustento todo lo ocurrido en el pasado. Esos relatos fueron importantes en la interpretación que surgió del silencio de las mujeres, pues ellas no siempre quisieron hablar. La memoria es tan compleja porque el silencio tuvo la finalidad de ser el motivo estratégico para ser desapercibidas en el presente, su deseo de dejar atrás los sucesos violentos y continuar con su vida.

⁷ Alonso Salazar en 1993 publica el libro “Mujeres de Fuego”, el texto presenta la vivencia de mujeres en la violencia de la ciudad y lo hace a partir de un conjunto de testimonios periodísticos. Aunque menciona allí algunas historias de la participación de mujeres en las milicias populares, no logra profundizar en el fenómeno.

En los acercamientos y entrevistas varias de las mujeres vieron el contar como un momento poco común en el que podían hablar de forma integral sobre varias partes de su vida, entrelazadas y conectadas de diversas maneras con el fenómeno miliciano. Esto me puso de frente una reflexión sobre la memoria, pues considero que fueron diferentes a las formas de narrar de los hombres. No se trató de caer en el juego de ver cuáles podrían ser mejores formas de contar, sino ver que en la generalidad de los relatos hay una subordinación hegemónica imperante, como también existe un espacio para lo “no-dicho” como propone Ludmila da Silva Catela (2004), quien ve en el silencio una frontera consciente que debe ser diferenciada del olvido y en el cual es importante fijarnos.

Tal vez lo más sorprendente del trabajo de campo fue sentir que después de recorrer contextos, barrios y hablar con mucha gente, somos las mujeres quienes nos preocupamos, preguntamos e investigamos sobre las mujeres, como si fuera un terreno creado exclusivamente para nosotras, lo que deja mucho que sospechar de la realidad social.⁸ El recuerdo fue el punto de partida para descubrir que las mujeres, por medio de sus voces y acciones, desarrollaron un papel diferente en los barrios, siendo portadoras del sostén y la continuidad del tejido urbano, y este espectro se ha desdibujado en la historia reciente de Medellín que apenas las comienza a identificar como rostros directos.

Al mirar el panorama nacional, según investigaciones de Yoana Fernanda Nieto y Luz María Londoño (2006), en Colombia la participación de las mujeres en la guerra es significativa, las mujeres interpretan de manera diferente la guerra y asumen posiciones diversas frente a ella, mostrando una mayor o menor fortaleza para afrontar sus consecuencias. Las mujeres en el fenómeno miliciano realizaron una ruptura con el orden establecido, generaron una disposición al cambio, ya que enfocaron sus deseos y pensamientos en relación al proyecto de vida, la familia y el bienestar comunitario, mientras los hombres encarnaron la figura del heroísmo individual que les interpuso las dinámicas propias de la guerra. Por ello es importante analizar que hombres y mujeres experimentaron de forma diferencial el proceso, en tanto las mujeres no realizaron el mismo trabajo que los hombres no por su incapacidad, sino por diferentes intereses.

⁸ Si bien hay algunos trabajos hechos por hombres con enfoque de género, esta es, por lo general, una preocupación de las mujeres.

El rescate del lugar de las mujeres en el fenómeno miliciano vuelve interesante las discusiones teóricas sobre estos grupos, (Ceballos, 1998; Franco, 2006; Tapias, 2001; Mejía, 2016), las cuales aportan el resultado que tuvieron los grupos milicianos que sufrieron un socavamiento y punto final, acarreado por problemas dentro de la misma estructura. Al igual que las bandas, estas proporcionaron dinámicas de delincuencia e ilegalidad, por lo que perdieron legitimidad en los lugares donde desplegaron su accionar. A pesar de todo eso, su rostro en el ejercicio de seguridad y limpieza social, logró transitar a espacios organizativos y políticos, encabezados mayoritariamente por su otro rostro: el de las mujeres.⁹

El interés de este trabajo prevalece en la construcción de voces desde las personas que pertenecieron, militaron o de otra forma estuvieron presentes en dicho momento, quienes aportaron su visión de los diferentes grupos, por lo que un elemento significativo de esta escritura es el poder de las anécdotas que estarán al comienzo de cada capítulo, las cuales se constituyen en historias contadas a través del relato de algún habitante de los barrios de la zona nororiental.

Estos relatos parten de historias recogidas en el trabajo de campo, unos se presentan de manera individual, partiendo de la experiencia de alguna de las personas con las que se conversó en este proyecto. O bien, algunos de estos relatos se construyeron como colchas de retazos, esto es, partiendo de las voces e historias de muchas personas con quienes se habló en campo. En ambos casos son viñetas etnográficas que permiten encuadrar el tema de cada capítulo, mostrando la importancia del relato y de la memoria como estrategias metodológicas que apuntan a reconstruir una parte de la experiencia de las mujeres. Esto porque,

⁹ Las milicias populares adelantaron iniciativas comunitarias como comités vecinales, bingos, recolectas, procesos de autoconstrucción, entre otras. Para Gerard Martin (2014) establecieron lazos con concejales y otros políticos consiguiendo apoyos para obras como la apertura y pavimentación de vías, maestros, dotación para escuelas, puestos de salud, juegos, canchas deportivas. Estas acciones estuvieron encabezadas mayoritariamente por mujeres, quienes se ganaron la confianza en los procesos de mejoras barriales. El accionar desmedido de la violencia en los diferentes barrios de la ciudad, bifurcó los objetivos milicianos sobre subsanar las condiciones de vida de los habitantes, sin embargo, muchos de los jóvenes y mujeres continuaron desarrollando estas ideas a partir de acciones comunales, grupos juveniles, la iglesia y proyectos institucionales.

La memoria —entendida como acción social (Vázquez, 2001)— es un proceso en permanente construcción que forma parte de procesos identitarios generizados, que tampoco están nunca acabados y que tienden a la disonancia y la incertidumbre, sin que nunca se alcance una identidad de género coherente y bien constituida (Lloyd, 2005) (Troncoso y Piper, 2015, p. 71).

Cada capítulo fue construido tomando como eje central las entrevistas, las cuales plantearon la posibilidad de un acercamiento a hombres y mujeres, y a los espacios en los que confluyeron. Y teniendo en cuenta que el fenómeno de las milicias populares puede ser amplio, cada apartado desarrolla un pequeño resumen de los asuntos a tratar, no se busca que cada capítulo sea la continuación del otro, más bien estarán interconectados por la pregunta sobre las mujeres, tomando como fuente el recuerdo.

Cabe advertir que las diferentes conversaciones que aquí se muestran tienen como principal compromiso la seguridad de las y los entrevistados, las interlocuciones no contienen nombres propios, cada persona decidió presentarse de forma acordada bajo un seudónimo por el cual sintieron empatía o por los que fueron reconocidos años atrás. Este acuerdo se pactó en referencia al respeto y el derecho que tienen las personas al anonimato, la intimidad, dignidad y privacidad de la información, la cual sólo fue recolectada con fines académico. Así mismo, el acuerdo frente al manejo y uso de la información se relaciona con el contexto político actual en el que la transición posterior al proceso de paz obliga a que se tengan mayores cuidados con quienes otrora hicieron parte de alguna estructura armada.

2. Estructura del trabajo.

Este trabajo, titulado: “El otro rostro de las milicias populares: narrativas de mujeres en las Milicias del Pueblo y Para el Pueblo MPP y Milicias Bolivarianas MB (1990-1994)”, se distribuirá de la siguiente manera.

El primer capítulo *Las mujeres en la guerra. Una perspectiva de género a los estudios locales*, propone un análisis metodológico que responda el ¿por qué preguntarse sobre las mujeres en la guerra?, lo importante que resultan la memoria y el género en los estudios locales y cómo estas reflexiones e indagaciones nos ayudan a encontrar respuestas en la comprensión de las dinámicas, y

procesos que construyen el tejido social. Este capítulo, además, sitúa la pregunta en el campo antropológico, para provocar reflexiones en torno al rol de la disciplina en este tipo de problemas de investigación.

El segundo capítulo *Las milicias populares, “detrás de la capucha están tus vecinos”*, es un brebaje contextual del surgimiento de las milicias en Medellín, cómo han sido caracterizadas, sus objetivos y desarrollos a través del tiempo, los roles y relacionamientos de hombres y mujeres dentro de dichos grupos. No pretende ser una radiografía de la historia reciente de Medellín, pero sí parte de algunos hitos en la historia de la ciudad para proponer el lugar que ocuparon las milicias en los barrios de la zona nororiental de Medellín.

El tercer capítulo *Los rostros eran otros: la mujer en la perspectiva masculina*, abordará las formas como los hombres sitúan a las mujeres dentro de las narrativas, por medio de diferenciaciones jerárquicas y discursos que conllevan a que estas no sean contadas de manera igualitaria y sean llevadas a un segundo plano. El cuarto capítulo: *Las mujeres contadas por sí mismas*, reconstruye el perfil de las mujeres en las estructuras milicianas, como ellas se sitúan dentro de los grupos y su papel en el tránsito a la organización barrial. Finalmente, la tesis cierra con unas conclusiones que recogen preguntas abiertas para posibles investigaciones futuras.

CAPÍTULO 1

Las mujeres en la guerra. Una perspectiva de género en los estudios locales

Podríamos decir que una conjura del olvido cae sobre las mujeres desde las propias historias insurgentes hasta la propia historia oficial del país. Todavía son silencio o, en el mejor de los casos, figuran como creación de otros; muy pocas veces se presentan con su propia palabra.

María Eugenia Vásquez¹⁰

1. La importancia de la pregunta

La antropología colombiana comenzó a debatir el antropocentrismo que la abanderaba desde finales de los años 80 y principios de los 90. En los años 80 la vigorosidad de las movilizaciones sociales y del pensamiento crítico permitieron cuestionar algunas de las preguntas más rígidas de la antropología, trayendo consigo que hacia mediados de los 90 “se dieron una serie de discusiones y desplazamientos con respecto a la manera más convencional de concebir la disciplina” (Restrepo, 2016, p. 64). Estas discusiones posibilitaron cuestionar las formas de hacer antropología, los temas que esta disciplina debía estudiar, así como las preguntas por el sentido ético y político de la escritura etnográfica y el lugar que allí ocupan los sujetos políticos y los grupos sociales.

El reconocimiento de la pregunta sobre las mujeres fue el resultado de varias propuestas teóricas direccionadas a los estudios de género, teorías feministas y al uso de herramientas metodológicas propias de la disciplina, lo que se vio reforzado por los programas de posgrado referidos a los estudios de género que ampliaron la mirada de muchas antropólogas y antropólogos (Restrepo, 2016). La nueva visión puso en discusión cómo estaban siendo representadas las mujeres y qué importancia ocupaban como sujetos de estudio; la referencia fue la mirada androcéntrica que caracterizaba la antropología. Mara Viveros (2019) explica que para esos años las mujeres eran ubicadas como objetos de intercambio de capacidades reproductivas y no como sujetos que

¹⁰ María Eugenia Vásquez es una antropóloga colombiana reconocida por sus reflexiones en torno a la militancia. Hizo parte del grupo guerrillero M-19, en la conformación de células urbanas. Su trabajo resulta una de las principales fuentes para comprender las experiencias de las mujeres en la guerra desde una perspectiva autobiográfica.

produjeran conocimiento antropológico (p.49).¹¹

Entre tanto era innegable la existencia de investigadoras interesadas en la interpretación del sistema patriarcal y su incidencia en las familias colombianas.¹² Para la solución de lo anterior y el reclamo de su posición dentro del campo antropológico, partieron de la consideración del género como construcción cultural, y la incidencia de los roles femeninos y masculinos en la sociedad, referenciados a partir de las discusiones dadas por estos estudios en la década de los setenta, tal como lo propone Joan Scott (1986).

El enfoque de género en la antropología tuvo un desenlace lento. Para Mara Viveros (2019), las lecturas feministas de habla inglesa y el Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe dado en Bogotá en 1981 iniciaron los primeros intercambios entre activistas feministas, movimiento de mujeres y científicas sociales, quienes ampliaron el tema en espacios académicos y realizaron publicaciones durante los años 90 en varias revistas colombianas de antropología.

De esta forma emergieron temas nuevos: el del impacto de las relaciones de género en el desarrollo y el de los efectos, diferenciados por género de las múltiples expresiones de la violencia política en el país. (p.67)

Las discusiones crecieron de modo que el interés por definir las bases de la perspectiva de género y su contribución al pensamiento crítico, fue positivo y llevó a traspasar barreras que condujeron en un primero momento al reconocimiento de las mujeres como productoras académicas, la eliminación de la dicotomía existente entre naturaleza/cultura en la diferenciación sexo y género (Viveros, 2016) y en un segundo momento al desarrollo de una visión equitativa entre hombres y mujeres.

¹¹ Esta discusión no sólo ha sido propia de la antropología, sino que, en general, los estudios de género y su consolidación desde la década de los setenta, irradió fuertemente las formas de producción de conocimiento de las ciencias sociales. Esto ha implicado la realización de nuevas preguntas, reflexiones sobre el papel de las mujeres en el mundo académico, y la necesidad de consolidar redes académicas con preguntas sensibles al enfoque de género.

¹² Virginia Gutiérrez de Pineda y Alicia Dussan abanderaban investigaciones etnográficas sobre la sexualidad en los procesos socioculturales. Según las investigaciones de Mara Vivero Vigoya (2019) los trabajos de estas investigadoras serían conocidos años más tarde por otras antropólogas en el desarrollo conceptual de los estudios de lo femenino y masculino como construcciones sociales e históricas (p.59)

El avance de la perspectiva de género abrió el espacio para reflexionar sobre salud sexual y reproductiva, la vida cotidiana, y la pertinencia de las teorías feministas para explicar múltiples violencias políticas y sociales, exclusiones impuestas en el relato nacional colombiano. (p.73)

La triada antropología, género y feminismo, suscitaron en la disciplina lecturas contra-hegemónicas. Como señala Diana Gómez (2019) pareciera que permanentemente las mujeres deben demostrar sus capacidades para ser reconocidas como interlocutoras válidas, como portadoras de producción de conocimiento. Al ser las mujeres las que se preocupan y preguntan por otras mujeres, han aportado a la antropología lo que llama Mara Viveros (2017) un cambio de perspectiva en la propia disciplina.

Los enfoques de género en la antropología contribuyen a la emancipación, mediante la crítica a los valores y a las estructuras de autoridad y legitimidad académica androcéntricas prevalecientes hasta el momento (p. 52).

Las mujeres son quienes, en su mayoría, se han interesado por su sitio dentro del campo investigativo, accediendo al reto de sobresalir en la lógica dominante, la cual destina a los hombres a ser quienes desarrollan lo que se considera legítimo de una sociedad. Este inconveniente estructural ha dejado una esfera dimensional en el abordaje de las relaciones de poder, entendiendo que los procesos de hombres y mujeres son distintos, y que, al experimentar situaciones como la sexualidad, la economía, la violencia, el cuerpo entre otras cosas, negocian y reconstruyen constantemente roles de género y modos distintos de relacionarse o hacer parte de una comunidad, ciudad y sociedad.

Diana Gómez y Diana Ojeada (2019), realizaron un rastreo acerca de la presencia de mujeres e investigadoras en la antropología, y destacan que paulatinamente los estudios de estas han logrado salir a flote. Los temas que han incursionado son la familia, sexualidad, migraciones, cuerpo, raza, masculinidades, política y movimientos sociales, los que han sido grandes aportes para la antropología en el siglo XX. Destacan los trabajos de Alicia Dussán (1954) “Características de la personalidad masculina y femenina en Taganga”, Virginia Gutiérrez de Pineda (1968) “Familia y cultura en Colombia: tipologías, funciones y dinámicas de la familia: manifestaciones múltiples a través del mosaico cultural y sus estructuras sociales”, Juanita Barreto y Yolanda Puyana (1988) “Historia de vida de las madres comunitarias”, Francisco Ortiz (1988) “ El rezo del pescado: un ritual de pubertad

femenina entre los sikuani y cuiba”. Para Viveros (2019) estos trabajos estudiaron la organización social y la descripción de las diferencias sexuales, lo que sirvió posteriormente para nutrir investigaciones con enfoque de género.

Por otro lado, para Mara Viveros (2019) una de las razones del reconocimiento tardío en la producción de conocimiento de las mujeres se debe a que, en el método preponderante de la antropología, la etnografía, primaban las miradas masculinas, esto debido a que la “descripción de la etnografía fue entendida de forma objetivista, producido por el etnógrafo masculino, como dato fijo, presenta la vida de los otros a partir de una imparcialidad indiferente” (p. 55).

Sólo entonces hasta que los trabajos de Virginia Gutiérrez de Pineda, Alicia Dussan, Edith Jiménez de Muñoz y Blanca Ochoa de Molina y el esfuerzo de las nuevas generaciones de antropólogas pusieran en el marco lo femenino y masculino como construcciones sociales e históricas; en suma, para lo que define el inicio de los estudios de género en el país. (p.59)

La pregunta sobre las mujeres fue evolucionando a medida que la disciplina reinventaba sus visiones. Abrir la puerta para evaluar de manera explícita el lugar de las mujeres en la estructura social, requirió el entrelazamiento y desarrollo de la categoría de género como un principio por el que se puede comprender el ordenamiento jerárquico de hombres y mujeres en lo social y cultural. Diana Gómez (2019), menciona que gracias a la pregunta por las mujeres se pudo revertir la posición masculinizada perpetuada por un sistema patriarcal que tiene el conocimiento, se pudo avanzar en el aporte significativo de temas centrales de la antropología como el estudio de la violencia, el estado y las poblaciones indígenas y campesinas.

Las discusiones también se nutrieron de la segunda ola del feminismo en Colombia, que para los años 70 transformaron culturalmente los discursos sobre la mujer. Doris Lamus (2010) apunta a que

Nuevas generaciones de mujeres y hombres que cuestionaban la moralidad dominante. En el caso de las mujeres, las primeras demandas del feminismo estuvieron orientadas a hacer visible, público y político todo aquello que había permanecido reducido a la vida privada, a la intimidad, asunto que emerge como la convicción fundamental del nuevo feminismo: lo personal es político. (p. 65)

El resultado dio la reflexión profunda de la persistencia de la desigualdad, dado que las mujeres no se consideraban aptas para razonar y tomar decisiones de forma autónoma, lo que siguió

reflejándose en la organización social en la que aún persiste la división sexual en la esfera de lo público y lo privado. La reproducción simbólica de lo anterior enmarca el destino de hombres y mujeres en el campo del tiempo y espacio, por ejemplo, la figura del hombre como defensor, listo para la violencia y lo público, mientras la mujer relacionada con el apoyo emocional y el cuidado. Esta división monolítica desconoce que claramente la igualdad de género se nutre siguiendo la idea de la diferencialidad para desentrañar los diferentes papeles que han tenido mujeres y hombres a nivel histórico.

En general, las mujeres han tomado importancia para la disciplina antropológica y en las ciencias sociales. Sin embargo, apenas para el año 2000 aparece en Colombia un aspecto por estudiar: la mujer en contextos de guerra. La efervescencia se encontró en tanto podía dar rasgos de la génesis del conflicto armado. La pregunta sobre las mujeres en la guerra es reciente, porque sólo para mediados del 2005, aparecen investigaciones hechas por autoras como Elsa Blair y Verónica Espinal (2003), Yoana Fernanda Nieto y Luz María Londoño (2006) María Eugenia Ibarra (2007), Luisa Dietrich (2014), y Jennyfer Vanegas Espejo (2017), quienes incursionan sus reflexiones a la creciente vinculación de mujeres al conflicto armado, ya sea como combatientes o víctimas.¹³ La visibilidad de las mujeres como actores sociales, es un trabajo fundamental en la conceptualización de los aportes femeninos, como la manera más certera de ampliar los marcos de interpretación; no obstante, las disciplinas deben traspasar la frontera de que son las mujeres quienes se preguntan por sí mismas, para hacer amplia, equitativa, coherente y ética la producción de conocimiento.

Ubicar la mirada de género en la violencia obedece a reconocer los múltiples papeles que desempeñan las mujeres en contextos de guerra. Luz María Londoño (2006) comenta que aún en la guerra la idea permanente del mito de la mujer como “pacificas por naturaleza” sigue intacta, de modo que no se identifica que el conflicto es sentido, vivido de manera diferentes por hombres y mujeres. Los estudios que realizaron la relación entre violencia y género han identificado que las mujeres han sido combatientes y víctimas directas, la sociedad ha estereotipado y esencializado a las mujeres de forma que el dominio de la violencia las ha utilizado de manera degradante y su lugar ha sido distorsionado.

¹³ Esto, sin embargo, coincide con que es en la década del 2000 que emergen con más fuerza trabajos asociados al conflicto armado, sus historias y formas de comprensión. Si bien para las décadas anteriores ya se contaba con muchas publicaciones sobre este tema, es la década del 2000 la que tiene un alto despertar en este tipo de publicaciones (Ver: Arenas, 2012; Piedrahita y Gil, 2017).

Los resultados de los estereotipos respecto a la feminidad han permitido conocer que los problemas sociales, la explotación y exclusión recaen con mayor intensidad en las mujeres pues su “debilidad” las convierte en objeto de posesión, miedo y dominación.

Los estereotipos son creencias rígidas y naturalizadas con respecto a la inferioridad de las mujeres que les impiden el ejercicio de sus derechos. Estos estereotipos se reproducen y recrudecen en el conflicto armado, la minusvaloración de las mujeres permite la agresión con la que se ejerce el control sobre sus cuerpos y sus vidas. (CNMH, 2011, p 18-20)

Ahora bien, el interés por el lugar de las mujeres en los contextos locales, busca lo complejo y el alcance que puede tener la violencia, las experiencias de lo urbano nos permiten entrever el conjunto de actores que suponen constantemente procesos de intercambio y de poder. Lo urbano como escenario primario por constituir relaciones vitales como la familia, las creencias religiosas, el trabajo, relaciones amorosas, de amistad, acciones de violencia o resistencia, son a su vez movimiento y encuentro. Tales experiencias suscitan que las mujeres obtengan una relación más intensa con los lugares en que habitan ya sea por sus roles todavía asignados "como la reproducción social y el cuidado" (Sanz,2000, p. 184) y por la multiplicidad de tareas que ellas cumplen, que hacen que estas sientan, se mantengan, y apropien de lo urbano, de este modo sean objeto de control o por el contrario tejedoras de lazos comunitarios.

Por las razones anteriores la lectura de género en lo local se hace necesaria. El concepto se inscribe en el paradigma teórico histórico-crítico ubicado en el feminismo, y por ello este trabajo recoge la definición de Marcela Lagarde (1996)

El análisis de género es la síntesis entre la teoría de género y la llamada perspectiva de género derivada de la concepción feminista del mundo y de la vida. Esta perspectiva se estructura a partir de la ética y conduce a una filosofía posthumanista, por su crítica de la concepción androcéntrica de humanidad que dejó fuera a la mitad del género humano: a las mujeres. Y, a pesar de existir en el mundo patriarcal, las mujeres han sido realmente existentes. Es notable que el humanismo no las haya advertido. La perspectiva de género tiene como uno de sus fines contribuir a la construcción subjetiva y social de una nueva configuración a partir de la resignificación de la historia, la sociedad, la cultura y la política desde las mujeres y con las mujeres. (p.13)

Continuando con la visión de Lagarde, la perspectiva de género permite analizar y

comprender las características que definen a las mujeres y a los hombres de manera específica, así como sus semejanzas y diferencias en la dimensión social, en este trabajo concretamente en la guerra local. Esta categoría nos da la posibilidad de rastrear las mujeres en la violencia, partiendo de que ellas no aparecen de forma directa, aún no se ven. También permite generar reflexiones sobre el fenómeno miliciano, que no sólo se nutrió del ámbito violento, sino también de otras dinámicas relacionadas con valores y prácticas sociales como lo menciona alias “Lucía”¹⁴ a continuación:

La oficialidad es masculina porque son los hombres quienes han escrito la historia. En la guerra los hombres se nutren de poder y egoísmo, sentirse necesitados e indispensables; los hombres son deseosos de encontrar un lugar en el mundo y están buscando el reconocimiento que no han tenido. Hay personas que no saben vivir por fuera de lo bélico y se convierte en un peligro, yo percibía como algo del entorno masculino, lo que somos las mujeres, nuestra sensibilidad, era un obstáculo para pensar de forma racional un proyecto, pero se equivocaron, la misma gente nos enseñó que si no te conectas, no eres empático, es abusivo pretender hablar sobre los otros y admitir que las mujeres hacen la tarea de generar vínculos y emociones, es darles el centro y decirles venga decidan con nosotros, y eso les resta el papel que han tenido en las comunidades, en la construcción de esta ciudad.

La violencia, dimensión imaginaria como lo expone Elsa Blair (2004, p. 85) siguiendo a Castillejo, “no es sólo un cruce de balas, es un cruce de sentidos y roles dentro de un sistema de significados”, lo urbano y su conexión con lo local es la base sobre la que se asienta el intercambio de sentidos y símbolos. Al comenzar la búsqueda de las mujeres en el fenómeno miliciano, era evidente que, aunque no se exponían a una visibilidad, las interpretaciones de las anécdotas mencionaban su figura, las hacía participe y ante el chisme de corrillo de que muchas seguían vivas, estas afirmaciones transfiguraron lo limitado que era la búsqueda en textos, prensa, artículos, etc., porque en el recuerdo de la gente que al pasar más de 30 años siguen en los mismos lugares, produjeron que el muro de la información que en un principio los investigadores podemos encontrar, lo pasara de largo.

2. Trabajo de campo: la búsqueda de mujeres en las milicias

El Popular y Manrique hacen parte de las 16 comunas que tiene Medellín. Se encuentran ubicadas en la zona nororiental y cada una cuenta con alrededor de 20 barrios. Empezar el trabajo

¹⁴ Ex militante del Movimiento Bolivariano, brazo político de las FARC. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2019.

de campo necesitó de hacer un recorrido por cada sector, la bola de nieve resultado de las conversaciones con los habitantes del barrio Jardín me fueron conectando con otros barrios como San Pablo, Guadalupe, Popular y Santo Domingo, a la par me relacionó con personas de diferentes edades, entre 30 a 60 años, cada una con algo diferente por contar sobre las milicias populares.

La pregunta sobre las mujeres comencé a hallarla por varios hombres cercanos a mi familia. A medida que avanzaba, las mujeres fueron apareciendo por recomendación de dichos hombres, algunas no quisieron hablar conmigo y otras lo hicieron desde la confianza que pudimos entablar. Al inicio no encontré mucho sobre ellas, los hombres mencionaron que varias fueron novias de los milicianos y otros no lograban decir qué había sido de ellas, ya que muchas familias se habían ido de los sectores y el tema no era algo de lo que hablaran mucho, pues hacía parte de algo del pasado.

El silencio profundo, camuflado por la respuesta que saca a cualquiera del paso, “de eso no se habla”, contiene moralmente una negativa en la gente, para las familias no es tan bien visto que un miembro sea quien desarrolle la violencia, tampoco el panorama es aceptable en los lugares. El silencio encierra un sin fin de emociones y motivaciones, ya sea por temor a las represalias, la dificultad de asumir la verdad, la responsabilidad o de ver la realidad, debido a que la guerra irrumpe y fractura en muchos casos el proyecto familiar o el deseo de un proyecto de vida; la violencia tiene efectos que muchas veces no contemplamos en la interacción con las personas.¹⁵

Eso de lo que no se habla debe irse desentrañando con delicadeza, para los entrevistados algunos aspectos pudieron ser incómodos, tristes o lo afrontaron de forma distante. El silencio de la gente me hizo comprender que su lugar sigue estando allí en los barrios, y contar muchos de los sucesos puede acarrear problemas, como también puede ser vergonzoso por lo que se pueda decir o categorizar, todo sujeto al miedo. Contar un relato, dar un testimonio es un acto que implica una construcción de confianza con el entrevistado, pero también propone un riesgo a sentirse juzgado por el otro o la otra. De ahí que la palabra cuidadosa y paciente fuera parte del diseño metodológico de las conversaciones en campo.

Me dirigí a la búsqueda de bibliografía sobre las investigaciones que se habían realizado sobre el fenómeno miliciano, las cuales se desarrollaron de forma general, principalmente hacían énfasis en

¹⁵ Los efectos pueden reflejarse en modalidades de victimización concretas, como desplazamientos, violencias sexuales, castigos, amenazas, etc. Pero también se ven reflejados en estigmatizaciones y formas de aislamiento y de sanción moral a las personas. El silencio, además, tiene que ver con formas de tramitar el pasado, lo cual es trabajado ampliamente por la antropóloga Ludmila Catela Da Silva (2004).

reconstruir los factores del surgimiento de los grupos y el proceso de paz que pactaron tres milicias en el año de 1994, algunos describen el accionar de los grupos y se resalta su poder territorial, pero no hubo investigaciones que se centraran en el trabajo de las mujeres en las milicias populares de finales de los ochenta.¹⁶ Como en esa búsqueda no lograba verlas de forma concreta, opté por usar la herramienta de etnografía de archivos, la cual vi en un curso de antropología del estado en semestres anteriores. Esta metodología propuesta por Eva Muzzopappa y Carla Villata (2011) ve en la revisión de archivos de instituciones estatales “la posibilidad de abordar documentos producidos por el estado para ver las relaciones y discursos de poder que constituyen y atraviesan frente otros actores y frente al pasado” (p.6).

Visité el Archivo Histórico de Medellín, el archivo del Centro Administrativo la Alpujarra, traté de comunicarme con la oficina de reinsertados ubicada en el sector de Caribe, con el fin de encontrar documentos relacionados con el proceso de desmovilización que tuvo tres grupos milicianos en 1994, y así determinar si a este proceso se vincularon mujeres. Realicé búsquedas en varias bibliotecas, hice una revisión de prensa en periódicos como El Tiempo, El Colombiano, El Espectador, El Heraldo y La Hoja. Lo encontrado fueron noticias eventuales de la época sobre muertes, delitos cometidos por parte de los actores del conflicto en los barrios, los acuerdos de desmovilización de los grupos milicianos y una que otra acta del concejo de Medellín que hablaba sobre los programas que desarrolló el gobierno local en pro de la desmovilización. Por lo demás, no logré rescatar mayor información.

Me permití seguir insistiendo en la búsqueda, revisé trabajos realizados por la Corporación Región y algunos investigadores a lo largo de los años, información contenida en el archivo del Museo Casa de la memoria y conversaciones con profesores y estudiantes. Continuaba, de forma paralela, en conversaciones con habitantes de otros barrios como San Javier en la comuna 13¹⁷; en este último Don Darío y Flor habitantes del sector, me

¹⁶ Algunos de los autores más reconocidos sobre estos temas son las mujeres Astrid Mireya Téllez (1995), cuyo trabajo es muy detallado frente al accionar miliciano; Ana María Jaramillo (1994), con quien, además, se tuvo una entrevista de contexto sobre el fenómeno miliciano; Alonso Salazar (1994), quien publicó varios textos en la década de los noventa. Así mismo, en los últimos años se reconocen investigaciones hechas por sociólogos como Sebastián Mejía. No obstante, y tal como se ha dicho, en estos trabajos aún no emerge la perspectiva de las mujeres milicianas.

¹⁷ Si bien la presencia miliciana de finales de los años ochenta fue escasa en esta comuna de la ciudad, la lógica del conflicto armado viró para finales de los años 90. Por eso, algunas búsquedas del trabajo de campo se hicieron en este sector de la ciudad.

aseguraron que las mujeres sí hicieron parte de esos proyectos y que muchas seguían vivas; así pues, que la información que quería encontrar debía ser escrita, ya que la pregunta concreta sobre las mujeres aún no estaba.

A medida que desarrollaba entrevistas, comprendí el por qué se me hacía tan difícil encontrar respuestas y fue debido a que una de las formas de actuación de los grupos milicianos tuvo que ver con la clandestinidad. El dejar atrás la participación en grupos armados y de violencia significó para muchas personas, permanecer y comenzar de nuevo en diferentes lugares. Lo que inició como una dificultad condujo a la reflexión de la clandestinidad como un eje para comprender los intereses y el desarrollo de la vida, resultado que les permitió a las mujeres sobrevivir y transfigurarse a través de los años.

Por otro lado, muchas de las mujeres no sintieron identidad por aquel pasado, ante la pregunta de si se consideraban milicianas, algunas negaron y la respuesta estuvo relacionada con los actos de muerte y malas acciones de los grupos, para ellas el verdadero valor está en todas las gestiones de mejoras que hicieron. Este sentir desembocó en narraciones más personales, los anhelos de organizar lo barrial, lo cual fue elegido para resaltar y ubicar su participación o relación con los grupos milicianos.

Las entrevistas tomaron su tiempo, incluso no “acosar” ante una respuesta fue tranquilizador para los entrevistados, dejar a un lado la figura rígida de investigador que lleva un banco de preguntas concretas, dio mayor fluidez en el recuerdo de las personas. Más que tener presente que estuvimos teniendo la entrevista para un trabajo universitario, se trató de hilar conversaciones con alguien joven, algunas incluso me describieron como una niña que quería saber más sobre el pasado de sus familiares y el barrio del que nunca había salido. Al inicio no fue fácil, algunas personas se contactaron conmigo después de seis o siete meses, otras no respondieron, me cancelaron varias veces o nunca llegaron a la cita concordada, otros me hicieron preguntas sobre quién era y por qué conocía a las personas que me ayudaron con el enlace, otras por su parte me hicieron llegar a cafés, parques, centros comerciales, espacios concurridos, pues lo alejado al lugar de vivienda les dio seguridad de hablar, escucharse y conocerme.

Fueron ellas quienes empezaron con las preguntas, de hecho, en algunos encuentros no obtenía información presuntamente clave, hablábamos de todo, menos del tema y después me proponían volver a verme y responder a todas mis preguntas, fue una forma de cerciorarse, de no

sentirse engañados ante la información que les suministraba por correos o vía telefónica. Lo que permitió las voces fue el hablar desde lo íntimo, tener claro lo que quería saber, darle valor a cada relato, comprometerme a dejarlos en anonimato, eso primó al entablar lazos de confianza.

En algún momento de los vaivenes investigativos sentí angustia, existen límites en tanto las mujeres nos preguntamos por la guerra, podemos sentirnos expuestas, observadas e intimidadas por los discursos masculinizados, que para muchos son naturalizados, también lo que parecen recuerdos para los entrevistados son marcas serias que la gente lleva consigo, “la guerra aún no se ha acabado”, “el pasado es pasado” me decían, pero aún lo traen de forma recurrente o tratan de anularlo para no acordarse bien de lo sucedido. La tarea que deja el campo etnográfico es el compromiso de ser cuidadoso con las memorias, la gente espera respeto y retribución de sus narraciones, por lo menos que se muestren tal como son.

En la brecha y lo complejo que puede ser el tema, la forma en como pude resolver mis inquietudes tuvo que ver con algunas situaciones, la primera fue hacerle diversas preguntas a lo que ya había encontrado, preguntas sobre la participación del estado ante el fenómeno, el por qué no había información por parte de la institucionalidad, las formas en como varios grupos se relacionaron e intermediaron para obtener el control territorial, el por qué a ciertos investigadores se nos dificulta estudiar la cotidianidad, los acontecimientos y las emociones. En segundo lugar, fue buscar el análisis categórico más sensato para sobrepasar los contextos estructurantes de poder que puede tener lo académico a la hora de escribir sobre la realidad concreta; así que, en esa búsqueda, recabar en la relación sobre memoria y género fue el camino. De hecho, estas reflexiones posibilitaron el extrañamiento que, tal como lo señala Myriam Jimeno (2012), es fundamental en los ejercicios de trabajo de campo etnográfico.

3. La memoria y el género como método en los estudios locales

Cuando partimos de la memoria como aquella que mantiene vivo el recuerdo, como aquel espectro que sitúa el conocimiento etnográfico, reconocemos lo que Elsa Blair (2002) recoge de Bronislaw Baczko, la memoria como materia prima: “la memoria se encuentra

religada a un pasado concreto, en un campo simbólico determinado, que modela el pasado y lo religa a las experiencias del presente y a las aspiraciones de futuro” (p.15).

La memoria expresada en el recuerdo profundo y dispuesta a ser narrada por los sujetos y la colectividad, ponen retos a la metodología investigativa, observar cómo el recuerdo transforma el presente de las personas, pero, a su vez, cómo el presente moldea los recuerdos, es un motivo de abordaje meticuloso. Poner atención, saber escuchar y registrar cada particularidad es fundamental para abordar la investigación. Ya afirmaría Tzvetan Todorov (1999) que la memoria es la única que no se opone al olvido, porque el pasado constituye el fondo de nuestra identidad, obligarnos a olvidar es tapar el acontecimiento histórico de la violencia, es ocultar la verdad.¹⁸

Judith Nieto (2006), destaca que la memoria y el olvido han sido efectos orientadores en el conflicto, los panoramas políticos vuelven la realidad extraña y las instancias oficiales sugieren la demanda del olvido. Puede ser entonces prioridad de quienes investigan, pensar en la memoria para que en dicho proceso puedan simbolizarse emociones como el amor, la vulnerabilidad, los aprendizajes, el odio, el dolor, aspectos que la guerra no reflexiona como finalidad. La memoria, desde esta perspectiva, es la posibilidad de reconstruir el recuerdo, de reflexionar sobre el pasado y de entender desde otros marcos, aquello que produjo la guerra.

En esta investigación se hizo uso de la memoria colectiva¹⁹, por lo que pobladores, actores directos, funcionarios y mujeres, se permitieron reconstruir la trayectoria de sus pasos. La pregunta por las milicias populares les género varias sensaciones, entre las cuales se pudo percibir, desconfianza, nostalgia y sensibilidad. Para muchos, los recuerdos siguen intactos por la importancia que cobraron en el desarrollo de sus vidas, como las amistades o el cariño que construyeron en sus relacionamientos y la esperanza de un cambio, aspecto

¹⁸ Aunque ello no implica necesariamente la obligatoriedad de la memoria. Cada pueblo, cada sujeto decide cuándo y cómo recordar. Lo que no debe pasar es una imposición del olvido.

¹⁹ Se habla aquí de memoria colectiva porque aun cuando se partió de elementos propios de la memoria individual, estos recuerdos se articulaban a vivencias más amplias, relacionadas fundamentalmente con las historias del poblamiento de los barrios y el accionar de los grupos armados. Así pues, la memoria colectiva consiste en la posibilidad de reconstruir la historia de un mismo lugar en un periodo de tiempo determinado, a partir del tejido de múltiples voces escuchadas en el trabajo de campo.

surgido de manera insistente e inconsciente en el ejercicio del recuerdo, por ejemplo, esto es lo que considera alias Gloria²⁰ del proceso de desmovilización de las milicias

La Cooperativa Coosercom fue más que el producto de la desmovilización. Yo inicié mi liderazgo en ese espacio, fue la obtención de oportunidades, salimos de la cooperativa con mucho dolor y nos duele mucho, a mí todavía me duele, yo paso por el sitio en el que le dábamos manejo, donde trabajábamos y lo añoro, y digo, qué bueno que le hubiéramos dado un buen manejo, cómo estuviera esto, hubiera generado desarrollo en la comuna. Lástima que no pudimos, hace días me reuní con otra mujer que hizo parte del proceso, ella llegó ahí como profesional y nos pusimos hablar de lo que fue y lo que pudo haber sido, aunque pasado es pasado, pero si nos genera mucha nostalgia pensar en eso.

La investigación social cualitativa se caracteriza por su flexibilidad, por el pluralismo metodológico que puede producir. Para Irene Vasilachis (2006) a medida que nos acercamos a los “otros”, más descubrimos cuántos de ellos viven en “nosotros”, las subjetividades a las que se ve expuesto quien investiga ponen de manifiesto las otras respuestas posibles, las otras miradas del conocimiento, que al igual que el proceso investigativo está en constante movimiento.

En suma, la rigurosidad y las alternativas en los instrumentos disciplinares, se hacen indispensables en la construcción de problemas de investigación, sobre todo en aquellos poco investigados. El método etnográfico puede dar detalle del significado de las relaciones sociales, los acontecimientos vitales de la gente privilegian la memoria y oralidad como fuente de conocimiento para seguir estudiando lo amplio de los problemas sociales, traspasando miradas dominantes.

Leyla Troncoso e Isabel Piper (2015) han reflexionado críticamente desde las teorías feministas, la relación de memoria y género para resaltar la importancia que toma el acto de recordar, como una estrategia colectiva que ayuda a construir la dimensión del pasado. Para ellas “la memoria es un ejercicio metodológico y político que permite reconstruir los relatos que han sido silenciados por versiones hegemónicas de la historia, casi siempre masculinas” (p. 65). El historizar las mujeres y sus

²⁰ Alias “Gloria”, perteneciente al proceso de reinserción y a la oficina de vigilancia Coosercom. Entrevista realizada el 24 de octubre de 2019.

luchas debe orientar a los recuerdos en cada género, para así no seguir en la generalización del recuerdo.

Es necesario realizar una crítica feminista a la memoria dominante que opera manteniendo el orden del género y sus efectos de opresión. Una crítica a la memoria en el sentido planteado por Nelly Richard (2010), que no sólo revisa y discute las huellas del pasado, sino que también logre descifrar silenciamientos, omisiones y negaciones. Una crítica que apunte a problematizar pretensiones de verdad y de significados absolutos o auténticos. Una crítica atenta a los modos discontinuos y fragmentados de configurar el pasado y a los efectos de las memorias construidas. (p. 71)

El encuentro con las narraciones sobre mujeres en las milicias populares, las embarcó en la generalidad de ser recordadas como novias o amigas, esa ubicación tiene una explicación lógica que está ligada a la forma en como los sujetos recuerdan. Troncoso y Piper (2015) aluden a que, en el contexto androcéntrico de la historia, la mujer por ser mujer tiene sentido en relación al hombre, debido a que las prácticas que hacemos de memoria operan manteniendo el orden de género jerarquizado y tradicional.

El trabajo del Centro Nacional de Memoria Histórica (2011) *La reconstrucción de la memoria histórica desde la perspectiva de género*, plantea que el aparecer de amantes, hijas, amigas por parte de las mujeres en la historiografía, les ha otorgado la visión de no ser personas que existen en sí mismas: “A las mujeres se les imputan en estos recuentos identidades transitivas, no propias: ellas aparecen en relación con figuras masculinas reputadas, un lugar que refuerza ese lugar de tutelaje masculino que las despoja de derechos propios”.(p. 45)

A nivel cultural a lo femenino se le ha imputado estar al margen. El trabajo del Centro Nacional de Memoria Histórica (2011) apunta que para los años 70, el imaginar y representar a las mujeres en la historia, dio un giro importante; el interrogar la esfera familiar, las luchas sociales y comunitarias, por parte del sector feminista, ecologista y estudiantil condujo a que los colectivos de mujeres tuvieran presencia propia en los estudios históricos.

Sus rebeliones y resistencias, y su acción colectiva irrumpen en la investigación, donde adquieren relevancia para comprender procesos tan centrales como las transiciones democráticas en el Cono Sur, las resistencias al terror en Guatemala, la construcción de la vida cotidiana en los barrios periféricos de las grandes ciudades latinoamericanas o eventos tan centrales para la modernidad política como la

Revolución Francesa o el advenimiento de la esfera de la opinión. En todos estos recuentos ellas aparecen no a la sombra de los hombres sino en el centro, un centro además entendido como agencia. (p.49)

La importancia del género en la memoria, lleva a asumir memorias reales, porque la memoria tiene la capacidad de ser la fórmula poderosa, el procedimiento político e intencional del que las personas hacen uso para explicar o expresar sobre algún hecho en concreto; los registros etnográficos, tienen mucho por abordar ya que la dimensión urbana tiene mucho por decir.

CAPÍTULO 2

Las Milicias populares. “Detrás de la capucha están tus vecinos”

Este capítulo pone en diálogo lo que significaron las milicias populares en los barrios de Medellín. A nivel institucional y desde algunas posturas académicas, estos grupos fueron reconocidos como autodefensas, sin embargo, es difícil tener una claridad homogénea y consecuente respecto a dicho fenómeno, debido al desarrollo de la violencia para la década de los ochenta, y dado el carácter híbrido de muchos de estos, los cuales combinaban posturas ideológicas de izquierda, cercanas a grupos guerrilleros, con ejercicios de autodefensa barrial propios de los contextos de Medellín para la segunda mitad de los años ochenta (Téllez, 1995). La violencia, por ende, no se desarrolló y perpetuó de una sola manera por parte de los actores, sino que las dinámicas de poder dentro del desarrollo urbano permitieron que el conflicto se diera de forma dinámica y, en esa medida, todos sus participantes fueron tomando diferentes discursos y motivaciones, prevaleciendo la no desvinculación pero sí el cambio de siglas, bandos o territorios, lo que enmarcó a dichos sujetos en la encrucijada de dinámicas de sobrevivencia o resistencia.²¹

Este capítulo es el análisis de diferentes referencias bibliográficas en contraste con las versiones de los integrantes de grupos milicianos y personas del momento, habitantes de los barrios en los que estos grupos tuvieron incidencia. Lo que se pretende es caracterizar las milicias populares, su relacionamiento con la comunidad y su posterior desintegración.

²¹ Las dinámicas del conflicto armado obligaron a jóvenes a tomar decisiones, ya fuera buscar otras alternativas que los vincularan a procesos de paz o reintegración en los barrios, para darle continuidad a su propósito de vida o por el contrario verse obligados a cambiar de bandos en los grupos del conflicto, como posibilidad de continuar la violencia. Cabe resaltar que las decisiones en gran medida fueron voluntarias, el conflicto ofreció poder y riquezas a partir de la delincuencia; para algunos entrevistados el furor de la época atrajo a muchos jóvenes a saciarse de las dinámicas, pues en el espectro social significó tener un lugar.

1. Historia de un habitante

El estruendo me dejó sentado en la cama, del segundo piso gritaba Orfã desesperada, “se vino el morro, se vino el morro”, me levanté y corrí, todos afuera se encontraban atónitos y confundidos. A esa hora todos estábamos durmiendo. La bomba les estalló en el aire, menos mal, la lanzaron del morro y no logró llegar abajo a la estación de policía. Esa fue la primera vez que tuvimos de cerca a la guerrilla, a los “Elenos”.

Por esos años, la primicia de que cuando al mundo de los vivos les iba mal al de los muertos les iba bien era cierta. Los muertos eran tan normales que un 24 de diciembre mientras estábamos en un baile nos tocó ver como varios del combo de por acá persiguieron a un señor, cogieron rocas muy grandes y se las lanzaron tantas veces que lo mataron. No sabemos si alguien llamó, sólo vimos desde la plancha que el señor llegó hasta la esquina. Ese man llegó hasta ahí y todos sabíamos quiénes eran los asesinos, lo difícil fue que el 25 los niños rodearon al muerto, jugaban con carritos de búfalos y tapitas, era tan natural que los niños le echaban tierrita y pasaban los carritos por encima de la muerte, como si esa fuera la carretera destinada. Eso era muy bravo.

Era muerto todos los días, acá en este barrio donde he vivido toda mi vida nos robaban de frente, nos quitaban los zapatos y se los ponían delante del que fuera, sacaban a la gente de sus casas teniendo el descaro de repartirlas entre ellos y cobraban la vacuna que les diera la gana, era muerto diario. La gente no me cree cuando cuento que en serio los muertos eran tan normales que hasta en mi casa cayó uno, lo dejaron estorbando en la entrada. Si abríamos la puerta se nos desparramaba porque la cabeza y una parte de la espalda quedaron haciendo presión en la puerta, no había quedado tan mal porque mi mamá quería que lo viera, fue hasta la pieza un sábado temprano donde era sagrado ver caricaturas a invitarme a ver a don Martín, pero yo sin voltear a mirarla le dije que no.

En ese entonces existía algo que se llamaba “Amor por Medellín” y era que si uno salía después de las ocho de la noche lo mataba el gobierno, eso lo anunciaban por televisión, había tres carros que circulaban por acá y uno tenía que esconderse o huir, uno sabía que tenía que irse detrás para que no le pasara nada, nos íbamos a marcar donde las novias y cuando en la casa se acababa *Premier Caracol*, las mamás le avisaban a uno que podía quedarse o debía irse con mañita porque ya estaban por ahí, pero uno se aprendía los colores, la forma de dar las rondas y las horas en que pasaban para salir detrás y llegar rápido a la casa. Yo no sé por qué no nos mataron, cuando recién llegó ese

programa ya habían avisado. La Tata, El Pecos y yo no creíamos, pues era muy reciente. Estábamos comprando cremas de salpicón allí al lado donde doña Georgina, estábamos parchados con las bicicletas y pasó un carro despacio y nosotros cuando lo vimos nos dimos cuenta porque tenía la cajuela abierta, hasta llevaba ya gente adentro, nosotros nos miramos y dijo La Tata “si alcanzamos a correr subimos”, yo les dije “no, porque nos cogen en la loma” y nos tocó quedarnos. Ahí mismo ellos pararon y nos preguntaron qué estábamos haciendo ahí y nosotros les dijimos que montando bicicleta y ellos nos dijeron que si sabíamos de la orden. Nosotros negamos con la cabeza e inmediatamente nos dijeron con voz brusca: “háganse los maricas, donde volvamos a pasar, ya saben!”. Se nos enfrió todo no sabíamos qué gente había contratado el gobierno porque las caras eran pesadas.

Nosotros no seguimos la orden, mucha gente salía, es que la noche antes era distinta, cuando no existían estos aparatejos, que el wifi, que el celular, la gente convivía más, estos barrios eran más campestres, todo era muy agradable para jugar, caminar y loquear, todo era muy chévere para la juventud, las galladas, esquinear. Así nos fuimos salvando, es que pasaban tantas cosas que eso parecía de película.

Una vez en medio de todo eso subió un camión buscando a Maraña, era un man muy malo, más malo que Caín y de no encontrarlo, decidieron coger a alguien parecido y da la casualidad que iba pasando por ahí, imagínese esa gente, el gobierno iba a decir que yo era Maraña y con papeles en mano querían montarme al camión y llevarme para justificar que no habían podido encontrarlo, pero todo fue por doña Miriam la dueña de la única finca que conservó este lado, una que le dejó el señor Jhons; ella nos bajó de ahí con otra gente, sino me hubieran desaparecido. Sin embargo, tiempo después lo cogieron y culparon a un vecino de que lo había sapiado y qué matada le pegaron a don Meregildo, pero todo fue mentira porque todos sabíamos que había pasado.

Huyéndole a todo eso, a “Amor por Medellín” fue como conocí a Santiago y a los milicianos. Llegaron como a salvarnos, no hubo indicios ni runrunes, al principio no les conocíamos las caras, uno sabía que había unas milicias populares y uno no sabía que iban a durar ya que siempre que llega un poder a tumbar el otro, quedan como en el mismo punto. La gente los acogió bien sin esperar el resultado positivo, la gente empezó arreglar los problemas incluso algunas personas les quisieron dar dinero, pero ellos no lo aceptaban y así se fueron ganando la confianza de la gente. Hubo desórdenes por parte de ellos por mala organización pero yo digo que fue un 80 % de exitoso lo que ellos hicieron en no sobrepasarse con la gente y ese tipo de cosas; sin embargo había negación de muchas madres,

era muy cómico porque había gente que odiaba a los milicianos porque le estaban diciendo a los hijos que no podían estar en el barrio y les parecía mala gente, pero no les parecía malo que esos hijos atracasen al de enseguida que era carnicero, el que mataba al taxista que subía, pero a ellos les importaba poco lo que la policía pudiera hacer, ellos conocían muy bien el barrio y tenían artefactos de mayor tecnología.

Con esos artefactos podían escuchar las conversaciones que tenían por los radios los policías, y en algunas ocasiones en los bailes en el morro, ellos pedían que pararan la música para escuchar lo que decían los policías sobre el encuentro que estábamos teniendo. Esas redadas nunca funcionaron porque ellos ya sabían por dónde venían y lograban esconderse y a todos nosotros nos parecía charro, aunque a muchos les daba miedo ir a esas fiestas porque era ambiente miliciano, es decir de armas y cosas. Ellos también hacían como reuniones, como decir una clase de democracia para la gente para que no se dejara engañar tanto con cosas de tipo de servicios públicos; eso fue de matanzas, pero en medio de todo ese conflicto que hubo con las bandas, el pueblo siempre estuvo muy calmo y despreocupado de un enfrentamiento o que un hijo iba a morir, todo era muy calmado, la milicia se involucró sentimentalmente con el barrio.

Los milicianos dormían en las casas de la gente que les hacían favores o de gente que confiaban, dormían en el otro lado de casa en casa, por la gente que estaba en desacuerdo, a ellos les tocaba estar así. El pecosito que fue un amigo de toda la vida me dijo que, si le hacía el favor de guardar armamento que recibían los milicianos acá en mi casa, eran dotes grandes, y debían buscar dónde dejarlo, yo le dije que esta no era mi casa que hablara con mi papá. Yo de verdad no sabía que mi papá les iba a decir que sí, pero él que no era pendejo sabía que todo el mundo estaba con ellos. Mi papá pensaba que, si no ayudábamos a la gente, qué más íbamos hacer; entonces crearon la caleta en el closet de la pieza de mi hermana, ellos guardaban de todo ahí, desde ese día confirmé lo que la gente decía, que mi amigo era miliciano y así comenzó como todo ese acercamiento, que en realidad era una amistad.

Santiago, que era uno de los encargados de por aquí, me invitó a que fuera de la milicia, yo les dije que no quería conocer caletas ni nada porque nunca iba a ser de ellos, yo estaba de acuerdo con el movimiento pero yo sabía que era movimiento muerto, que después de unos años iban a hacer negociaciones, pues no podían adentrarse más a la ciudad, sólo podían estar por las laderas; ellos políticamente podían ganar cosas por la huella que dejaron pero era muy efímero lo que pensaban,

ellos empezaron con limpieza y era como heroico, porque la mayoría de gente se quería meter apoyar.

Venían de los Elenos, yo nunca supe de dónde eran. Sí sabía que Santiago había hecho sus estudios en Medellín pues algunos no eran de por acá, pero a Santiago yo nunca le sentí acento distinto; ellos siempre quisieron que fuera miliciano, que manejara y me hiciera cargo de algo, pero a mí no me gustan las armas, yo les decía que la causa era justa pero no viable, entonces de entrada cómo le iba a meter a eso. Ellos me decían que necesitaban lealtad y que eso lo veían en mí por ser amigo de toda la vida, incluso me acuerdo que Santiago me citó que para que viera que todo era serio y empezamos a subir por el tubo, por las piedras que suben a Santa Elena y llegamos al declive donde ahora es Bello Oriente. Pillé al fondo una mesa, carpas, juerga con banquetes, gente grabando, estaban los duros del ELN, creo que esos que uno escuchaba nombrar, pero yo no recuerdo quiénes eran, pues en ese entonces eran los Orejuela los que abarcaban la noticia nacional, pero sabía que eran muy mencionados; entonces todos los hombres estaban recibiendo las armas con tanta felicidad que yo no fui capaz de seguir, me dio susto y le dije a Santiago que yo no quería aparecer en eso, me devolví y a él le tocó acompañarme.

No tenían enemigos, el pueblo estaba con ellos, las adversidades eran muy fáciles porque pasaba como en la época de Pablo Escobar, la gente misma les avisaba. Sin embargo, uno no podía hacer nada sin permiso de ellos, pasaba como en el 2000 con el combo del “cobis”, todo debía ser con permiso, aunque ellos eran distintos, más organizados, pues eran un tentáculo de La Terraza, y en esa lógica yo tuve un problema con los milicianos porque la gente dijo que yo iba ajusticiar un man por encima de mi casa y lo que pasó fue que yo saqué un arma porque iban a violar a la mamá de mi mejor amigo, un vecino se les entró y casi la viola. El rumor era que ya había violado a otras mujeres de ahí de esa cuadra, ella como que se alcanzó a volar y William llegó todo desesperado, me dijo que qué hacíamos, entonces yo saqué el fierro de mi papá, esa pistola que le dio un militar en un batallón donde él les trabajó la construcción. Daba la suerte que ese man iba pa’ la casa y yo lo pesqué, apenas yo cogí a ese man le iba a dar bala, se me fueron varios familiares a suplicarme que no lo hiciera que se lo iban a llevar, entonces yo le pregunté a William si quería desquitarse, pero realmente estaba pasmado. A la semana bajaron los milicianos a ponerme problema porque eran ellos quienes estaban ajusticiando y creyeron que yo les había cogido un arma a ellos, y yo los enfrenté, les dije que dejaran la bobada, que si no les gustaba no entraran a mi casa, hasta me tocó mostrarles el arma con que había ido y hasta me regalaron dos cartuchos y eso quedó ahí.

Los milicianos hicieron un ambiente diferente, eran como extravagantes, se iban de juerga camuflando una masiva, llegaban en una Dodge con gente y se iban lejos, invitaban a pasear de gratis a la gente, pero en realidad era una forma de organizar la robada de un banco, siempre había que estar dispuesto a salir vivo o muerto. Cuando comenzaron a robar, los Elenos les estipularon que invirtieran en taxis y testafellos porque en cualquier momento debían salir y no podían llevar dinero, nos tocó ver enfrentamientos y hasta el son de hoy mi peluquero me dice que me iban a matar que, por ser de la milicia, pero yo nunca lo fui, hasta en la universidad saludé un líder estudiantil el cual había estudiado conmigo en el Liceo Antioqueño y pensó que podía hacerle puente con los milicianos.

Todo era muy fantástico, no nos mataron de milagro, eso mataban a cualquiera, le daban al primero que vieran, había muchas rumbas. Las mujeres que estaban ahí uno sabía que eran novias, amigas o admiradoras que estaban viviendo el momento con la gente del momento; ellos nunca manifestaron entrar a la política, solo pretendían ayudar en el barrio, pero todo se salió de control, en definitiva, también me di cuenta que sí corrí peligro.

Habitante del barrio Jardín, zona Nororiental 2019.



Imagen 01. Integrantes de la Cooperativa de seguridad Coosercom, creada tras el proceso de negociación en 1994. Fuente: tomada del archivo personal, alias “Patricia” 1995, barrio San Pablo, comuna 1.

2. Las milicias populares

Tienden a considerarse heroicas las acciones de los grupos milicianos, muchas de las historias que cuentan los pobladores toman gran fuerza simbólica, el relato oral es protagonizado por héroes o acciones increíbles que buscan dar una explicación a las problemáticas barriales.

Ellos llegaron encapuchados, nadie sabía quiénes eran, con el tiempo la gente les decía a los milicianos qué hacía la policía pues todo pobre estaba comprado, no con dinero sino con las acciones, la gente estaba mamada de los abusos y el trabajo que hicieron de limpieza fue apoyado. Sé que mi mamá trató de pagarle a uno porque él le sacó un inquilino del segundo piso que no quería pagar y tampoco se quería ir. Ellos vinieron y lo sacaron y le dijeron que ya se había robado dos meses, el señor les dijo que iba a ir a la policía y ellos lo frentaron y lo hicieron ir. Qué hizo mi mamá, ofrecerles plata, pero ellos no se la recibieron, entonces ella

me dijo que averiguara la talla de esa gente, de ese man para comprarle dos Jeans, como quien dice me hizo un favor y si no quiere plata por alguna parte les voy a pagar²².

Estos personajes lograron impactar a la población, generando la imagen de salvadores, protectores y justicieros, generaron empatía y respaldo en la gente. Para los años de 1990 Medellín tenía grandes problemas de narcotráfico y seguridad abanderadas por la injerencia de Pablo Escobar y la criminalidad organizada del Cartel de Medellín²³, los robos, violaciones y delincuencia común, conjugaban a la vez con la exclusión que sufrían quienes llegaban a poblar los barrios populares, ante la escasa ayuda y eficacia estatal en torno al acceso a los servicios públicos, trabajo, recreación, educación que le aportaran a la mejora en las condiciones básicas de vida.

Este panorama tuvo correlación con el oleaje de poblamiento que recibió la ciudad para los años de 1970, donde personas afectadas por el desplazamiento del conflicto armado en el país, migraron del campo a las ciudades en busca de oportunidades ante la ciudad que veía un crecimiento industrial, por lo que la ciudad afrontó diferentes procesos de urbanización. Natalia Marín (2018) muestra que en las zonas Noroccidental y Nororiental para 1930 comenzó a masificarse y más tarde para los años de 1970 se tenía una ciudad que coexistía de dos formas, “tradicional normalizada, aquella planificada por el estado que obedeció años atrás al desarrollo de grandes empresas industriales (barrios obreros) y otra conformada principalmente por inmigrantes que carecían de vínculo alguno (barrios ilegales o de invasión)” (p.41).

Las tomas de terrenos de forma pirata, loteos o con ayuda estatal conformaron los barrios que le dieron la extensión a Medellín; el habitar nuevos espacios fue el proceso para una movilidad espacial creciente. Sin embargo, el poblamiento no significó desarrollo urbano, ya que las tomas de los territorios no tuvieron relación alguna con el acceso a derechos y servicios, por su parte la acción estatal no facilitó la legalización de predios en los lugares periféricos de la ciudad y su mediación estuvo dada por la fuerza pública. Natalia Marín (2018) expresa que el loteo y la invasión carecieron

²² Habitante del barrio Jardín, comuna 3. Entrevista realizada el 7 de marzo de 2019.

²³ Para Manuel Alonso Espinal (2007) el cartel de Medellín puso en marcha varios aparatos de violencia como el sicariato, comandos y bandas para ser eficaz las transacciones ilegales y mafiosas, lo que fue los inicios de múltiples guerras por el control territorial y la extensión de la criminalidad urbana. Entre 1985 y 1990 conformaron 153 bandas en el Valle de Aburra, las cuales tenían lógicas territoriales, económicas y políticas diferentes.

de infraestructura y limitaciones en los servicios básicos, por lo que la búsqueda de las mejoras en la mayoría de los casos las suplió el despliegue de formas organizativas de la misma gente:

Estas dos formas de ocupación del espacio suelen acompañarse, en sus momentos iniciales, con acciones de colaboración mediadas por las prácticas del convite para la resolución de problemas de infraestructura y necesidades como el acueducto, la luz y las vías de acceso. (p.43)

Los procesos de urbanización, la exclusión y la búsqueda de los habitantes por condiciones de vida digna y la lucha por el derecho a permanecer en la ciudad, específicamente en las laderas, también se vio interrumpida por el objetivo de control de diferentes grupos armados, que le darían a Medellín la extensión de violencia e inseguridad. Ana María Jaramillo (1999) afirma que ya desde 1980 ante el contexto deplorable, algunos sectores como empresarios, comerciantes y habitantes de barrios de clase media y alta, conformaron comités cívicos y de vigilancia privada, y respaldaron actividades desarrolladas por grupos de escuadrones de la muerte, quienes anunciaban una campaña de exterminio contra delincuentes; los actores se encontraban por una parte en la solución de una seguridad barrial, y por otra en disputas con actores criminales por un control geopolítico y territorial.

Las milicias populares aparecen en 1988 aproximadamente, precisamente en los barrios pobres. Su intento fue dar respuestas a la situación de inseguridad, a través del discurso que estuvo dado en la idea del poco apoyo estatal en el desarrollo y bienestar de los barrios, por lo que se proclamaron autodefensas y aseguraron recobrar la seguridad:

Somos un grupo de autodefensa, nacido ante la ausencia del estado en obras de bienestar social y su presencia de atropellos a la comunidad a través de las Fuerzas Armadas. ¿Son paramilitares? No. Porque los paramilitares masacran y asesinan. Nuestro papel es organizar a la comunidad. ¿Ustedes son de izquierda o de derecha? No nos interesa ubicarnos en ningún lado. ¿Es cierto que ustedes pasaron de una actitud defensiva a ofensiva? Eso es falso. Tenemos la capacidad militar, de armas, técnica y explosivos para emboscar al Ejército y la Policía, pero nunca lo hemos hecho.

¿Cómo es un Miliciano? Es el hombre más transparente y honesto. Debe ser disciplinado y serio para tener credibilidad. Eso ha hecho que nos convirtamos en el poder y la autoridad acá. Acá hay abogados, médicos, enfermeras, amas de casa, obreros y desempleados. Ustedes dicen defender a la comunidad. Pero ¿ejecutar a la gente no riñe con los Derechos Humanos? No. Estamos convencidos de que es una

causa justa apoyada masivamente por el pueblo. Se llega a eso porque es una persona ineducable, que se le ha dado más de una oportunidad, lo que llaman desechables y no puede vivir en comunidad²⁴.

Astrid Mireya Téllez (1995) define las milicias populares como una organización básica que buscaba responder a demandas que se asumen por parte de la población, para responder a temas de seguridad, salvaguardia de la vida y la integridad. Surgen como sujetos populares que se valoran o revaloran conflictivamente, en sí y con respecto a otros, para dejar de “ser sólo objeto: objeto de muerte, de abandono, de marginación, fotografías o reciclajes” (p. 15). Los milicianos lograron captar un gran control territorial y sus acciones demarcaron la vida colectiva, ya que fueron solucionadores de problemas comunitarios.

En este sentido, Leyder Perdomo (2018) alude que ya desde los años 70 se venían creando grupos de “autodefensas comunitarias” por toda la ciudad, las cuales respondían a la eliminación de criminalidad común organizada y obedecían a la creación de “galladas” o grupos de jóvenes que habitaban barrios empobrecidos y que el retomo de la esquina fue su lugar de encuentro, identidad y socialización.

Estos eran grupos conformados por vecinos que se juntaron para enfrentar precisamente a las bandas y galladas que ejercían acciones delincuenciales o a las cuales consideraban en todo caso problemáticas, en particular por el consumo de marihuana, bazuco u otras drogas. Algunas de esas organizaciones terminaron envueltas en el problema que pretendían solucionar, pues devinieron igualmente en bandas delincuenciales localizadas; otras, sirvieron como base para la constitución posterior de las milicias populares. (p. 64)

Las milicias populares fueron grupos caracterizados por habitantes de barrios pobres y la suma de la infiltración de la ideología revolucionaria de algunos miembros guerrilleros que tuvieron la idea de la injerencia urbana para trasladar su dirección y accionar político allí, una especie de unidad del campo-ciudad. Según uno de los fundadores de las milicias

²⁴ Milicias populares: sangriento juicio. Entrevista realizada a Lucho, miliciano de la zona Nororiental en septiembre de 1991 por el periódico el Tiempo.
<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-155834>

“se trató de 10 personas calificadas, con experiencia en lo político y militar encargadas de realizar la aspiración de una guerrilla urbana con ayuda o aprobación de las comunidades”²⁵

Para Leyder Perdomo (2018) el surgimiento de los grupos milicianos pretendió dar respuestas a las personas afectadas por la violencia, además, fueron el mecanismo por el cual guerrillas nacionales y locales vieron “la posibilidad defender sus procesos y los de otras organizaciones de la izquierda política, así como de afianzar su incursión urbana, ganarse el favor de los más pobres y apuntalar su proyección insurreccional”. (p. 79).

Según el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica, *Medellín: memorias de una guerra urbana* (2017), para las décadas de los ochenta y noventa se registraron 13 grupos milicianos en el Valle de Aburra, orientados en tres grupos mayores correspondientes al ELN, a las FARC y las Independientes, las cuales se diferencian entre su forma de concebir la ciudad, de actuar y de relacionarse o no con las guerrillas colombianas. Sin embargo, siempre coincidieron en ser proyectos de autodefensa, haciendo referencia a un tipo de organización armada que respondían a mantener orden y control de extensos territorios. A partir del trabajo de campo de Medina (2006) y Jaramillo (1993) se registró lo siguiente:

MILICIAS POPULARES

Para el año de 1989 y 1990 aparecen las primeras manifestaciones de Milicia en la ciudad, este fenómeno se extendió por todas las laderas o barrios periféricos, realizando acciones en un principio de justicia privada en necesidad de conformar redes armadas urbanas con el apoyo popular, buscaban tomar diferentes territorios, negociando espacios donde el estado no tenía mayor incidencia, o en su discurso que se encontraba ausente. Su ejercicio fue diverso, ya que partieron de la regulación, autorización y resolución de todos los conflictos cotidianos, pasando por la fiscalización, el tributo y el reclamo de la satisfacción de las necesidades, derechos individuales y colectivos de los pobladores; llevando como insignia la seguridad como paz duradera.

En un comienzo estos grupos fueron apoyados y alimentados por ideas de grupos guerrilleros como el ELN, el EPL, el M-19 y las FARC, quienes creían que para la toma del poder también era necesario tomarse lo urbano, sin embargo, estos grupos tuvieron varias versiones en su génesis y diversas

²⁵ Proyecto de investigación para la Cooperativa Coosercom, realizado por estudiantes de trabajo social de la Universidad de Antioquia 1995. Informe conservado por alías “Gloria”, perteneciente al proceso de reinserción de 1994.

transformaciones a lo largo del tiempo.		
Para el año de 1993 ya se contaba con los siguientes grupos:		
ELN	INDEPENDIENTES	FARC
<p>-Milicias América Libre</p> <p>-Milicias 6 y 7 de noviembre</p> <p>-Milicias Populares Revolucionarias</p> <p>-Milicias Obreras 1 de mayo</p> <p>-Milicias Populares de Occidente</p> <p>-C.A.P.</p>	<p>-Milicias del Pueblo y para el pueblo</p> <p>-Milicias Metropolitanas</p> <p>-Milicias Independientes del Valle de Aburrá</p> <p>-Comandos Armados Revolucionarios (M.I.I- COAR)</p> <p>-Comandos Urbanos 6 y 7 de noviembre</p> <p>Estas se consideran autónomas, es decir no corresponden a ningún tipo de ideología o tinte político del momento.</p>	<p>-Milicias Bolivarianas</p>
TERRITORIOS ABARCADOS		
<p>-Logran controlar las zonas Occidental y Centro Occidental en los barrios: San Javier, 20 de Julio, la Independencia y en la América Parte alta, Castilla, Guayabal, Belén Rincón 12 de Octubre, Aures y Picacho.</p>	<p>-Logran controlar las zonas Nororiental y Centro Oriental en los barrios: La Isla, Santo Domingo, Villa del socorro, Santa Cruz, Moravia y la Milagrosa, Villa Turbay, Villa Lilian, 13 de noviembre a excepción de aquellos controlados por combos y bandas como Aranjuez, Campo Valdés.</p> <p>También logran adentrarse a los municipios de Bello e Itagüí.</p>	<p>-Logran permanecer en la zona Centro Occidental en el barrio La Iguaná.</p>

Tabla 01. Caracterización de las milicias populares en Medellín. Fuente: construcción propia.

Una de las explicaciones que da el Centro Nacional de Memoria Histórica (2017) frente al acenso de acciones delincuenciales para los años noventa, tiene que ver con las necesidades insatisfechas de los pobladores, el impacto del narcotráfico en torno al enriquecimiento y el desarrollo de una juventud marcada por las drogas, el sicariato, las bandas y la muerte. Esto se contrastaba con el hecho de que los pobladores constituían cambios en la forma como llegaban y habitaban la ciudad, y a través de sus dinámicas forjaron barrios enteros en Medellín.

Este hecho podemos identificarlo en la forma en como los habitantes de esa época comienzan a narrar su historia:

- T (Entrevistadora): hace mucho tiempo que nos conocemos por los procesos de la Comuna 1, pero cuéntame un poco de vos y de tú barrio, ¿allá también llegaron los milicianos?

- M (Poblador y líder social de la ciudad):

"Sí claro. Mi padre era arenero, mis hermanos mayores eran areneros, comenzaron a trabajar en la quebrada la Iguaná extrayendo material y en la medida que la quebrada fue secando ellos fueron construyendo la casa para meter los catorce hijos que tuvieron mis padres. El estado siempre impidió que esa parte del barrio que hoy existe se construyera, es un barrio que va para setenta años de existencia y es uno de los más abandonados de la ciudad de Medellín; entonces a partir de ahí me involucré y vinculé a las luchas sociales porque nos hacían desalojos arbitrarios, recuerdo que nos quitaban la luz, el agua, nos tumbaban los ranchitos para que la gente se aburriera, pero se volvían armar. En ese contexto es que yo conozco la ciudad donde se ha desarrollado un conflicto social económico y armado que ha tenido grandes repercusiones.

Yo veía cuando iban a puñalear a los estudiantes de la Nacional y venían con los tenis, la tula, ese tipo de delincuencia genera otro conflicto y vino el problema del narcotráfico, la creación de bandas de pillos y control territorial. El problema de narcotráfico fue que canalizó los jóvenes para crear bandas de sicarios y pillos, pasaron a ser ladrones comunes a sicarios o delincuentes que hacían masacres a X o Y mafioso, robaban, violaban y monopolizaban el barrio, y en esa época, te estoy hablando de los ochenta, incrementó los problemas en los barrios, vino los desmanes (sic).

Yo recuerdo que ellos en una ocasión estaban celebrando, se les acabó la plata y a eso de las 5:30 de la mañana, bajaba un viejito a comprar los limones para venderlos y ellos por quitarle la plata le metieron 60 puñaladas, jugaron con el cuerpo y eso generaba mucho terror y así aparecen la primeras milicias de la Iguaná, se llamaron 6 y 7 de noviembre en honor a la toma del Palacio de Justicia”²⁶.

²⁶Líder social, desde los 16 años ha participado en procesos comunitarios en la Nororiental y en la Iguana. Hoy su labor la desempeña con la fundación Provienda, es una asociación que busca favorecer el desarrollo de programas de alojamiento, entendiendo la vivienda como un derecho fundamental y un factor clave para la integración social. Entrevista realizada el 14 de septiembre de 2018.

Para Gloria Naranjo (2001) las prácticas de los sujetos que venían del campo se vieron alimentadas por la relación que tenían con organizaciones sindicales y estudiantiles que para los 90 ya se habían fortalecido. Expresa Natalia Marín (2018) que la insistencia por la presencia del estado no era nueva, la resistencia, en las dinámicas comunitarias y sectoriales, las huelgas, el convite, las dinámicas solidarias, las luchas en la defensa del espacio y la legalización del suelo que años atrás venían dando los diferentes movimientos y articulaciones de barrios obreros en la ciudad, fueron el reclamo de los habitantes por entrar en el campo político y normativo de la esfera estatal.

La informalidad y heterogeneidad con la que se urbanizó gran parte de Medellín, generó formas de pertenencia, mecanismos y redes que ayudaron a ejercer múltiples dinámicas de habitar y limitar el espacio de los barrios; también se vio influenciada por acciones de vivienda, cooperativas e inversiones urbanísticas del sector privado, por lo que la urbanización se dio de diversas maneras.

Es por esto que las personas, grupos y movimientos se encontraron recreando formas de suplir al estado, que, ante su figura oficial y abstracta, carecía de igualdad. El contexto les indujo a tramitar mecanismos representados en proyectos juveniles y comunitarios, juntas de acción comunal, mecanismos de integración, hasta el apoyo y el uso desmedido de la fuerza por parte de los grupos armados.

El fenómeno miliciano se creó por razones espontáneas donde los vecinos eran quienes se encapuchaban, organizaban y confrontaban la zozobra que se materializaba en delincuencia común, violaciones, atropellos a las comunidades y sobretodo la prevalencia de combos propagados. Algunos que habían pasado por colegios públicos tuvieron contacto con ideologías revolucionarias y de izquierda, y empatizaron con la llegada de guerrilleros para darle final a las problemáticas; por ello detrás de la capucha estuvo un vecino, un familiar, un amigo, o amas de casa, puesto que las milicias pretendieron buscar otras alternativas a la organización barrial.

La influencia educativa para miembros de las milicias populares fue provechosa en la integración y acogida en los sectores populares, puesto que algunas personas que vivían allí, habían estado en las instituciones como el Pascual Bravo, el Inem, el Liceo Antioqueño, el Marco Fidel Suarez, universidades públicas como la Universidad de Antioquia y la Universidad Nacional, que tenían ideas de izquierda. A la vez fortalecieron procesos como la Juventud Comunista Colombiana

JUCO, el Partido Comunista Colombiano PCC, la Unión Patriótica UP, Provienda y el Movimiento social, sindical y estudiantil, grupos artísticos, culturales y corporaciones.

Lo anterior refuerza la idea de Gloria Giraldo (2001) y Gerard Martín (2014) cuando aluden a que en Antioquia ya desde los años 70 influyeron en algunos sectores ideas inspiradas en la revolución Maoísta, revoluciones centroamericanas, la teología de la liberación y la influencia directa de sacerdotes radicales en la ciudad. Diversas personas van juntándose, aquellas que llegan de lo rural, de las guerrillas de las FARC, el ELN, y las que están ahí o que vienen de otros lugares de la ciudad y son quienes van a realizar las prácticas de vigilancia y de autodefensa barrial. Para Gerard Martín (2014) las milicias cobraron gran importancia debido a que:

Buscaban de mejorar su entorno, adelantaron iniciativas colectivas a través de comités de vecinos, juntas de acción comunal, parroquias, escuelas, asociaciones culturales y comités de autoconstrucción. Establecieron lazos con concejales y otros políticos para que estos, a través de sus directorios políticos e influencias dentro de la administración municipal u otras agencias, consiguieran apoyos para obras como la apertura y pavimentación de vías, maestros, dotación para escuelas, puestos de salud, juegos y canchas deportivas. (p. 157)

El relacionamiento de las milicias populares con la comunidad engendró no sólo prácticas de defensa, sino que también desarrolló la imposición de una moralidad de la vida barrial, la cual contenía códigos, reglas referentes a cómo se debía ser y aquello que podía hacerse, las ejecuciones de castigo, advertencias y notificaciones de sentencias en torno a “pelas”, indicaban a los pobladores que debían dejar lo que estaban haciendo, tenían que “perderse” del barrio, o bien, se les “ajusticiaba”, muchas veces delante de la misma comunidad o familia²⁷.

- S (Mujer simpatizante de las Milicias populares): Vinieron y nos dijeron que el cambio tenía que hacerse, por medio de la forma diplomática no se había podido. Las milicias entran a este barrio porque la misma comunidad le da apertura a eso, porque estaban cansados de los grupos de delincuencia común que operaban, que eran los mismos muchachos del barrio que mantenían a la gente de bien cansada de qué, de que los atracaran, de que abusaran. Acá había unos grupos muy fuertes, uno que era de la 31 y la 29, o sea como los sectores, en el hueco, donde ahora es la biblioteca España, en la capilla, cada sector tenía un combo fuerte, se movían en su sector y a veces se enfrentaban; en fin, a raíz de todo eso la gente se cansó, principalmente los que fueron financiadores de que las milicias entraran, fueron los

²⁷ Entrevista con excomandante de las Milicias del Pueblo y para el Pueblo (MPP), zona nororiental. Realizada el 20 de septiembre de 2018.

comerciantes y la empresa de transporte, ellos se cansaron de que las bandas fueran las que mandaran y ellos tuvieran que trabajar prácticamente para ellos.

Entonces, cómo los financian, primero dentro del barrio había algunos muchachos que se tuvieron que ir por que no se quisieron meter a esos grupos y algunos de esos muchachos terminaron siendo parte de los grupos milicianos de otros barrios, entonces esos mismos muchachos que volvieron al barrio, retornan, pero con un objetivo muy claro y es qué, abrir puertas para acabar con esas bandas y para que la milicia llegue.

Los mismos comerciantes les daban un sustento económico, los alojaban en algunas casas, incluso había gente que venía hasta del monte, o sea guerrilleros, ¡guerrilleros del monte! y venían porque eran quienes iban a preparar a otros y les abrían las puertas de la casa de cualquiera.”²⁸

Las milicias buscaban la aniquilación de combos e individuos dedicados al crimen y a la delincuencia, su común denominador con otros grupos, afirma Hernán Londoño (2014), fue la toma de la ideología de la seguridad urbana que no tuvo barreras, ni límites, la idealización de esta contribuyó una consecución legítima de la guerra, “el enemigo, el maligno al que, por su poder extraordinario, es necesario también combatir por medios extraordinarios” (p. 34). La autoridad demarcó la confrontación de la legitimidad, constituir un orden y dar reglas de convivencia fue efectivo para establecerse en los barrios.

Las historias narradas y las diferentes experiencias de memoria en torno al fenómeno miliciano, manifiestan que las milicias populares enmarcaron su figura en el robo de bancos, de empresas que llegaban a surtir de víveres las tiendas en los barrios, la “vacuna” o extorsión, que hoy sigue siendo una práctica muy persistente en los grupos armados.²⁹ Su comportamiento en referencia a los pobladores en un principio era empático y de orden, pues disponían un aire de legitimidad. En esa medida, la confianza y el grado de clandestinidad por el uso de la capucha o las estrategias de movilidad en las zonas, les permitió relacionarse y cristalizar la imagen de “salvadores” y de historias magníficas por parte de los habitantes; pues fueron ellos los que llegaron, de forma camuflada y luego pública, a darle solución a la vida cotidiana de la gente. Así mismo, el control territorial,

²⁸ Alias “Sandra”, habitante del barrio Santo Domingo, comuna uno popular, simpatizante de las milicias de las milicias del pueblo y para el pueblo (MPP). Entrevista realizada el 17 de septiembre de 2018.

²⁹ Si se quiere, esta es una de las modalidades de violencia más sistemática en la historia de los barrios de Medellín. Las vacunas, como son comúnmente conocidas, son uno de los ingresos más fijos de los grupos armados.

cuadra a cuadra, fue característico de la acción de estos grupos en sus primeros años. Tal como lo narra el CNMH (2017),

El proyecto miliciano tuvo un crecimiento vertiginoso a comienzos de la década de los noventa, de forma que el experimento iniciado con un solo grupo en 1988 se multiplicó. La trayectoria de las MPPP ayuda a entender los alcances de este proceso expansivo. Entre 1989 y 1992 hicieron presencia en los barrios populares Santo Domingo, Granizal y Santa Inés. Luego llegan a barrios más lejanos como El Picachito y 12 de octubre, en la comuna noroccidental, y la Floresta y 20 de Julio, en la zona centro occidental. Parecía que las milicias no encontraban grandes obstáculos a no ser por la resistencia de bandas que impidieron su ingreso o se enfrentaron hasta ser derrotadas. En este punto se optó por establecer pactos para convivir en el territorio (p. 131).

Las dinámicas barriales, el conocimiento de los territorios, y las acciones de limpieza que iban acordes con cierto tipo de moralidades o de demandas de seguridad, hicieron posible la consolidación del fenómeno miliciano en los barrios de Medellín para finales de los años ochenta. La defensa de unos sectores y la privatización de la seguridad, fueron características del accionar de estos grupos. Sin embargo, y tal como se verá más adelante, las formas de la violencia fueron mutando con los años, trayendo consigo nuevas facetas de este fenómeno, así como procesos de degradación recordados por los pobladores.

2.1 Mujeres y milicias

El relacionamiento entre grupos milicianos y mujeres se fortaleció dentro de la vida barrial. Es preciso anotar que aun cuando la estructura armada estaba compuesta mayoritariamente por hombres, las mujeres comenzaron a ser partícipes en la movilidad de los milicianos para no ser detectados o atrapados por la policía, y esta particularidad condujo a que su vivienda fuera móvil, llegaban a casas de diferentes familias que les brindaban comida, techo, lavado de ropa y guardaban municiones y armamentos. Estas acciones fueron claves, ya que los milicianos fueron amigos, hermanos, familiares y novios de muchas de las mujeres que luego harían parte de los grupos.

Las mujeres y su inserción a la vida miliciana se encuentran en tres vías, la primera tiene que ver con la creencia en los accionares del grupo miliciano y en su ejercicio militar, por ello se vincularon en vigilar, guardar y portar armas etc., es decir, una decisión propia de entrar al grupo y ayudar en la ejecución del orden barrial a partir de mecanismos de

violencia. La segunda es la parte política, identificarse con las ideas del bien comunitario, impartidas por el grupo y realizar funciones que acercaran e impartieran confianza a la población, con acciones solidarias como el convite, la colecta, la recreación con niños, la creación de grupos de estudio, artístico, culturales, entre otras³⁰. Si bien en esta parte las narrativas de varias mujeres mostraron su incidencia en ser en algunos casos los enlaces para que jóvenes hicieran parte de estos grupos ya fuera de forma militar o política, también reconocen que algunos jóvenes tomaron la decisión de irse para algunos frentes guerrilleros al conocer a fondo la estructura y la relación que tejían con grupos insurgentes, particularmente en el caso de las Milicias Bolivarianas. La tercera es la relación emocional que tuvieron con los hombres. Para los milicianos y muchos pobladores las mujeres pudieron significar compañeras o amigas, como lo expresa un excomandante miliciano:

Lo que me gustaba a mí era el poder que tenía uno pa' mandar y uno poder decir "la quiero a usted, la quiero a usted, o las quiero a las tres". Y uno se aprovechaba porque a las niñas en ese tiempo les gustaban los comandantes, los que tenían el poder, es tanto que uno no tenía casa propia, todas las casas eran de nosotros³¹.

Sin embargo, ellas significaron más que eso. Es contradictorio ver las narraciones de los hombres pues dentro de sus discursos a profundidad lograban ir más allá, ubicaban su participación como permanente, debido a que su voluntad traspasó los vínculos netamente amorosos. Fueron la unidad, el puente para que estos grupos permanecieran y se desarrollaran en comunidad, la simple acción de defenderlos con la autoridad, servir de carritos, ayudar y apoyar lo militar, organizar a la comunidad, y ser quienes garantizaban sus necesidades básicas. Esto hizo que su vínculo fuera el muro junto a sus familiares para la consolidación del fenómeno miliciano. Algunas mujeres se interesaron por escalar dentro de la estructura armada, alcanzaron a ser comandantes para ganar un estatus dentro de dicha estructura y tuvieron que competir constantemente con los hombres en aras de ganar su respeto, ya que la confianza la obtenían de la gente.

³⁰ No necesariamente lo militar tuvo correlación con lo político, no todas las mujeres tenían los mismos intereses, en una visión moral para muchas la violencia no significó algo aceptable. Adentrarse en la violencia era asumir riesgos entorno a la vida familiar, ya que muchas de estas eran las encargadas del cuidado de los hijos y padres.

³¹ Entrevista Excomandante de las Milicias del Pueblo y para el Pueblo (MPP), zona nororiental. Realizada el 20 de septiembre de 2018.

En el caso miliciano la inserción de las mujeres no se trataba de obtención de dinero o de poder para sobresalir en su medio social o en la estructura armada, era más bien una forma de hacer parte de un proyecto que estaba garantizando soluciones a la comunidad y no el interés en obtener estatus dentro del medio social, como lo reflejan otras experiencias de mujeres en la guerra³², y que muestran la difícil tarea que acarrea ser mujer en las diferentes estructuras. Esta cita de un relato obtenido por Alba Salazar (2012), ilustra lo anterior.

Me tocaba ir a conseguir droga, ingresar a la cárcel para que les entraran vueltas a los muchachos de esta banda como drogas, celulares, para esto tenía que comprarnos a los guardianes y hay veces acostarme con ellos. También enfrentar, salir a enfrentar a punta de bala, tirar granadas caseras que se hacían en el barrio y en las oficinas, guardar y trasportar armas, vigilar. (p. 81)

Las mujeres fueron el puente y su cuerpo un mecanismo efectivo para derrotar o negociar con el enemigo. En las milicias populares las mujeres cumplieron una doble inserción en la violencia, militaron, ayudaron y fueron sujetos clave en el accionar miliciano, a la par que sostuvieron relaciones amorosas con los milicianos. La confianza que desembocaba en los hombres recreó la visión del amor como algo que se debe proteger:

Las mujeres cumplían la misma función que los hombres, además eran las novias, los escoltas de los hombres, los hombres que teníamos una preparación ideológica nos aprovechamos de su inocencia, eran niñas iletradas e inexpertas. Lo miliciano era una moda, para ellas ser milicianas era escapar de la pobreza y nosotros teníamos que cuidarlas.³³

La percepción del cuidado por parte de los hombres se refería a la defensa física, es decir, la defensa ante sus enemigos sobre lo que poseo, lo que me provee, fuente de vida. El cuidado y su definición de “compleja red de apoyo a la vida, por perpetuar, mantener y reparar el mundo.” En palabras de Joan Tronto (1990), es una condición naturalizada hacia las mujeres, que se relaciona con la reproducción, la maternidad, el trabajo doméstico y actividades como la crianza de los hijos y la asistencia a los ancianos, esposos o novios, por lo que en el orden de género estas actividades son femeninas, adjudicadas sólo a las

³² Salazar, Giraldo. Alba. (2012) Compañera sentimental de un hombre perteneciente al combo de los BJ, en Medellín. Entrevista realizada el 30 de junio del 2011. Trabajo de grado mujeres, guerreras, amantes, madres: la Participación de las mujeres dentro del conflicto armado en barrios de Jesús en la comuna 9 de la ciudad de Medellín.

³³ Entrevista excomandante de las Milicias del Pueblo y para el Pueblo (MPP), zona nororiental. Realizada el 20 de septiembre de 2018.

mujeres. Esta condición no aparece alejada en los roles que desempeñaron las mujeres en fenómeno miliciano, agregado su participación en la esfera amplia de lo político-militar, más la construcción emocional y amorosa, es lo que demuestra su doble participación.

La vida miliciana también abarcó la juventud, dio diferentes formas de socialización entre los jóvenes y creó una fuerte identidad, querer ser miliciano, juntarse o estar con ellos normalizó la violencia, hasta el punto de ser el quehacer de muchos. Por esto es de suma importancia la concepción que se tiene sobre la vida y el futuro, ya que es la que cambia el rumbo, demostrando que la visión entre hombres y mujeres es diferencial:

Mi pensamiento de futuro era la muerte, de que si hoy estaba vivo mañana estaba muerto, me tocó ver caer a todos, son contados los que están vivos, uno vivía en una ley matando, uno también siendo líder era paupérrimo, un líder sin visión, el que se dedicaba al trago, a la fiesta³⁴.

La mezcla de la protección hacia los suyos y la consideración del futuro, les permitió a varias mujeres milicianas permanecer en el tiempo. Las narraciones de las mujeres manifiestan que principalmente el amor y la preocupación por el cuidado, sobretodo el de sus hijos (algunos tenidos con milicianos) han sido los elementos que motivaron a que ellas sigan vivas. Por otro lado, la figura del hombre en las milicias, se mostró como la del defensor que puede brindar seguridad respecto a la violencia y aquel que aparece en el escenario público.

Rita Laura Segato (2003) define esta situación como una distinción jerárquica, la condición de género habla de relaciones de oposición y constituye

La forma elemental de alteridad”. El orden de la estructura que organiza los significantes de la vida social es de “naturaleza patriarcal” y el orden patriarcal es, por definición, jerárquico y controlado por la presencia del poder simbólicamente encarnado en la figura del padre. (p. 58)

Por lo que la situación entre mujeres y hombres dentro de una estructura social, está anclada a una matriz heterosexual, el poder tiene la visión generalizada sobre la autoridad,

³⁴ Entrevista Excomandante de las Milicias del Pueblo y para el Pueblo (MPP), zona nororiental. Realizada el 20 de septiembre de 2018.

el portador de la ley, el juez como organizador de la vida social que por excelencia tiene rostro masculino. Para Rita Laura Segato (2003) “la naturalidad es que los hombres usurpen el poder que tiene lo femenino para garantizar el tributo o la sumisión, domesticidad, moralidad y honor” (p. 154)

El hombre dentro de la estructura patriarcal que reviste el mundo, es el que debe ejercer el dominio y es de esta forma como la reproducción del mundo masculinizado se inserta en la estructura de las personas. Este hecho enmarca la experiencia que tuvieron las mujeres en el proceso miliciano, encontrar contradicciones en los relatos por parte de los entrevistados estaba dado por la posición que como hombres tenían en la guerra, reproduciendo la idea del hombre como protagonista, el que ejerce la violencia y nada más.

Estaba pequeña cuando eso pasó, tenía alrededor de 14 años. No recuerdo mucho, puedo decirle que la milicia despertaba como fascinación, parecía como una moda, todos querían ser milicianos y a todas las niñas les gusta el poder que ellos tenían. Me acuerdo que cuando ellos se desmovilizaron en eso de Coosercom, un amigo allegado a la familia y que trabajaba como vigilante en una empresa me dijo que él quería ser parte de las milicias populares, para andar como ellos y poder tener novias, estar cerca de las niñas bonitas del barrio, yo sé que él se metió al proceso de desmovilización, porque él quería hacer el trabajo que hacía en la empresa, pero en el barrio y que además de eso, también le iban a pagar. Lo que pasó fue que eso no le duro mucho, después que empezaron a matarse entre ellos, a él lo buscaron y lo hicieron ir del barrio; tiempo después nos llega la noticia de que se murió por la minorista.³⁵

Para Eva Sampere (2016), históricamente a los hombres se les prepara en la dureza y la agresividad, se le enseña que la familia es la base tranquila que le sirve de apoyo para conquistar el mundo, es lo masculino y lo varonil funcional para la lucha armada. De este modo, el reconocimiento de lo que hacen las mujeres queda en posición de desventaja. Las diferentes percepciones muestran que las mujeres en las milicias quedan detrás y los sucesos que recrean el surgimiento de estos grupos, fueron condenados a leerse de una sola manera y es en la escala exclusiva del poder, siendo la fuerza de las acciones que se ejercen primordiales en las relaciones sociales. Así pues, el miliciano hombre es quien debe generar la guerra y las mujeres quedan en otro lugar, se desconocen en ese relacionamiento del

³⁵ Beatriz, habitante del barrio Popular Uno. Encuentro realizado el 22 de octubre de 2019.

poder y se olvida que la guerra se agencia y manifiesta también por actos emocionales, redes de apoyo y es lo que derivó el sostén o mayor éxito de la estructura armada.

En la historia de las milicias populares la rápida aceptación por parte de las comunidades se fue desdibujando a medida que las acciones de estos grupos se iban volviendo más violentas. Para los años 1992 y 1993 las torturas y golpizas, los asesinatos selectivos, las amenazas y órdenes de desplazamiento aumentaron en los barrios. Poco a poco las milicias perdieron su legitimidad y la confianza de los pobladores (CNMH, 2017). Además, los líderes de las estructuras milicianas tomaron una decisión que cambiaría el rumbo: negociar. De acuerdo con Mario Agudelo, ex guerrillero del EPL y acompañante del proceso de negociación de las milicias populares, la decisión de los líderes se basaba en un cansancio de la lucha armada y en la posibilidad política que emergía en el país con la firma del acuerdo de paz del EPL y la nueva constitución política. Esto hizo que Pablo, Lucho y otros comandantes decidieran instaurar una mesa de negociación con el estado, representado por la presidencia de César Gaviria y los gobiernos regionales y locales. Este acuerdo de paz, tal como se verá, es uno de los hechos más distintivos de la historia reciente de la ciudad de Medellín.

2.2 Acuerdo de paz: y ¿las mujeres?



Imagen 02. Proceso de desmovilización, barrio Granizal, comuna 1. Fuente: Archivo personal de Mario Agudelo³⁶.

³⁶ Mario Agudelo ex integrante del Ejército Popular de Liberación EPL, fue una de las personas que acompañó el proceso de paz entre milicias y el gobierno nacional en 1994. En una de sus revisiones él autorizó a que se usaran con fines académicos.

El proyecto de seguridad y la mejora en las condiciones sociales en los barrios, fueron en principio lo que le permitió al fenómeno miliciano consolidarse en las zonas Nororiental y Noroccidental. La guerra que tenían con las bandas delincuenciales, propagaron el exceso de autoridad, acciones arbitrarias como el destierro, asesinatos, extorsiones y el control de los pobladores, además del escaso interés en torno a un lineamiento político, la imposibilidad de generar escenarios de participación, los intereses individuales de milicianos que se entremezclaron con bandas y combos, el poco diálogo con las instituciones, el estado y la violencia desmedida entre los diferentes actores, las fuerzas militares, la policía (F2,B2) fueron algunas de las consecuencias que permitieron la pérdida de legitimidad y la rápida desintegración. En palabras del CNMH (2017),

Las milicias exacerbaron la lógica de la justicia privada, persiguieron decididamente a los delincuentes ajusticiándolos o desplazándolos, pero también se convirtieron en agentes del miedo en los territorios donde tenían presencia (p. 191).

El trabajo de Víctor Villacinda (2019) manifiesta que una de las causas más importantes de la degradación miliciana, fue la decisión de permitir u obligar a que miembros de otros grupos armados y delincuencia pudieran hacer parte del grupo miliciano, el intercambio de participantes fue la manera para expandir su control territorial, pero a la vez redirigió actos individuales de venganza y beneficio propio, una de las acciones más comunes fue la extorsión y la práctica del homicidio entre los mismos grupos como resolución de los conflictos.

Para los años de 1994 ante el panorama creciente desfigurativo frente los habitantes y su propia estructura, las milicias decidieron acercarse al estado para crear un proceso de paz, los grupos milicianos habían perdido su imagen de negociadores, jueces y verdugos policiacos (Villacinda, 2019), se encontraba en declive, por lo que plantearon un acuerdo continuando con sus ideas iniciales de ayuda a la comunidad. El acuerdo pretendió ser aquel que daría soluciones a demandas comunitarias de infraestructuras y acceso a servicios, garantizar obras sociales, generar diálogos con el gobierno, además de recuperar su imagen deteriorada, y por otro lado, dejar que el estado mostrara una nueva cara y retomara legitimidad en las comunidades.

Ante tal planteamiento el acuerdo no fue del todo viable, debido a que en Colombia un proceso de desmovilización con grupos armados urbanos era algo nuevo. Carlos Eduardo Jaramillo (1994), exconsejero para la paz en esa época, manifestó que la situación en torno a una desmovilización era compleja, porque, por una parte, el gobierno no tenía experiencia, y dos, el proceso de desmovilización era inviable, debido a que las milicias y sus miembros vivían, trabajaban y se relacionaban en los barrios y la ciudad, todo su contexto era lo urbano y era una razón de peso para imposibilitar un desarme efectivo.

Las zonas que ocupaban permanente los milicianos tenían que ser protegidas de organizaciones de delincuencia común. Este hecho se vio agravado con la noticia de las conversaciones de paz, lo que aceleró las contradicciones entre las milicias, particularmente con las ligadas al ELN y a las FARC, que empezaron a señalar como traidores a quienes persistían en la empresa de aclimatar la paz, principalmente las Milicias del Pueblo y para el Pueblo (MPP). Siguiendo a Carlos Eduardo Jaramillo (1994), “si la milicia era sacada de la zona para ser concentrada por un proceso de paz, su área sería inmediatamente ocupada por una milicia diferente, con lo que la desmovilización quedaría convertida, en el mejor de los casos, en un simple ejercicio de reubicación de desplazados por la violencia” (p. 3).

El proceso de paz fue apoyado por los habitantes de los barrios, quienes querían tranquilidad y ante el reclamo de los milicianos por participar en política, generar diálogos con entes gubernamentales, fue un eco de querer ser visibles y reconocidos ante el estado a pesar de su desembocadura. El proceso se pactó, hubo un interés por parte del estado en la medida que podía sacar y cooptar los grupos milicianos, concertar fue una vía para calmar el conflicto armado que padecía la ciudad.

El acuerdo se realizó en la alcaldía de Luis Alfredo Ramos y en la gobernación de Juan Gómez Martínez, contó con un consejero de paz, Carlos Eduardo Jaramillo, con Jorge Orlando Melo como consejero presidencial para Medellín, un jefe presidencial de reinserción, Tomás Concha, y Monseñor Fabio Henao Gaviria, en representación de la Iglesia católica (Cooperativa Coosercom, 1994). En este acuerdo más de 400 milicianos correspondientes a tres grupos: Milicias del Pueblo y Para el pueblo (MPP), Milicias Metropolitanas (MM) y Milicias Populares del Valle de Aburrá (MPVA) dejarían las armas y negociarían la paz. Por su parte, un gran sector de grupos milicianos que no entraron a ser parte de dicho proceso, presentaron su descontento y manifestaron a nivel público la

idea de “Convivencia Popular” y era la continuidad de la idea de seguir siendo un “estado dentro del estado”:

Consideramos que la comunidad de Medellín y Colombia está madura, que somos los únicos que conocemos nuestros problemas barriales pues somos parte de esa violencia. Entonces somos los llamados a decir ¡no más! Y el estado debe darle la oportunidad a la comunidad de que ella misma solucione sus problemas de violencia. Como muchas veces le da la oportunidad, de que por autogestión haga obras. En esa convivencia popular tendrán cabida las comunidades, las bandas, las organizaciones sociales, los movimientos progresistas de oposición y los integrantes de la policía que deseen hacerlo como individuos (El Colombiano, 1994).

El acuerdo fue dividido en tres fases: la primera contemplaba la seguridad en los barrios, la resolución jurídica de los milicianos a partir de la ley 104 de 1993 de convivencia, donde el estado buscaba su eficacia de asegurar su estado social y de justicia, y reconocer a milicianos como tales, es decir, legalizar su imagen de ilegalidad. Su segunda fase la llamaron momento histórico, en esta los milicianos pretendían tener representación política para entrar al concejo y a las juntas de acciones comunales, y en la última fase la creación de COOSERCOM, que estuvo avalada con un contrato de prestación de servicios de vigilancia y seguridad por parte del Fondo Metropolitano de Seguridad, Metro Seguridad, del Municipio de Medellín; esto para que los milicianos que firmaran el pacto de paz y quisieran tener un empleo, se dedicaran a vigilar de forma legal las calles de los barrios populares en conexión con la policía. De esta manera, las armas fueron cambiadas, se les asignaron uniformes y se le dio un sueldo básico, la reincorporación a la vida civil pasó por la legalización de la violencia.

La propuesta del desarme total llegó como un barco a la deriva, eso no se sabía que rumbo iba tener. La primera propuesta de desarme fracasó, esa la tuvieron tres grupos de milicias populares con el gobierno nacional por allá en el 94, se reunieron en Santa Elena y luego hicieron el evento por allá arriba en la cancha de Granizal, los milicianos ese día portaron una camisa verde y luego cedieron la capucha por un uniforme que después sería el mismo que los acabaría. El pacto les dio un trabajo en la cooperativa de seguridad, pero eso no acabó ninguna violencia, los milicianos lo que hicieron fue cambiar de bando y esa fue una de las cosas por las que otras milicias entrarían en conflicto, estaban siendo sapiados por los mismos, trabajando en nombre del gobierno, sin perder el mismo control de los barrios; ahora eran legítimos y engañados³⁷.

³⁷ Integrante de Milicias y Combos en Medellín. Entrevista realizada el 26 de junio del 2019.

No obstante, el proceso de paz fue una manera estratégica de prolongar la violencia. El intento del desarme y la creación de una cooperativa al servicio comunitario, simplemente dejó entrever unos milicianos trabajando para el gobierno local, realizando las mismas actividades de limpieza de forma legible y legal. El descontento de otros grupos milicianos agrandó los enfrentamientos, hubo muertes masivas, traiciones y capturas de milicianos, otros optaron por la vida guerrillera, de forma que la falsa creencia de que la reintegración de los milicianos a la vida en sociedad se diera por medio de la cooperativa, fue el gancho para que el estado obtuviera la seguridad y control que había perdido, es decir, la ventaja dentro de la disputa en el ordenamiento de los sectores.

En últimas las milicias tuvieron un proceso que funcionó hasta 1996, el proceso de la reinserción creó una cooperativa llamada Coosercom, hubo una sección de la milicia que no asumimos la reinserción, uno de los propios duros del ELN, el más radical se reinserto y a él lo reconozco como el líder Pablo García³⁸. Había una zozobra mirando quien pensaba en la reinserción, ese comandante principal estaba jalando a todos, a mí también y yo le dije que no, ya que no quería ser parte del estado, yo seguía con la lucha que en últimas no era ninguna, pero yo no me torcía; eso se salió de las manos y la comunidad empezó a dar dedo, ahí fue donde me cogieron y estuve varios años en Bellavista³⁹.

A nivel institucional el gobierno nacional implementó políticas y programas de planificación zonal para hacer factible la figura del estado en los barrios, también aprovechó para que funcionarios e instituciones y ONGS pudieran desarrollar planes educativos y de formación laboral. Sin embargo, por parte de los jóvenes no dio mayor efecto, puesto que no había una continuidad en los programas y no podían salirse de su contexto, además que el tema de la seguridad barrial socavo de forma rápida a los milicianos.

Por otro lado, no todo fue desafortunado, el proceso de paz tuvo su lado positivo. La iglesia católica, específicamente la Pastoral Social, al ser uno de los garantes del proceso,

³⁸ Uno de los Jefes de las Milicias Populares del Pueblo y para el pueblo MPP, "Pablo" era el seudónimo utilizado por Carlos Hernán Correa Henao, quien fue asesinado el 8 de julio de 1994 en la zona nororiental de Medellín. Fue principal negociador de los acuerdos y gerente de la cooperativa de vigilancia Coosercom, surgida del proceso de desmovilización en el barrio granizal el 26 de mayo de 1994.

³⁹ Entrevista Excomandante de las Milicias del Pueblo y para el Pueblo (MPP), zona nororiental. Realizada el 20 de septiembre de 2018.

acompañó por muchos años los procesos sociales y comunitarios, como institución eclesial llevó a cabo proyectos productivos en alianza con fundaciones como la Cooperativa Alemana y la Corporación Colombo-Suiza, además que calmaría las diferencias y los diálogos entre los actores. La Pastoral fue un ente de confianza, ya que en momentos vulnerables las personas creyentes acudieron a esta. Carlos Eduardo Jaramillo (1994) manifiesta que la iglesia en los momentos del acuerdo les brindó a los negociadores “estabilidad psicológica, quienes, de manera constante, caían en estado de depresión y angustia originados en la visión apocalíptica de su futuro y en los oscuros recuerdos de la violencia pasada” (p.6)

En ese boleo de sangre llegó la iglesia a preguntarnos que qué necesitábamos y nosotros empezamos a decir que oportunidades, esos padres son bien, fuimos a la convivencia que nos propusieron, todos armados, allá nos dieron un taller de liderazgo, nos hablaron de convivencia y todo eso. Yo puedo dar fe de que fuimos muchos los muchachos que abandonamos la violencia y que salvamos nuestra vida, significó salvar también las vidas de aquellos que pudimos haber matado nosotros, eso fue producto de esos proyectos, eso nos ayudó a tener entendimiento y el acompañamiento de Óscar Vélez, el padre que venía a escucharnos⁴⁰.

En cuanto a las mujeres en el proceso, estas aparecen en las fotos, pero en la búsqueda de archivos ellas no se nombran. Hay un vacío en torno a la información del momento, en los estamentos y documentos oficiales no hay registro de los hombres y mujeres que hicieron parte del proceso, sólo aparecen de forma visible algunos jefes quienes tuvieron contacto con los medios de prensa como El Tiempo y El Colombiano. Sin embargo, también pudo ayudar la forma en como operaron, pues la clandestinidad y la capucha les permitió ser desapercibidas fuera de los barrios.

Las mujeres son nombradas por la experiencia o acercamiento que tuvieron algunas personas con ellas:

-T (Entrevistadora): ¿Manuel conociste mujeres milicianas?

-M (Líder social de la ciudad):

En la Iguaná entraron milicias populares; las mujeres tenían el papel de vigilantes, campaneras y le avisaban a la gente cuando venía fuerza pública, cuando iban hacer allanamiento, jugaron un papel de hombre. Ellos intentaron hacer muchas cosas

⁴⁰ Integrante de Milicias y Combos en Medellín. Entrevista realizada el 26 de junio del 2019.

como convites, festivales, integraciones, cursos de formación política y obligaban a la acción comunal a que prestaran el espacio.

En el año 94 mujeres y hombres entran al proceso de Coosercom y allá en ese proceso de cooperativa pude mirar más de 24 o 25 mujeres. Yo ya trabajaba con el municipio de Medellín en la Comuna Nororiental, era director de una unidad de bienestar social y me tocó trabajar con Coosercom cuando estaban reintegrados y pude conocer, a toda esa gente la violencia los mató y a los que no, tuvieron que abandonar Coosercom y perderse”⁴¹.

La visión que se teje en la generalidad sobre las mujeres en la violencia como compañeras o amantes desconfigura la participación real que tuvieron. En una entrevista realizada por la socióloga y profesora Heidy Cristina Gómez a Fernando Quijano sobre la participación de las mujeres en grupos del conflicto armado en el 87 a 2003, Quijano comentaba que:

Muchas compañeras milicianas, terminaron, adoptaron técnicas de puro sicariato, o sea, se volvieron más complejas. Ve, yo creo que hay varias cosas, una, la participación de mujeres en la izquierda armada en la década del 80, yo creo que hay que dividirla en dos partes: primero cuando era el viejo concepto del estilo de los postulados, llamémoslo así entre comillas, del MIR Chileno, que era el tema de que es un miliciano o que es una miliciana: es un estudiante, es un obrero, y de todos los proyectos revolucionarios del 60 y demás, ¿Qué es un miliciano? ¿Es un acompañante? mira, ¿qué te quiero decir? a ver, yo creo que son dos partes, o sea, el miliciano tradicional o la persona miliciana tradicional hombre o mujer, estudiante, obrero, ama de casa, o sea, era una cosa, ¿cierto? acompañaba actividades de la guerrilla en lo urbano, ¿cierto? Para recoger medicinas, para recoger alimentos. Pero todo se fue transformando también la participación de mujeres en la vida de la guerra al lado de las bandas, unas por odio, por venganzas, por no ser la inferior, por no estar sometida, por muchas razones⁴².

La transformación a la que se refiere Fernando Quijano en torno a las estructuras del conflicto, está relacionada con el cambio de bando que arropó tanto a hombres y mujeres. Las formas en que los sujetos pueden reinventarse o escapar se cruza con la frontera de lo que puede ser esperanzador y marginal, el incentivo de no sentirse perdido se enlaza a la oferta del

⁴¹ Líder social, desde los 16 años ha participado en procesos comunitarios en la Nororiental y en la Iguaná. Hoy su labor la desempeña con la fundación Provienda, es una asociación que busca favorecer el desarrollo de programas de alojamiento, entendiendo la vivienda como un derecho fundamental y un factor clave para la integración social. Entrevista realizada el 14 de septiembre de 2018.

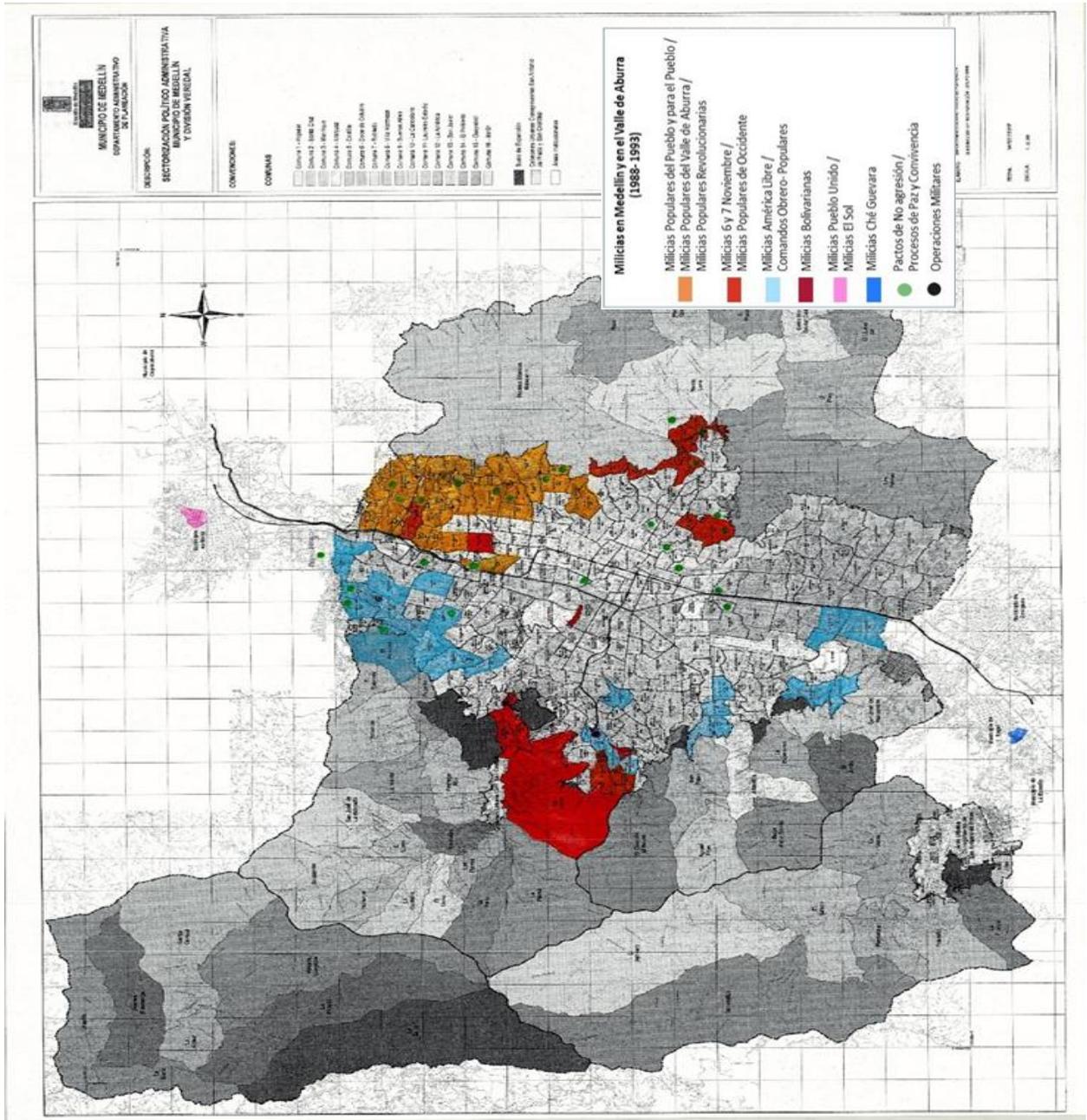
⁴² Entrevista realizada por Heidy Cristina Gómez en 2019, me permitió leerla y usarla con fines académicos.

cambio de bando y es la opción limitada de ser de “otros”, sin necesidad muchas veces de cambiar las dinámicas espaciales, ideológicas y responsabilidades de violencia, y esto se traduce a todos esos jóvenes que no interrumpieron su afianzamiento y capacidad de agencia para hacer parte de otras estructuras, es un círculo que sostiene el mecanismo de la guerra. No es fácil pues para muchos comprender cómo un miliciano pasó a pillo, y de pillo a una organización social, o cómo una mujer miliciana pasó a ser universitaria, o dejó atrás la violencia para ser ama de casa.

El cambio de bando era una decisión favorable para no ser desterritorializados de sus barrios o ser blanco al cual desechar. Las milicias populares, aunque no tuvieran una ideología política clásica que los determinara y unificara, lograron confrontar, en cierta medida, la soberanía del estado y, por su parte, se dedicó a crear una ciudadanía de programas a los que José Tapias (2015) llama situaciones de ingobernabilidad, ya fuera por su ineficiencia y el desarrollo de la autoridad privada. La ciudad fue el escenario de las disputas y la lucha de fuerza por espacios para el ejercicio del poder.

Por otro lado, los escasos estudios académicos sobre el pasado de este contexto miliciano, la dificultad que resulta al investigar actores del conflicto o en su defecto la categoría del estado, el resultado de encontrar silencios y baches respecto a la memoria de la gente de la época, han llevado al fenómeno miliciano a ser algo de lo que poco se habla, lo que no se “dice”, no se “ nombra” ni se “sabe”. Ésta idea está vedada por el entendimiento de ver las milicias sólo como un grupo y no verlo como una estructura eficaz que sirvió como intermediario, siendo un rostro más en los órdenes locales, donde las formas de surgir y construir estatalidades, es decir las nuevas formas de intervención, son la que verdaderamente marcan el desarrollo y la profundidad de comprender la violencia, la participación de las mujeres y la transición diferenciada en la ciudad.

A continuación, se muestra en general los lugares en los que tuvieron presencia las Milicias en Medellín.



CAPÍTULO 3

Los rostros eran otros: las mujeres en la perspectiva masculina

Este capítulo recoge las diferentes formas en que se narran las mujeres que hicieron parte de las milicias populares. Cada una de las concepciones aquí escritas fueron el resultado de conversaciones, entrevistas y proyectos de vida de algunos líderes sociales, ex milicianos, funcionarios y hombres que vivieron en los barrios donde estos grupos actuaron. Así mismo, este capítulo se nutre de entrevistas de mujeres que permitieron contrastar la información a partir de su percepción de cómo los hombres las sentían y narraban en esos momentos.

El subtítulo del capítulo, *las mujeres en la perspectiva masculina*, nace de algunos de los retos que impuso el trabajo de campo. La dificultad ya narrada para ubicar a mujeres milicianas implicó que muchas de las conversaciones iniciales se tuvieran con hombres, quienes describieron a las mujeres, sus formas de articulación en los grupos milicianos, las perspectivas frente a su vinculación o no con dichos grupos, así como sus estrategias para participar de la lucha armada y de los escenarios políticos abiertos en el contexto de finales de los ochenta. Estas conversaciones describían a las mujeres, pero no desde sus propias voces. Lo hacían desde la perspectiva masculina, desde lo que ellos consideraban era *ser mujer* integrante de las milicias.

Ante lo propuesto por dichas voces, se decidió concentrar este capítulo en estas visiones de las mujeres, para que, posteriormente, esas imágenes tengan oportunidad de ser contrastadas con las voces de las propias mujeres. No cabe duda de que todas las luchas individuales y colectivas han transformado la realidad en la que vivimos y es desde allí donde se hace interesante y necesario el análisis de género para la comprensión de lo que desconocemos, porque las historias que hemos construido se han quedado en las voces y rostros de otros. De ahí que sea importante que la memoria, en tanto estrategia metodológica, se revista de preguntas con enfoque de género, esto es, con preguntas que diferencien aquello que hombres y mujeres sentían y hacían alrededor de la violencia.

1. **Historia de un miliciano**

Oficialmente no hay una versión de mí.

Me morí, me mataron, sigo ¡vivo!

Sin pensarlo pasé por mil alias: Juan David, Miguel, Pablo, Carlos, Niver, Santiago, Pipe, Lucho, yo que sé; perder la identidad es una cosa a la que uno no se acostumbra, porque soy otros que no existen. Eso dice Gonzalo, un poco cansado de los trajines, apoya los codos con fuerza sobre la mesa, su mirada va en dirección al espejismo, guarda silencio por un minuto prolongado, es un hombre corpulento, de manos oscuras y agrietadas, cansado, parece que en mucho tiempo no ha conciliado el sueño pleno. Curtido por lo que aconteció y por lo que ahora es su trabajo, Gonzalo habla con precaución, pero con la emoción y las tristezas que merece su vida, tal vez ese sea el punto, lo más duro de la guerra es mirarse a sí mismos.

Pues ya que terminamos hablando de estos temas, recuerdo que me dieron la tarea de comprar municiones y bajé del morro, como quien va pal centro a comprar pollo, ¡quien pidió pollo!, eso sólo se veía en momentos especiales. Mandé a llamar a los muchachos como a las 10 de la noche y les dije que en menos de media hora los esperaba en el reversadero, que teníamos algo pa' estrenar. Había comprado fusiles y un Galin Sar. Eran como ocho pelaos los que llegaron y les dije "vamos a ensayar" - ¿cómo?, me dijeron - Y yo, en esa garita, ahora que recuerdo ese Galil Sar tenía mero infrarrojo, yo apunté, disparé y boom, los vidrios de las casas se reventaron, la gente se iba volviendo como loca, el barrio se volvió un caos y llegaron patrullas, ¡muchos corrían - Jueputa! nos dio fue risa.

En ese momento el ruido del plomo era nuevo, no era como allá de donde vengo, del campo, aunque este también era el campo. Eso, al principio, era hasta bonito, en las noches había celadurías, los señores y las señoras haciendo agua panela y chocolate, nos pasaban a los comandantes, a los combatientes, pa' pasar caliente la noche. ¡Ja! nadie se imaginaba la tranquilidad de esa montaña y lo bonito que se ve desde allá la ciudad, parece uno en la cima. Ver una que otra lucecita de abajo, ver cómo se apagaba la ciudad. En la esquina estaba fulanito y peranito, alrededor árboles, los ranchos a medio armar de pedazos

de madera, lata, plástico y uno que otro con tejas o contruidos con adobe y mezcla, eso era un lujo pa' tan arriba. Las calles de los patiamarillos, de tierra, de piedras y el agua. Nos tocaba bajar escalas abajo pa traerla, hasta que nos dio por inventar dizque bingos bailables pa' recoger fondos y hacer los acueductos de manguera negra que llegaran hasta ciertas casas y coja balde pa' que lave ropa, se tome un tinto o haga la sopa.

En una de esas patrulladas, en la que todo estaba tranquilo, Cabeza de Balín me contó que cuando era niño y no había tanto rancho se bañaban en los charcos de ahí del morro. - Imagínese que veíamos pájaros, yo no sé cómo se llamaban, pero mi mamá les decía los azulejos, mijo hasta la montonera de golondrinas venían a tomar agua, era verde todo y uno que otro que podía ir a la escuela. Entonces el resto se quedaban cogiendo grillos, hasta imagínese que a una amiga que llegó mucho tiempo después y que ya habíamos crecido más, le pusimos la “coge grillos” porque la pillamos en una zanja afuera de la escuela, de la escuelita que queda al lado de la cancha grande de arena, de ahí de San Blas, dizque atrapando grillos. Y a esa niña, comandante, le daba una piedra que le dijéramos así, que inclusive algún día este Pacho le dijo así, un día que la vio charlando con otro niño y se puso roja y toda rabona. Ese pacho si es la cagada, sí o no. - Cabeza de Balín, ¿y quién es esa pelada? – comandante creo que esa es Sandra, la hija de Doña Socorro ahí de la entrada de los chorros.

Ya que me pongo a devolverme en todo lo que vivimos en la comunidad, cuando la milicia empezó hacer la purga, se le fue hablando a los propios ladrones -se va a reformar, se va regenerar, va a dejar lo que está haciendo, ¿o se va a morir? – No, yo me quiero unir a ustedes. Entonces se ordenaron, se ubicaron, se capacitaron política y militarmente, y se ejerció control sobre ellos. Era como coger un león y volverlos una mansa paloma. Usted no me cree, cada día crecía la masa, hasta un momento que no había a quién limpiar y se volvió la guerra de la milicia con los combos, cada día se fue volviendo un problema gigante, que la gente hasta decidió darnos dedo.

Lo que me gustaba a mí era el poder que tenía uno pa' mandar y uno poder decir “la quiero a usted, la quiero a usted, o la quiero a las tres”. Y uno se aprovechaba porque a las niñas en ese tiempo les gustaban los comandantes, los que tenían el poder, es tanto que uno

no tenía casa propia, todas las casas eran de nosotros. Comíamos en una, en otra nos lavaban la ropa, no nos teníamos que preocupar era sino por cuidar el barrio, sentir que la vida era de nosotros. Pero quedaron los destrozos de la guerra, mucho inocente murió. Son errores, murieron muchas mujeres, se mataba sin compasión, había mucho machismo que a la final todos esos muchachos jóvenes, como de diecisiete y veinte años, menores de edad, se dedicaron a matar, a ajusticiar, esa era la tarea matar, matar y más matar.

Yo soy machista, no le voy a decir que no, yo me formé en el campo, era una cabeza, venía del ELN, de pensamiento marxista-leninista, maoísta de organización y se hablaba de una dirección colectiva. Nos habían mandado a siete, entramos por el oriente y entre todos había una mujer que manejó toda la comunidad de Santo Domingo. Manejábamos zonas o sectores, es decir, unos La Cima, otros Jardín y La Honda, otros San pablo, Carpinelo y nos rotábamos, y así sucedió con las mujeres que estuvieron con nosotros. Las cambiábamos de barrio, las volteábamos para que no fueran conocidas en el mismo sector y pudieran mandar. Luego venían otras con especialidad. Se les entrenaba normal, con fusil, pistola, revolver; se les enseñaba explosivos, se les daba curso de Zapador⁴³, se les enseñaba que el papel de la mujer en la guerra es muy importante pero explotadas, esa vivencia fue muy dura.

Las mujeres que ingresaban o nos acompañaban, al igual que los hombres, eran gente sin estudio, sin oportunidades, nosotros sabíamos que íbamos para el lumpen, como al territorio de los desposeídos. De hecho, así comienza toda la visión florecida, “bonita”, del socialismo, ¡del himno comunista! ¡Arriba los pobres del mundo de pie los esclavos sin pan! ¿Si me entiende? Medellín, en esa época semirural, la comuna una bomba de tiempo como Bellavista, que en cualquier momento estalla, llena de muchos problemas arraigados.

Yo le cuento todo esto porque me genera confianza y no debería, pero me fui pensando en que apenas en este tiempo comenzamos a pensar en las mujeres, ¡ah! Eso a lo que ustedes le llaman género, porque, como le vengo diciendo, yo soy machista, yo vengo del campo. Las milicias, y creo que muchos grupos cuidan a las mujeres, nosotros no las poníamos de frente, uno estaba enamorado de ellas y no quería quedarse sin “compañerita”,

⁴³ Zapador hace referencia a los soldados o combatientes que se dedican a facilitar el movimiento de los ejércitos a través de construcciones y explosivos.

y si no que lo diga Camilo, que empezando de miliciano y ya a punto dizque de casarse, conoció a Patricia y en un enfrentamiento le metieron tres tiros, uno en el hombro y dos en la pierna, por allá abajo en San pablo, y estando en el hospital mandó a llamar a Patricia y se le metió al rancho, allá. A ella y a la mamá les tocó cuidarlo hasta que años más tarde lo mataron, por torcido, por güevón.

Es que las mujeres han sido muy aguerridas, fueron buenas comandantes, guerreras, propias, eran sentimentales, enamoradas, muy lindas pa qué. Usadas por los combatientes, doblemente explotadas sexual y militarmente. Ellas eran las que cocinaban o las rancheras, pasaban las armas, las que me entregaban las armas en una operación, se usaba para hacer inteligencia a nivel militar. Nosotros vivíamos de la expropiación, no había cámaras ni tanto policía, vea entrábamos disfrazados de mecánicos, mostrando fusiles, robábamos un banco y salíamos sin problema... Es que una mujer, cuando está brava, es más decidida que un hombre.

Las peladas tenían el papel de vigilantes, campaneras y le avisaban a la gente cuando venía fuerza pública, cuando iban a hacer allanamiento. Jugaron un papel de hombre, aunque la guerra nunca les quitó la parte humana, la diferencia era que nosotros éramos los que mandábamos. Dentro de la comandancia una que otra estuvo, otras nos escoltaban, listas para hacer redadas, trabajo militar. En ese tiempo el trabajo político era más bien poco, los pioneros sí éramos formados, algunas mujeres como la que te estaba diciendo fueron pensadoras, pero con todo lo que estaba pasando algunas se fueron alejando cuando vieron que todo se calentó.

La milicia tuvo un pensamiento en sí, pero sufrió una descomposición, se perdió el respeto por el mando, todo se volvió un problema, todos se volvieron Coosercom y todos dispersos. Muchos se cambiaron pal paramilitarismo, muchas mujeres volvieron a la vida normal, tuvieron hijos, legalmente y más en esa época se veía de todo. Algunas consiguieron empleo en el centro, se regeneraron, consiguieron empleo en espacio público, estudiaron y muchos manes terminaron en el DAS, muertos o en la cárcel.

Quedó gente ofendida, destruida, daños psicológicos, gente huérfana. Yo me arrepiento de haberme salido de los principios, yo me siento inocente porque fui usado por un esquema mayor, un líder paupérrimo, un líder sin visión. Con todo el respeto, los

combatientes, los milicianos son burros dirigidos, no mandan, no toman decisiones, no deciden. Pero no me torcí, hubo una sección de la milicia que no asumimos la reinserción. Uno de los propios duros del ELN, el más radical, se reinserto y a él lo reconozco como el líder, Pablo García. ¡Jum! Había una zozobra todos los días mirando quién pensaba en la reinserción. Ese comandante principal estaba jalando a todos, a mí también, y yo le dije que no, que yo no quería ser parte del estado, que no quería ponerme ese uniforme gris, yo seguía con la lucha que en últimas no era ninguna. Eso se salió de las manos, la comunidad empezó a dar dedo, de la nada aparecía la ley, la policía, que era el F2 en ese tiempo. La gente se cansó y nosotros también.

Ahora pienso que eso es inútil. El estado sigue siendo la cuna de la perdición, quita oportunidades al que quiere salir adelante, eso es todo. Ojalá pudiéramos tener la discreción de las mujeres, que hacen que todo “este normal”. Matamos mucha gente y nos tocó ver morir mucha, pero yo no me arrepiento, hay cosas que uno no dice, compartimentación y clandestinidad le llamamos, uno no sabe.

Ex-integrante de las Milicias del Pueblo y para el Pueblo (MPP), 2018.

Fue uno de los integrantes que no hicieron parte del proceso de paz firmado en 1994.



Imagen 03. Año de 1995, Barrio San Pablo, Comuna 1. Fuente: tomada de archivo personal de alias "Patricia".

2. Las mujeres estáticas

¿Y la historia? Está allí, fuera. Entre la multitud. Creo que en cada uno de nosotros hay un pedacito de historia. Uno posee media página; otro, dos o tres. Juntos escribimos el libro del tiempo. Cada uno cuenta a gritos su propia verdad.

La guerra no tiene rostro de mujer
Svetlana Alexiévich

La idea del actor miliciano era fragmentaria, “un proyecto sin futuro, un fenómeno inesperado”⁴⁴. Fueron el producto de la cotidianidad de los barrios, se autodefinían como organizaciones militares zonales de mandatos populares y de conferencias guerrilleras como las Milicias Bolivarianas, otras por su parte fueron autodefensas societales dedicadas a la prestación de servicios de seguridad y control a los pobladores de los barrios. Sus concepciones partían de un campesinado patriarcal, de roles aprendidos. Las milicias

⁴⁴ Ana María Jaramillo, Investigadora de la Corporación Región. Entrevista realizada el 12 de septiembre de 2018.

fueron concebidas como grupos heterogéneos que se encontraban inmersos en la lógica de brindar protección y defensa. En algunas ocasiones como puente en la entrada de todo tipo de cosas a los sectores, y aquellos quienes podían controlar conductas que no atentaran contra quienes vivieran allí.

Según Aguilera (2014), Colombia siempre se ha tachado de ser un,

Colapso parcial del estado, donde existen regiones controladas por otros poderes que conforman gobiernos insurgentes aprovechando la debilidad del estado y la incapacidad que tiene para controlar territorios y los conflictos internos, por lo cual la siempre hay una fracción y una pelea por la soberanía. (p. 32)

De esta manera, la configuración de los diferentes poderes sustituye la autoridad y se legitiman en una expansión espacial, logrando dominio y ofrecimiento de justicia. Los grupos milicianos desde sus inicios tomaron fuerza en un escenario geográfico que prolongaba la continuidad del campo, una ciudad con grandes perímetros semi-rurales, es decir, una ciudad apenas en construcción.

Para Vladimir Caraballo (2006):

La violencia y la paz resultan siendo sustantivos de las relaciones entre actores en contextos definidos, y no realidades separadas, la hegemonía del estado se construye permanentemente en diálogo con órdenes locales no estatales e instituciones, compartiendo el poder, reorganizándolo en los territorios y reajustando los conflictos. La presencia diferenciada del estado se hace visible y uniforme, en la medida en que los escenarios deben negociar el monopolio de la soberanía, la economía y hasta las normas de convivencia cotidianas con soberanías locales construidas históricamente (p. 252-253)

Las Milicias Populares representaron colectivamente en sus inicios a diferentes grupos sociales, actualizando maneras propias de gestionar la vida. Sin embargo, para Vladimir Caraballo (2006) “terminarían sucumbiendo a los liderazgos individuales que resquebrajarían a la organización. Los abusos contra la población, la ausencia de claridad en las reglas establecidas” (p. 250) y sobre todo la repetición por parte de muchos jóvenes de las dinámicas relegadas por la historia del narcotráfico, terminaron socavando al final la idea de lo popular e instaurarían valores centrados en el ascenso social, rencillas personales y la opulencia.

A partir del conjunto de relaciones y dinámicas anteriores se desentraman la forma en como los hombres relatan a las mujeres, le dan cuerpo y las van haciendo parte de las historias. Es un conflicto de hombres y para hombres, ya que todo el discurso de la guerra tiene una estructura patriarcal. Para Angélica Bernal (2000) existe una división pública y privada, la historia se cuenta de forma que las mujeres casi no aparecen en campos de batalla, sólo están de forma indirecta desarrollando roles asignados socialmente:

En la teoría de la guerra se considera, de entrada, la división pública privada, fundamento de la asignación de roles: las mujeres en la esfera de lo privado, en el hogar, cuidadora de esposos e hijos; los varones en el espacio público, encargados de la economía y de la política y por supuesto de la guerra. Los hombres siempre aparecen como actores directos, las mujeres, por el contrario, han servido como botín de guerra, instrumento para debilitar al enemigo, medio de pago de intercambio y protectores de la vida de los guerreros”. (p. 13)

Las mujeres en las Milicias Populares aparecen de forma anecdótica en la memoria masculina, como lo expresan los siguientes fragmentos de campo:

-T (Entrevistadora): ¿Cómo comienza las milicias Bolivarianas y las mujeres en estas?

-M (Hombre Miliciano): “Las milicias comienzan con un asunto muy consultado por las bases, en ese entonces leíamos “el libro rojo de Ho Chi Minh”, nuestra concepción de milicia es la concepción de milicia de Vietnam. Las primeras milicias que surgen fueron las del M “las del pueblo y para el pueblo” (MPP). Nosotros en ese momento teníamos era la Red Urbana que tenía una labor de inteligencia; las milicias son el respaldo entre la ciudad y la parte armada del ejército que ya teníamos, necesitábamos era llenar ese hueco. Comenzamos en el año 93, esta zona era la zona dieciocho y trabajamos el proceso miliciano en Santo Domingo, la 29, Manrique oriental, La Cruz y La Honda, con el objetivo de ser corredor para el noveno que se movía en el Oriente. Yo cumplo la tarea de organización y tareas políticas, ahí comienzan a surgir mandos de mujeres en esta zona, compañeras del barrio y de la U.”

-T (Entrevistadora): Cuándo se va para el frente, ¿allí encuentra mujeres?

-M (Hombre Miliciano): “Sí, nosotros fuimos una guerrilla patriarcal pero siempre se destacó el respeto a las mujeres. Cuando ingreso a la Juco no había niñas por el colegio ser de niños. Ya más adelante comienzo a relacionarme con otros, porque todo era muy clandestino, con el Liceo Antioqueño y el Marco Fidel Suarez. Cuando comienzo a responder en dirigencia comienzo a relacionarme con niñas del INEM, en ese tiempo Magnolia Agudelo Velázquez fue la primera dirigente de la Juco como secretaria política, y es importante, ya que, en las revoluciones, sobre todo en la de Rusia, no hay mujeres, sólo aparecen las mujeres como compañeras de

Marx y Lenin. Entonces las mujeres en las FARC cumplían el papel de cuidar niños, heridos y tareas domésticas, porque las FARC surgen resistiendo, como un pueblo en armas, atrincherándose en fincas, las mujeres son más de otras tareas”⁴⁵.

Según varias entrevistas realizadas a ex integrantes de las milicias bolivarianas (MB), estos comentan que las mujeres cumplían una función operativa, destacándose el trabajo de concientización social en los barrios y la familia, el apoyo logístico y el ejercicio de cuidadoras. Sin embargo, no todas las mujeres eran consideradas milicianas, ya que existía una diferencia entre ser y no ser, dada por el ejercicio militar: “el hombre arma, ya que la milicia es un aparato militar, no una célula de partido”⁴⁶. Para este interlocutor, las Milicias fijaron la violencia como una realidad inmediata y en ese sentido la construcción de poder en la sociedad ponía a la mujer en un segundo plano. En este sentido, para este grupo surgido de las FARC, la pertenencia política se adscribía a un asunto de apoyo y colaboración, y no necesariamente a la vida orgánica; la colaboración la han tipificado entonces como un hecho de ser “responsable”, “copartícipe”.

Asumían que la insurgencia estaba conformada por campesinos machistas, venidos de una mentalidad agraria. Según un ex integrante, para ellos la orientación sexual tuvo complicaciones en la estructura, debido a una mentalidad social en épocas anteriores⁴⁷. Se comenta que aquellos con una identidad de género u orientación sexual enmarcada en las siglas LGBTI, tuvieron complicaciones, fueron sancionados por el mismo grupo y una de esas sanciones era el escarnio público. Reconocieron que en las milicias las condiciones de las mujeres eran distintas, ya que muchas provenían de ámbitos universitarios y otras iban integrándose a medida que crecía el barrio y que el conflicto aumentaba: “nos tocó armar a esas mujeres y realizamos un bingo bailable para conseguir cinco 38, después mandamos algunas a que tomaran cursos y se formaran en los frentes guerrilleros”⁴⁸.

⁴⁵ Ex integrante de las Milicias bolivarianas. Entrevista realizada 29 agosto del 2018.

⁴⁶ Excomandante de las milicias bolivarianas (MB) y Ex integrante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Entrevista realizada 26 de septiembre del 2018.

⁴⁷ Excomandante de las Milicias Bolivarianas (MB). Entrevista realizada el 23 de agosto del 2018. De hecho, sólo para el año 2016 se abre el debate en la comisión de género en las negociaciones en La Habana del gobierno nacional y las FARC-EP, encabezadas por las comandantas Victoria Sandino e Isabel Sanroque.

⁴⁸ Ex integrante de las Milicias Bolivarianas (MB) y de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Entrevista realizada el 15 de septiembre de 2018.

-M (Hombre Miliciano): “En nuestros estatutos siempre estuvo el respaldo a la igualdad y lo comprobé en el frente 47, las mujeres tenían la misma igualdad de condiciones y siempre el mismo respeto, de hecho, Karina llegó a ser comandante y tuvo todas las posibilidades para llegar a la comandancia en el 47”.

Los hombres reconocen a las mujeres en el ejercicio miliciano, sin embargo, las narraciones se hacen contradictorias, puesto que se toman como elemento clave para el desarrollo de la milicia, pero a la vez no logran identificarlas en su jerarquía de mando; y tiene que ver con los liderazgos que podrían describirse como la expresión del deseo masculino en figurar en las situaciones de forma heroica. La sociedad tiene el imaginario de esta figura como el que puede y tiene los medios para trascender la historia, y es el hombre fuerte, visceral, dispuesto a matar y a morir. Las mujeres, por el contrario, según Angélica Bernal (2000),

Son estereotipadas, asignándoles una naturaleza no violenta, portadora de sentimientos nobles, dominadas por su afectividad y emociones. Consideradas "guardianas del hogar y la familia", las mujeres no representan en este esquema un sujeto racional, su conducta es guiada por la "naturaleza maternal" que las lleva a conservar la vida. (p. 14)

Aferradas a fidelidad de lo privado y que encajan en un segundo plano en la guerra, así lo muestra María Eugenia Vásquez (2001):

Penetrar en un mundo masculino, significó un proceso de adaptación que las llevó a modificar sus referentes de identidad para desempeñarse exitosamente y sobrevivir un mundo de varones, dirigido exclusivamente por ellos, aceptar los retos de competir con ellos en su propio terreno y ser valoradas por cualidades concebidas como propias de la masculinidad: el coraje, la audacia, la dureza, el don de mando, la voluntad, la fortaleza física y el arrojo⁴⁹ (p. 62)

Dentro de la cotidianidad, para los hombres milicianos el segundo plano de la mujer correspondía a la facilidad en el juego en la estética de la guerra, es decir, dentro del campo siempre se imponen maneras de ser, de vestir, de llevar el cabello, la barba, de comportarse,

⁴⁹ Vásquez, María Eugenia, excombatiente del M-19. Para esta mujer la participación en procesos insurgentes o de violencia conllevaron a cambiar en una parte los roles funcionales respecto al amor y la familia y la forma en como empezaron asumir la sexualidad y la maternidad; sin embargo este cambio no modificó de forma sustancial el aspecto tradicional donde la violencia hacia las mujeres se hacía de forma sutil a través de diferentes formas de presión para acceder a su sexualidad y asignarles espacios marcados por la división sexual del trabajo en tareas de comunicación, educación, distribución de alimentos, etc.

etc. Y en ese campo las mujeres permitieron la seguridad, de ahí se destaca su rol de “carrito” o de “cuidadoras” que consistía en pasar armas de fuego de un lado a otro, cuidar a los hombres o ayudar en operativos, ya que para los hombres las mujeres son más discretas y buscaban salvaguardar la vida.

Este es el caso de Sandra, una mujer que militó con los milicianos en el barrio San Javier, a quien le atribuyen la tarea de ser el puente para que entren “todo tipo de cosas al sector” pero al distinguirla, solo la identifican como amiga de los milicianos.

-H (Hombre habitante): yo recuerdo que cuando estuvieron las milicias nosotros vivíamos muy bueno, nos ayudaron en la organización del barrio, de todos ellos recuerdo al miliciano Mario un gran líder y a Sandra su compañera⁵⁰.

En las conversaciones con los hombres y habitantes, las mujeres eran nombradas desde la emocionalidad y no desde el reconocimiento de sus contribuciones, sus acciones no sobrepasan la importancia a pesar de sus múltiples actividades, lo que deja en resonancia aquello que dijo María una habitante de Manrique en los noventa⁵¹, en una conversación sobre el tema: “Las verdaderas mujeres no se cuentan, porque la inalcanzable búsqueda de la verdad, pesa mucho”, para ella las mujeres no son tenidas en cuenta, y para los hombres pareciera que es natural no exponerlas.

La mujer que apareciera como líder dentro de la estructura miliciana tenía que comportarse de forma masculina para dar potestad y controlar su mando. El liderazgo para muchos órdenes locales ilegales pasa también por el autoritarismo, ya que la guerra para los hombres ha sido una prueba de honor y de hecho tiene una explicación mitológica y arcaica donde el problema se instala en la forma en cómo hacemos memoria colectiva. Para Mircea Eliade (2016) las sociedades juegan constantemente a la idea del eterno retorno, es decir, simbólicamente reproducimos y fortalecemos la figura del guerrero, que sea cual fuese, imita un héroe y es un nivel que arquetípicamente conduce a que la historia se repita como aquella que tiene como partida y final vencedores, nunca contiene mujeres guerreras que equiparen a los hombres:

La transformación del hombre ha sido el arquetipo de la repetición. Allí donde la tradición goza todavía de cierta actualidad, los grandes soberanos se consideran

⁵⁰ Habitante barrio San Javier. Entrevista realizada el 6 de octubre del 2018.

⁵¹ Entrevista realizada el 23 de agosto de 2018.

como imitadores del héroe primordial: Darío se juzgaba como un nuevo Thraetaona, héroe mítico iranio de quien se decía que había dado muerte a un monstruo tricéfalo; para él y por él la historia se convertía en la reactualización de un mito heroico primordial. (p. 52)

Para Diana Lorena Jiménez (2016):

Estas experiencias estructuradas dentro de un orden simbólico de género pretenden ubicar a los sujetos en una categoría genérica. Paradójicamente, son experiencias moldeadas desde el interior de las subjetividades, pero también desde el afuera, desde el orden simbólico de género externo. De ahí que, las experiencias que esculpen las identidades de género sean específicamente experiencias corporales generizadas. El valor del sacrificio jugó un papel fundamental y sirvió para erigir un modelo de masculinidad heroica, tiene dos caras: una, la del hombre revolucionario y otra, la de la mujer-madre y compañera afectiva del hombre revolucionario. (p. 20)

Se hace evidente que el equiparamiento de las relaciones de poder de las mujeres siempre han sido la confrontación y triplicación del trabajo, por todas las responsabilidades correspondientes a ellas, por ello se hace tangible las fronteras que deben cruzar. De esta forma, la posición de las mujeres se ubica en un campo ideológico patriarcal que se entrecruza con la moral religiosa, educativa y política, la cual moldea y genera mujeres abnegadas, estáticas, lo que significa la constitución de mujeres fijas, insertadas en una diferenciación: lo que aparentemente no se ve.

Por otro lado, se visualiza una estructura distinta a partir de lo que piensan y creen algunos ex integrantes de las (MPP). Las narrativas son difusas en torno a la consideración del papel de las mujeres por varios motivos. Lo primero, tiene que ver con el crecimiento rápido de la organización, el proceso iba aumentando, lo que generó una diversidad en el volumen de la gente: jóvenes, hombres de familia, vecinas, mujeres cabezas de hogar, comerciantes, muchas personas se fueron involucrando de diferentes formas, bien fuera como colaboradores, informantes, y otros eran escogidos para empuñar las armas, lo que ocasionó una milicia no formada y fundamentada en la limpieza social.⁵² Es decir, no tenían una ideología clara, y la falta de una visión crítica en torno a todo lo que estaba

⁵² La limpieza social para los años ochenta en Medellín se concentraba fundamentalmente en la eliminación de jóvenes, vendedores de droga, consumidores, ladrones, entre otros. Estos jóvenes, tal como lo muestra el CNMH (2017) fueron perseguidos y violentados bajo distintas modalidades de violencia. Con el paso del tiempo se entendió desde algunos sectores, que aquello denominado limpieza no era más que una forma segregadora y de exterminio social.

aconteciendo, no permitió redefinir las relaciones entre hombres y mujeres en la vida cotidiana. Las acciones milicianas parecieron entonces el eterno retorno de proyecciones insurgentes combinadas con autodefensas, incertidumbres e intercambios con dinámicas locales.

El segundo punto tiene que ver con la visión de futuro, pues si bien las Milicias Bolivarianas (MP) fueron persistentes en su idea de la toma del poder, en venir a las ciudades a darle continuación al proyecto guerrillero, estas milicias se bifurcaron en la idea que traían de que la continuación de la política era la vía armada para terminar con muchos jóvenes “sin una visión más allá de sus narices”.⁵³ Una violencia escalonada que para Vilma Franco (2002) consistía en “el tejido del monopolio de las fuerzas por parte de los actores enfrentados que racionalmente reorganizaron con diferentes mecanismos formas de privatización de las funciones de defensa y seguridad en los espacios urbanos, que correspondían teóricamente al monopolio del aparato de estado”(p.68). Lo que desembocó en una fragmentación que ocasionó el desdibujamiento de las milicias y en un tercer punto, la facilidad que tuvieron otros grupos armados, sobretudo bandas y paramilitares,⁵⁴ para cohesionar esos jóvenes que iban quedando sueltos, ofreciéndoles beneficios económicos y de estatus para ellos y sus familias.

Vilma Liliana Franco (2006) alude a este hecho como:

La despolitización de los grupos milicianos, que abogaba una guerra contrainsurgente y que se relacionaba con las estrategias de choque y reorganización de los combos, las alianzas con el narcotráfico y las instituciones gubernamentales, lo que enardeció el escenario de la representación soberana, el dominio territorial y el control institucional que como imagen le ofreció a la ciudadanía las armas como ejercicio de dominación donde los hombres se sitúan como perpetuadores legítimos, sumando que, a la par, era una de las opciones ofrecidas a la cantidad de milicianos que eran arrebatados de su contorno. (p.27)

⁵³ Entrevista con Excomandante de las Milicias del Pueblo y para el Pueblo (MPP), zona nororiental. Realizada el 20 de septiembre de 2018.

⁵⁴ Recordemos que posterior al proceso de negociación con las milicias en 1994, hubo un escalonamiento del conflicto armado en todo el país, trayendo a varios bloques paramilitares a las ciudades. En el caso de Medellín, la llegada de los bloques Metro, Cacique Nutibara y Héroes de Granada, ocasionó la vinculación de muchos jóvenes de la ciudad, así como alianzas con bandas históricas como La Terraza.

De esta forma, las mujeres fueron tomando terreno como figura de “amigas”, “compañeras” con roles de hogar para luego pasar hacer parte de los milicianos rasos con funciones iguales a los hombres, con poca oportunidad de mando, lo que destaca su doble inserción en la milicia.

Según Jennyfer Vanegas (2017) la guerra se hace limitada, ya que obedecen a la legitimación de lo masculino como paradigma válido y reconocible. Lo que ha significado para las combatientes históricamente la división sexual del trabajo que les impone los mismos roles que se producen en la esfera privada en el escenario de la guerra y de la lucha. De este modo, su posición se enmarca en una situación estática donde son reconocidas sus labores, pero en la memoria colectiva se desconocen sus hazañas y acciones en equidad a los hombres y se sitúan en la posición de ayudantes.

De acuerdo con Pineda (2017), el sociólogo Bourdieu (2005), establece que,

Las mujeres se encuentran atrapadas en relaciones de poder y son esquemas mentales socializados donde lo masculino debe su eficacia específica al hecho de que legitima una relación de dominación, inscribiéndola en una biológica, que se traduce en poner a los hombres y mujeres en diferentes conjuntos de disposiciones respecto a lo que pueden o no hacer. Este autor pone como ejemplo los juegos de honor y de guerra que corresponden a los hombres por el despliegue de masculinidad, de virilidad y que sucede lo mismo en espacios referidos a la política, los negocios y la ciencia (En Pineda, 2017, p.46),

El siguiente relato expone algunos de los elementos propuestos por Bourdieu para comprender a las mujeres en el marco de relaciones de poder:

-T (Entrevistadora): Cuénteme un poco Patricia qué hacían las milicianas

-P (Mujer Miliciana): Usted sabe que a uno le gusta todo ese ambiente, las motos, las armas, el sentir del poderoso, la protección, el más, la mujer del fuerte y saber que ante eso hay respeto, mami yo conocí a mi esposo en la milicia, porque por allá en el 91 estaban llamando a la gente para que se metieran. En esos tres años de estar con él aprendí a andar con los milicianos, yo andaba con mí revolver en la cintura, él me enseñó todo; cogíamos de quieto a las viejas, las requisábamos cuando estaban por ahí. Nos enseñaron a una amiga y a mí a manejar armas, cómo cogerlas, cómo disparar y vigilábamos con ellos de noche. Eso dio un cambio total cuando se desmovilizaron, porque el error de ellos fue quedar como enemigos, todos querían mandar y a mí me dio mucho miedo seguir con eso, llegaron las bandas y todo se calentó, yo quedé embarazada y cuando ajuste tres meses a él lo mataron⁵⁵.

⁵⁵ Patricia, ex miliciana de las MPP. Entrevista realizada el 17 de septiembre del 2018

Según Rita Laura Segato (2003) la ideología que organiza las relaciones de género como las relaciones de poder, obedece a una estructura que reviste de significado lo que es ser “hombre”, ser “mujer” y que emana en el portador sutil de la ley, preservando un carácter arbitrario y violento. Un ejemplo de ello lo apuntan los combos o los grupos ilegales que, según Natalia Galeano (2017), se han orientado de acuerdo con las construcciones locales de masculinidad y la relación diferenciada de esta con diversas maneras de agenciar violencia física y emocional dentro y fuera del grupo.

Para Patricia no era desconocido que entrar al espacio de los milicianos era adentrarse al “sentir del poderoso”, optar por aprender a ser como ellos sin perder las características de cuidadora y madre. Este papel tuvo y decidió ejercer hasta el día de hoy. Ella reconoce que ese hecho le salvó la vida, puesto que le permitió hacerse a un lado, lo que explica la maternidad como una dificultad, a la vez que puede significar un pare en el desempeño militar de la guerra, lo que les da a los hombres más destacamentos y persistencia en el ejercicio de la violencia, dado que la responsabilidad culturalmente, está asignada a las mujeres, quienes deben estar en permanente competencia en obtención de la igualdad de funciones.

- T (Entrevistadora): ¿Por qué resultaste en este cuento?

- S (Mujer simpatizante de las Milicias populares): Aquí había dos grupos las FARC y el ELN, nosotros pertenecíamos al ELN y nos encontrábamos con núcleos de otras corrientes y estos grupos tenían sectores en los que operaban. Yo seguí ahí con mi amiga, hacíamos tomas culturales, trabajábamos con niños, jóvenes, era un tema ideológico. Al principio no había tema de formación militar. Más adelante empecé a identificar que había diferentes estructuras políticas, logísticas y una cosa era que no todos pasaban por la formación política.

Yo no estaba de acuerdo con ciertos parámetros porque siempre respeté la vida del otro, nos brindaron la posibilidad de escalar. Yo recuerdo que fui a dos polígonos, clases de estrategia y eso, pero cuando me enfrentaba a mis principios yo nunca estaba de acuerdo con eso y por ese asunto no fui capaz de avanzar tan rápido. Mi amiga sí, se fue a finales del 89 y volvió a los 6 meses, satisfactoria. Sin embargo, vino cambiada, la gente se vuelve mecánica, fría, toma decisiones sin importar, ella conmigo siempre fue la misma porque fuimos amigas toda la vida, pero su postura ante la gente era miedo y respeto⁵⁶.

-T: (Entrevistadora) ¿Cómo les va en esa esfera miliciana?

⁵⁶ Sandra habitante de la comuna uno, simpatizante de las milicias del pueblo y para el pueblo (MPP). Entrevista realizada el 17 de septiembre de 2018.

-S (Mujer simpatizante de las Milicias populares): Yo creo que dentro de la misma estructura siempre ha permanecido el patriarcado, eso no ha sido solo de la iglesia o la política, dentro de la estructura izquierda existe. Yo conocí dos o tres mujeres que llegaron a cuadros, el resto eran las que jugaban con los niños, incluso las que atraían a las personas para que participaran en los grupos culturales y creo que ese era su fuerte. En cierta medida creo que la mujer tiene un espíritu más conciliador y no tomamos decisiones inmediatamente. En ese sentido pienso que de pronto las mujeres que funcionamos de esa forma somos relegadas un poco, pero el rol más común era en el tema cultural. Mi amiga se ubica como uno de los cuadros en la milicia, la flaca, así era conocida. Cuando ella iba a otros barrios se cambiaba el nombre, a veces iba a encuentros; lo que creo es que el acceso a las armas, al ejercicio militar le dio a la flaca el poder, porque de resto toda éramos iguales.

-T (Entrevistadora): ¿Cómo eran tratadas por los milicianos?

- S (Mujer simpatizante de las Milicias populares): Bien, es que muchos nos criamos juntos, éramos amigos. En mi caso yo tenía sentimientos encontrados, mis amigos eran los pelados sanos milicianos y en mi familia otros eran del combo, fueron ese grupo de jóvenes con otras apuestas los que se vieron asfixiados y terminaron metidos ahí. Recuerdo que, al comienzo, para ese entonces hubo un allanamiento en todo el barrio, encontraron panfletos, en la casa de ella, la vi en noticieros. El impacto de la gente que la conocía fue brutal ya que todas manejaban bajo perfil, en las noticias decían son milicianas y no que obedecían a un grupo juvenil.

Para Vanegas (2017) citando a Echavarría y Ortiz Pérez (2004), el imaginario patriarcal también construye los deseos y las expectativas en una lógica heteronormativa, donde mujeres que hacen parte o no de los grupos han sido cómplices de las lógicas de la guerra a través de la admiración de los hombres que la ejercen, que tienen el poder de las armas, son los que ofrecen a las mujeres mayor seguridad, creando todo un significado simbólico que va penetrando en la conciencia social. En este sentido, muchas mujeres tienen que adecuarse a las conductas, haciendo del ejercicio de la participación limitado en algunos espacios.

-S (Mujer simpatizante de las Milicias populares): no era un escenario donde fueran muy protagonistas las mujeres, incluso en reuniones de 10 hombres había una mujer, entonces ha sido el mismo de izquierda y derecha. Sin embargo, años después, la flaca trató de seguir en el círculo de la política como lideresa de la acción comunal por dos periodos⁵⁷.

⁵⁷ Sandra habitante de la comuna uno, simpatizante de las milicias del pueblo y para el pueblo (MPP). Entrevista realizada el 17 de septiembre de 2018.

Luz María Londoño y Yoana Fernanda Nieto (2007) aseguran que varios procesos de insurgencia como el EPL y el M-19 han pasado por procesos similares donde las mujeres suben el escalafón de colaboradoras a combatientes reflejando una mirada conservadora y moralista sobre la mujer en los ejércitos, lo que ha desembocado un pensamiento de género sin respaldo teórico. La exclusión de estas se debe a una actitud persistente de desconocimiento frente al papel que tienen como actoras directas del conflicto, las mujeres “guerreras” pasan por un proceso de ocultamiento, predominando la idea de actoras pacíficas, solucionadoras de conflictos, idea que surge de la concepción ideológica en el ordenamiento patriarcal.

Para los milicianos las mujeres se encontraron exactamente en ese actuar de instintos maternales y dadoras de vida. Por ello, dentro de sus narraciones mencionan a sus madres y hermanas que fueron claves en esconder dentro de sus casas las municiones y armamentos que estos adquirirían. De hecho, aluden a que varios allanamientos por parte de la policía fueron fallidos por la creatividad de algunas familias de guardarlas debajo del “pollo” de la cocina, debajo de baldosas, en los closets y dentro de puertas de madera. Además, eran ellas quienes salían a defenderlos ante la ley y esto va en dirección de lo que plantea Donny Meertens (1987), y es que la construcción de lo urbano ha sido importante para la mujer popular:

Ellas no solo están presentes como acompañantes y ayudantes del hombre en la toma de tierra, sino que también realizan la toma, realizan fuerza de choque contra ejércitos, ellas también defienden sus terrenos. Son sobre todo las mujeres que en los quehaceres domésticos van organizando la conformación socio-espacial interna del barrio, tejiendo un conjunto de espacios de trabajo, de circulación de reproducción de descanso y recreación y son consideradas “menos heroicas”. (p. 43)

De esta forma, *Sandra* alude que las mujeres que apoyaron o hicieron parte del proceso miliciano se dedicaron desde un inicio a la promoción cultural y deportiva de los sectores que, consciente o inconscientemente, se convertían para ellas en un trabajo político. Conscientes en la medida de que muchas ya sabían de qué se trataban las apuestas de estos espacios y lo que los actores querían, mientras que otras sólo querían servir a la

comunidad, preocupándose por el mejoramiento del barrio sin inmiscuirse en la coerción de estos grupos en el campo de la labor social.

En varias de las conversaciones con los habitantes, las mujeres en su mayoría eran quienes se quedaban construyendo y levantando los barrios, mientras los hombres eran quienes se desempeñaban por fuera. Muchas de ellas se encargaron entonces de la crianza de los hijos mientras ellos regresaban. En esta medida, la comprensión de la guerra en el ejercicio miliciano para los hombres entrevistados se reduce solo a unas ejecuciones de violencia, es decir, a la acción, pero no a todo el campo contextual que implicó la creación de los grupos armados.

Otra particularidad que mencionan es el liderazgo en el que se situaban como abanderados por ser los encargados de funciones específicas o por ser reconocidos en las zonas, lo que para las mujeres fue distinto. Ellas usaron la clandestinidad como permanencia, muchas por las obligaciones con sus familias, por miedo o por consecución de su proyecto de vida que, a diferencia de los hombres, tenía que ver con el acceso a un empleo, a educación y a carreras universitarias, lo que las condujo a sobrevivir en el tiempo. La clandestinidad estuvo asociada en un principio con la seducción y la información que podían obtener a partir de la generosa entrega, el compromiso, sin embargo, este hecho persistió por altos costos emocionales.

María Eugenia Vásquez (2001) propone que

Las dificultades compartidas con los varones no sólo son de roles, las mujeres tuvieron que sopesar la soledad en la búsqueda por construir la individualidad, la sensación de abandono, el miedo por las constantes amenazas contra la vida, la incertidumbre contra el futuro y el estigma que ante la desaprobación social crearon una reacción defensiva que silencia y fracciona la memoria de las mujeres. El efecto sanador en muchas ocasiones es la negación de lo que se fue, de la experiencia lo que convierte el silencio en una forma de asumir y construir el presente (p. 65).

En algunas entrevistas con ex milicianos se percibe una narración de “heroísmo”, situándose en el campo de la fuerza, de los precursores, de los esposos y compañeros, lo que para ellos simbolizó una distancia prudente con sus propias identidades.

-M (Ex miliciano): “El “alias”, hace que uno se sienta que no vivió, que no existió, lo que dificultó la vida en familia, porque el amor se enciende de presencias y no de ausencias”; no hay una diferencia entre la vida política y el ejercicio militante”⁵⁸.

Cuando evocan al pasado oscurecen las relaciones con las mujeres, aparecen ausentes y las ubican en el plano cuando del recuerdo emerge partes sensibles que tienen que ver con el amor, lo social y el cariño. De otras formas no están, de hecho, para ellos hablar de género es un tema de este momento.

-M (Ex miliciano): Lo mejor que tu podías hacer cuando ibas a un frente era llevar cosas para las chicas, moñitos, hebillitas, aretes, esas viejas se arreglaban mucho, la guerra nunca les quitó la parte humana. En las milicias yo si trabaje con mujeres, recuerdo una muchacha que tenía dos hijos, no recuerdo su nombre, pero la tengo aquí en mi cabeza, era una morenita muy bonita, ella fue una de las primeras que tomo las armas, de todas maneras en esta sociedad machista y patriarcal lo que se reflejada más eran los hombres, a pesar de que hubo mujeres con mayor capacidad que nosotros y uno tiene que reconocer eso, yo no puedo decir que sea un hombre nuevo, yo tengo todos los vicios del hombre viejo de esta sociedad, pero en nuestros estatutos estuvo el respaldo a la igualdad⁵⁹.

Kimberly Theidon (2002) explica que:

Las mujeres pueden adquirir mayor movilidad, recursos y oportunidades de liderazgo. Pero esta responsabilidad adicional viene sin que haya ninguna disminución en las demandas de sus roles tradicionales. Por lo tanto, el espacio momentáneo en el que las mujeres asumen roles no tradicionales y típicamente asumen responsabilidades mucho mayores dentro de los ámbitos doméstico y público, no necesariamente implica un avance en la igualdad de género. (p. 17)

Lo anterior muestra que en las narrativas de los hombres la mujer puede pasar de débil a fuerte, de esposas al ejercicio militar, de miliciana a lideresa social, pero no se puede ubicar en la oficialidad que simbólicamente depara lo legítimo. La mujer se encuentra constituida por un antagonismo, los discursos binarios entre ser hombre y mujer determinan el orden que organiza la coexistencia humana, lo femenino no representa en lo más mínimo lo heroico que exaltan los discursos de la soberanía del estado-nación, desconfía de las capacidades físicas de las mujeres y busca representar un orden en la absorción de lo masculino, para la perseverancia de los intereses y poder estatal.

En las conversaciones realizadas con algunos funcionarios o investigadores del tema, no tienen conocimiento de la participación de la mujer, algunos hacen referencia al trabajo de

⁵⁸ Excomandante de las Milicias Bolivarianas (MB). Entrevista realizada el 23 de agosto del 2018.

⁵⁹ Ex integrante de las milicias bolivarianas (MB). Entrevista realizada el 29 agosto del 2018.

Alonso Salazar en su libro *Mujeres de Fuego* (1993), a las acciones y articulaciones de la Corporación Región y la Consejería Presidencial para Medellín como posibles fuentes de información. Sin embargo, manifiestan un desconocimiento por la trayectoria de las mujeres en estos grupos, de hecho, afirman no haber visto mujeres en la mesa de negociación ni en el proceso de desmovilización, por lo cual existe un desconocimiento a nivel local del fenómeno miliciano. Es necesario preguntarnos por la forma en como el estado y la ciudad hacen memoria y cómo el pensamiento antropológico e interdisciplinario sigue aportando a las lecturas y cuestionamientos patriarcales, encontrar las particularidades de la guerra en cualquier contexto e identificar que las mujeres ya sobrepasaron el discurso de ser sólo cuidadoras.

CAPÍTULO 4

Las mujeres contadas por si mismas

Este capítulo aborda la perspectiva y la participación de las mujeres en los grupos milicianos. Aquellas voces femeninas narran de formas distintas el fenómeno, logrando mostrar el otro rostro miliciano que transitó de la limpieza social a procesos organizativos y de participación. Fueron en mayoría las mujeres quienes trasladaron las ideas iniciales de trabajo comunitario a escenarios institucionales, logrando adherir su trayectoria de vida en el desarrollo barrial y social.

Para las mujeres la violencia no significó lo mismo que para los hombres, ni su participación fue la misma; los intereses fueron otros y su valoración del cuidado y la seguridad a su entorno y seres queridos, les permitió transitar la vida y no la muerte.

1. Historia de una mujer

Todo comienza por Pablo, él vivía prácticamente en mi casa. Fuimos muy cercanos y a pesar de eso nunca nos contó nada de lo que hacía, ni de lo que había hecho; uno sabía que salía y se encontraba con los muchachos, que iba a reuniones, pero solamente ocho días antes de que lo asesinaran vino a decir algo, porque yo le pregunté si no sentía miedo de que el estado lo mandara a matar, entonces me miró y me dijo “me da miedo, son mis propios amigos” y como promesa concedida, la muerte la planearon sus amigos. Eso fue bien pensado y, bueno, eso fue lo único que dijo.

Yo personalmente tenía mucho temor, la imagen del estado en ese entonces era muy mala, le cuento que sufrí el desplazamiento en el Valle cuando era una niña y llegamos a San Javier, todo muy precario, a veces nos tocaba pedir; luego mi mamá se da cuenta que por aquí estaban comprando lotes y nos vinimos pal Popular y desde entonces y a pesar de las dificultades aquí hemos estado, con mis hijos y mi nieto.

¿Usted cuantos años cree que tengo?, cuando conocí a las milicias populares yo ya tenía más de 30 años, como todos saben llegaron a los barrios pidiéndoles a las familias espacios para los encuentros, hacían reuniones y así se fueron metiendo de casa en casa. Esa fue la manera como

conocimos a Pablo García, uno de los jefes de las milicias, porque recuerdo haber visto cuatro más, llegaron cuatro hombres y una mujer, la mujer sí iba muy poco al sector, creo que llegué a verla dos veces no más; después fueron creciendo, parecía una masa que crece y crece y de un momento a otro ya eran muchos, seguro que ellos mismos, los comandantes, los elegían.

Para mí ese periodo fue una experiencia nueva, no digo que fue muy buena pero tampoco fue dolorosa, normal, otros tienen otra concepción de eso. Cuando pasó todo eso, la gente del barrio, éramos los que salíamos a hacer actividades, reuniones a las que ellos convocaban, hacíamos actividades comunitarias, recreativas; a ellos mucha gente los quería porque aparte de todo lo malo que pudieron hacer eran personas sensibles, pa qué, fueron muy decentes, yo allí conocí personas muy humanas, que colaboraban muchísimo. Cada ocho días pedían colaboración a empresarios, graneros, supermercados y hacían mercados muy grandes para entregarlos a familias con mayor necesidad, la comunidad estaba agradecida y esos gestos se fueron ganando el cariño de los demás.

Yo hice parte de la desmovilización, de la Cooperativa Coosercom, Pablo me hizo la propuesta, él empezó a organizar todo, conversamos me dijo que, si quería trabajar con él y comencé allá como radio operadora pasando por otros cargos, pero estuve sobre todo con la parte de telecomunicaciones. Los milicianos sabían que a muchas de nosotras no nos interesaba sobrepasar lo militar, ya muchas habíamos tenido conversaciones. Claro que sí hubo mujeres que se acercaron a lo militar, pero la mayoría llegamos en pro de otra cosa; de hecho, ellos trataban de cuidarnos, cuando conversábamos con Pablo en mi casa, él nos decía “si a mí me cogen y me van a matar, vienen por ustedes las torturan y ustedes hablan, si ustedes saben algo las van a matar, si ustedes no saben nada corren menos riesgos, “mientras menos sepan mejor les va”, creo que las mujeres fuimos muy respetuosas de todo lo que ellos habían hecho, tratábamos de no meternos en las acciones de violencia que hacían.

Coosercom era una cooperativa de vigilancia, funcionaba por grupos y teníamos un supervisor. A Coosercom, fuimos varias mujeres militantes, las que estuvimos regadas y atendiendo las diferentes sedes en el Popular uno y dos, Guadalupe, Santa Cruz. Los hombres por su parte se encargaban de hacer los recorridos y nosotras pendientes de prestar el servicio a la comunidad, porque más que una organización la gente llegaba a pedir asesorías y ayuda.

Con el tiempo todo se puso mal, empezaron a asesinarlos y entre ellos también, no me explico cómo, primero fue a Pablo y así, con estos problemas la cooperativa no duró mucho, los que

quedábamos teníamos esperanza, pero se fue debilitando todo y fue muy difícil. A las mujeres no nos pasó nada porque realmente no teníamos la misma visión y trabajamos por otros motivos, creo que por eso nos salvamos.

Siento que las mujeres fuimos un poco invisibles, ellos todos los días estaban en el campo y nosotras en actividades comunitarias, la gente aprendió a vernos así y por eso el respeto no lo ganamos nosotras, la gente no nos veía con temor ni con miedo, nos veía como personas normales que hacíamos cambios para nuestras familias. Muchas teníamos hijos y vimos ese espacio como una oportunidad. Yo quiero decir algo que faltó ahí y ahora con la experiencia uno lo nota, ese proceso se acabó porque no formaron ni capacitaron a las personas para el cambio, llegamos muchas mujeres a un proceso tan nuevo y grande, era como un sueño y llegar sin experiencia de nada, faltó entender que era la oportunidad de generar empleo, que teníamos que tener una visión de futuro, faltó hablar de amor, faltó el acompañamiento real del estado que sabían que tenían que educar a todas las personas.

Las mujeres llegamos ahí no para estar en los procesos de guerra, llegamos por empatía porque nuestro trabajo fue la relación directa y nos vimos representadas así fuera ilegal, al estado no estar presente nos vimos representados en ellos, estuvimos por convicción y de forma responsable. Nos duele que todo allá acabado de esa forma, que toda esa gente ya no esté, yo pasé por lo que fue la oficina de Coosercom y añoro el espacio, estoy convencida que le hubiéramos dado un buen manejo, hubiéramos generado desarrollo, pero desafortunadamente no se dio. A ese proceso le debo mi cercanía con la gente, yo inicié mi liderazgo ahí, al principio la timidez me ganaba, pero a partir de mi participación me forjé en el liderazgo, para nosotras fueron actividades útiles, donde compartimos y aprendimos también de mujeres profesionales que fueron entrando.

Es triste pensar en Pablo, ¿qué sería de él si las cosas no hubieran tomado aquel rumbo?, tal vez conocería a su hija y ella sentiría diferente, dejaría de verlo con ojos de recuerdos malos que tienen los demás sobre él, si estuviera vivo no habría brotado tristeza en mi hija.

Cuando Pablo murió yo escribí esto:

En el año de 1989 los barrios populares vivían época de violencia, inseguridad, desempleo y todo tipo de violaciones, fue entonces cuando por petición de la comunidad se hicieron presentes las milicias populares. Un grupo de jóvenes dispuestos a luchar y a

brindarle apoyo a un pueblo olvidado por el estado. Nos vimos en la necesidad de recurrir a esta organización debido a la falta de organismos de seguridad en nuestras zonas.

Iniciamos un conjunto donde se le daba participación a niños, jóvenes y adultos, dando así paso a la integración por medio de actividades culturales, recreación, sancochos comunitarios y muchos eventos más. En lo político y militar se hacían reuniones y entrenamientos físicos. Así se dio inicio a un trabajo conjunto donde se trataba de rehabilitar al ladrón y al drogadicto por medio de reuniones y en los casos extremos se hacían desertar.

Un día el comandante Pablo y sus compañeros de lucha deciden dejar las armas para darle paso al diálogo de paz. Así pues, el 26 de mayo de 1994 se convierte un día especial para la comunidad que concentrados en la cancha de granizal presenciamos la dejación de armas, precedida por las palabras de comandantes de zona, voceros, personajes de instituciones gubernamentales y otras entidades.

De este acto fueron testigo las hermosas palomas blancas, símbolo de paz.

Pero hoy la realidad es otra, se inició una guerra entre los mismos compañeros, el 8 de julio fue asesinado Pablo, el hombre gestor de este llamado proceso de paz, aun sabiendo que este cambio ponía en peligro su vida no dio un paso atrás. Porque sus ideales fueron siempre el de luchar por la comunidad y lograr un mejor bienestar social para esta clase pobre.

Hoy estos ideales desaparecieron, sus sucesores luchan ahora por unos intereses particulares, se han olvidado de las masas que fueron nuestra razón de ser. Ahora cuando la Cooperativa está a punto de fracasar tenemos que unificar el trabajo y tratar de recuperar el apoyo de la comunidad.

Ex-integrante de la Cooperativa de seguridad Coosercom, 2019.



Imagen 04. Proceso de paz 1994. Fuente: Archivo personal de Mario Agudelo⁶⁰.

2. Las mujeres en las milicias populares

La trayectoria femenina en los grupos milicianos tuvo un interés y un desarrollo marcado por recobrar la paz en los territorios, a partir de los escenarios de participación barrial. Las mujeres que hicieron parte de los grupos milicianos se insertaron por diferentes motivos, como ya se expuso antes, algunas estuvieron a la par de los hombres manteniendo intereses de mando, en el escenario de lo político, militar y otras se engancharon a las ideas de protección barrial traídas por grupos independientes, la creencia en la idea inicial de grupos milicianos de representar para los barrios soluciones a las condiciones de vida, realizaron su participación de forma militante, desarrollando roles de informantes, enfermeras, apoyo logístico, carritos, trabajo comunitario, voceras, recreadoras, educadoras; papeles más externos que no les implicara verse involucradas de forma tan directa con acciones de violencia.

⁶⁰ Mario Agudelo ex integrante del Ejército Popular de Liberación EPL, fue una de las personas que acompañó el proceso de paz entre milicias y el gobierno nacional en 1994. En una de sus revisiones él autorizó a que se usaran con fines académicos.

También entraron por la imagen que sembraron culturalmente aquellos grupos en los sectores, ocupar el lugar del miliciano o tener relación con estos era obtener un estatus⁶¹, compartir espacios de esparcimiento, entablar relaciones de apoyo, mover a la gente y obtener información, es en lo que describen su presencia.

Es importante aludir que a los diferentes procesos en que transitó la estructura miliciana, por ejemplo, el proceso de paz y Coosercom, también tuvieron cabida mujeres que no hicieron parte de la estructura armada, al ser espacios no exclusivos de milicianos. Muchas recibieron la propuesta de trabajar en el espacio, la propuesta de la cooperativa tenía un ente de control de los diferentes sectores, por lo que mujeres y pobladores confluieron, alimentando discusiones y proyecciones sobre el desarrollo de los barrios en conjunto con los proyectos que llegaron por parte del gobierno.

La militancia de las mujeres tanto en Coosercom como en los propios grupos milicianos potenció el apoyo logístico y la participación en los espacios de interacción entre milicianos-comunidad, brindó la credibilidad y el acceso a la cooptación de los habitantes, es decir, la militancia femenina fue el elemento de conexión para el desarrollo de sus intereses. El activismo de las mujeres y el desenlace miliciano fue diverso, la decisión de aportar a la mejora en sus territorios implicó un movimiento definitivo, por lo que caminaron en diferentes construcciones y proyectos barriales, como la escogencia de otro destino, tal como le sucedió algunas mujeres en las Milicias Bolivarianas (MB).

Tanto la militancia como la clandestinidad en las Milicias Bolivarianas (MB), fueron aspectos importantes debido a la responsabilidad que conllevaban. El grupo, al estar conectado con la estructura guerrillera de las FARC-EP, proporcionó formación militar y política a sus integrantes para que realizaran tareas en la ciudad y algunas mujeres por sus habilidades recibían la propuesta de irse para los frentes guerrilleros o adherirse al partido comunista clandestino, tal como lo relata Sara⁶²:

En el noventa yo hice parte de las milicias que instauraron las FARC-EP en la ciudad, entro por una persona muy cercana quien ya estaba en el proceso, nuestro trabajo en ese entonces era realizar acciones planfletarias y de pintas; nos diferenciábamos de otras milicias porque teníamos razones políticas, la idea era la toma del poder a partir del brazo armado y eso era la

⁶¹ Con estatus hago referencia a lo simbólico de ser miliciano, ya que tener control y poder en lugares con condiciones de vida precaria, fueron características deseadas por muchos jóvenes; según la mayoría de los entrevistados lo describen como una “moda”, que representa el anhelo de ser reconocido o ser temido, agregando la falsa expectativa de que esta condición cambiaría sus modos de vida.

⁶² Alias Sara comienza ayudando en las Milicias Bolivarianas teniendo tareas concretas de clandestinidad en la ciudad, luego tras recibir capacitación política- Militar se une al partido. Entrevista realizada el 30 octubre de 2018

posibilidad de hacer posible la nueva Colombia. Por mis intereses, habilidades y cualidades termino en el partido político, allí tuve formación académica y se me designa la tarea de realizar la creación de conciencia de los pueblos, en esa finalidad se me pide que me adhiera al sistema sindical.

El paso de Sara al brazo organizativo representó “reconocerse y asumir parte de su vida a partir de la organización”, aspecto que no fue igual en otras milicias, ya que se podía ser miliciano sin necesidad de dejar de lado un oficio, o dejar el empleo en una empresa, por no tener una organización ideológica clara y la movilidad, y aunque Sandra también ejerciera su rol en la clandestinidad, debía responder a unos lineamientos establecidos por unos mandos.

Por su parte las Milicias del Pueblo y Para el Pueblo (MPP), no tuvieron una organización política tan clara ni obedecían a una estructura superior, por lo que la participación de las mujeres se desarrolló de forma flexible. Los roles de estas estuvieron dadas por sus intereses barriales desde lo que estuvieran dispuestas hacer, y este es el caso de Gloria⁶³:

Cuando nosotras las muchachas estuvimos en la Cooperativa nos íbamos caminando hasta la sede y la gente de la comunidad nos abordaba, nos preguntaban cosas y nos ponían quejas, éramos vistas como voceras, nuestro rol era el trabajo con la gente; las personas nos tenían respeto y los hombres se sentían orgullosos y seguros de lo que hacíamos.

Gloria destaca que a los barrios también llegaron personas a acompañar el proceso, mujeres que venían de otros lugares de la ciudad, mujeres con algún tipo de formación académica, lo que fortaleció el aprendizaje de estas para darle continuidad a su ejercicio comunitario tras la fragmentación de los grupos milicianos y el cierre de la Cooperativa en 1995.

Ante la pregunta de su identificación como mujeres milicianas, algunas rechazan la categorización ya que la concepción que tienen de las milicias populares está dada por el impacto moral que tuvieron a nivel social, “yo no me siento una mujer miliciana, ya que no compartía con ellos la violencia”⁶⁴. Más bien explican que su relación con el grupo estuvo enfocada en la militancia, la labor social para ellas fue el verdadero impulso.

⁶³Alias Gloria exintegrante de la Cooperativa de seguridad Coosercom y habitante del barrio Popular en la zona nororiental.

⁶⁴ Alias Gloria exintegrante de la Cooperativa de seguridad Coosercom y habitante del barrio Popular en la zona nororiental.

Cuando Pablo me propuso trabajar con él, implicaba que yo debía desmovilizarme, firmar el papel y lo hice, me dieron la camiseta que debía ponerme ese día en la cancha de Granizal, pero yo no me la puse y estuve como espectadora dentro de la multitud. Yo sé que en momento de la desmovilización fueron 260 personas, muchas no se desmovilizaron, tal vez vieron o sintieron temor por el estado por negligencia, porque no hacían presencia.

Gloria reconoce que en el proceso de desmovilización hubo muchos como ella que no tuvieron motivo para dejar las armas dado que nunca las portaron ni las usaron, y explica que el proceso de desmovilización tuvo personas que no fueron milicianos, ya que el hecho de firmar fue la posibilidad de conseguir un trabajo remunerado, y por este panorama, personas ajenas al conflicto fueron asesinadas en lo que aconteció después para Coosercom.

El proceso de reinserción pactado por las milicias y el gobierno nacional en 1994, pretendió crear condiciones de vida a partir de empresa, un empleo y proyectos productivos, “estudiar y capacitarse en las diferentes ramas de la ciencia y de la técnica, participar activamente en el seno de una comunidad en procura del bienestar social y, todos o casi todos, formar o consolidar una familia”⁶⁵. Este acuerdo conllevó al compromiso del estado en la inversión social y de servicios en cinco comunas de Medellín, continuar con los núcleos de vida ciudadana⁶⁶ que pretendían la recuperación del papel y presencia del estado en los diferentes sectores, y una oficina de conciliación de conflictos; desplegaron proyectos de educación para quienes quisieron terminar el bachillerato y realizaron alianzas con el SENA para la formación técnica.

Las mujeres se vincularon en esos proyectos, estuvieron en los espacios de aprendizaje, desarrollaron su liderazgo como gestoras de paz, obtuvieron cargos administrativos, de recepcionistas, en contabilidad y radio operadoras, hicieron parte de procesos educativos y su liderazgo amplió el espectro de trabajo comunitario que estuvo enlazado con programas institucionales. El rol de puente fue significativo, ya que recobrar la confianza y hacer que muchas personas creyeran en el bienestar, permitió que la movilidad de las personas recobrar los espacios que antes estuvieron llenos de temor

⁶⁵ Proyecto de Investigación para la Cooperativa Coosercom sobre reinserción, realizado por la Universidad de Antioquia. Informe contenido en el archivo personal de alias Gloria.

⁶⁶ Los núcleos de vida ciudadana fueron un proyecto ejecutado por la Consejería Presidencial para Medellín en las zonas nororiental y noroccidental de la ciudad. Tenían la intención de crear centros barriales que transformaran los espacios, generaran mejores condiciones de trabajo, sitios de encuentro y de sustento, así como espacios para el esparcimiento. La Consejería construyó dos núcleos. Un proyecto similar son las Unidades de Vida Articuladas (UVA), construidas en la década del 2000.

por la violencia; esto se nutrió también de líderes sociales y personas que aun no siendo de la zona o del sector universitario y político, se adhirieron a la propuesta de participación y transformación.

Otras mujeres, implicadas en lo militar sí asumieron responsabilidad. Para ellas la violencia tomaba un sentido diferente, en pro de la seguridad, y destacaron la importancia de las acciones milicianas para la “tranquilidad”. En ese entonces algunos sectores pensaban esta consideración sujeta a discursos ideológicos de los mismos grupos. Reconocieron que su entrada a la militancia, o a las acciones que requería la estructura, estuvo marcada por un doble trabajo, ya que asumir ser parte no les quitaba la responsabilidad que tenían dentro de sus hogares, permear los escenarios de lo público y privado, les llevó a comprender su importancia, así el imaginario machista estructural de la sociedad las opacara.

Yo antes no me preguntaba sobre la importancia que cumplimos en esos escenarios, pero ya que lo hablamos, estoy segura que hemos aportado la capacidad para situarnos más allá de un proceso racional de las cosas, a los grupos y movimientos, les hemos permitido reproducimos como organización y aunque la guerra es el espacio de control y de poder, no es solo donde vamos a disparar⁶⁷.

La feminidad tiene eso que para el común puede ser frágil y es encontrar sujetos que se conmuevan y encuentren alternativas. Las categorías binarias de lo que es masculino o femenino o aquellos que pueden hacer hombres y mujeres, mancillan los recuerdos que tiene la gente sobre las cosas, es así como las mujeres son recordadas por las relaciones que entablaron respecto a los hombres o por como se han representado socialmente. De forma simbólica las mujeres han sido olvidadas, alejadas de la realidad, se desconoce lo que hacen y desempeñan; siguiendo a Isabel Piper y Leyla Troncoso (2015)

La memoria es una forma de acción o práctica social, política y cultural que es construida simbólicamente y tiene un carácter interpretativo y relacional. La memoria, constituye una acción social de interpretación del pasado que se realiza de manera continua en el presente y que tiene efectos concretos en la construcción de realidades, lo que implica que al recordar construimos tanto el pasado generizado que se recuerda como a los sujetos generizados que recuerdan. (p. 67)

⁶⁷Alias Lucia Ex militante del Movimiento Bolivariano, brazo político de las FARC. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2019.

La participación de las mujeres constantemente traspasa toda barrera genérica de la guerra que interpone la memoria hegemónica. Reconocer su doble inserción en la violencia como forma de interpelar su invisibilización, ha sido demostrar que la dominación se encarna en lo íntimo de los sujetos y, en este sentido, no se reconoce el trabajo múltiple que han desarrollado. Por el contrario, su función del cuidado se ha interpretado como fragilidad, un deber natural, su cuerpo como mecanismo de inteligencia y de poca relevancia en los procesos armados, lo que ha minimizado su carácter político.

Respecto al cuidado, se le ha tomado como una actividad propia de las mujeres. Tomeu Sales Gelabert (2015) explica que sirve como mecanismo para la provisión de necesidades humanas y se constituye como prácticas del ámbito privado, impuesta a la identidad de las mujeres. El cuidado es una categoría que se ha codificado desde las relaciones desiguales de poder.

El cuidado tiene un sentido androcéntrico, tradicionalmente se ha basado en la división entre sujetos autónomos, capaces de proveer cuidados y los sujetos dependientes, incapaces de proveer cuidados. (p. 32)

Para Gelabert la definición del cuidado se nutre con el escenario capitalista que menosprecia la atención y la responsabilidad hacia los otros, la individualización y la competitividad en el plano social han olvidado que el rol tradicional femenino de cuidar también lo pueden practicar los hombres. Agrega Gelabert que el cuidado debe integrarse como una noción central, ya que esta y su verdadera lectura desactivará la dominación patriarcal de los sujetos, desestabilizando la división sexual de la sociedad.

El cuidado en los grupos milicianos fue preponderante, permitió a la par que la clandestinidad el mantenimiento y la fuerza de los jóvenes en esta estructura, las mujeres ejercieron este papel de forma comprometida, ya que ellas consideraron la vida como parte fundamental del futuro. Ser guardaespaldas y cuidadoras de los hijos, familia y comunidad en general, es el desempeño con el que han contribuido y luchado en todos los espacios, lo que no fue de la misma manera para los hombres.

Las estructuras armadas sean cual sean, reproducen las prácticas e imperfecciones de la sociedad. El poder tiene sectarismo, el contexto exige conductas, parámetros y los hombres en la violencia se distanciaron, se encerraron en círculos del egoísmo y heroísmo que los enorgullece, es como su punto de lanza. Cumplir orientaciones,

estar de forma directa era disponerse a renunciar al Yo, al sí mismo y nosotras no renunciamos a eso, había otras cosas más importantes⁶⁸.

Hago hincapié en el cuidado, ya que, a lo largo de los encuentros con personas, fue un aspecto relevante, fue repetitivo, se llevó a muchos ámbitos, por ejemplo, el cuidado por defensa de los derechos y territorio, el cuidado por amor, el cuidado por el apoyo e identidad con los grupos milicianos, es decir, fue un eje transversal para la agencia, relacionamientos e identidad en ese contexto. El cuidado entonces adquiere una connotación política que va más allá del entorno familiar. Se trata de un cuidado consciente y politizado, que diluye la frontera puesta entre lo público y lo privado.

Por otro lado, las mujeres entrevistadas consideran que el no aparecer de forma visible y directa, ya fuera por la clandestinidad o por elección, les trajo beneficios. Explican que “ser la novia de un miliciano, implicó tener mucha información”.⁶⁹ Lucia manifiesta que la clandestinidad les ayudó a transfigurarse y disfrutar de ser un personaje o tener diferentes identidades en muchos espacios, tenían claro que escalar en las estructuras armadas y políticas, tenía sus limitaciones, era cerrar espacios de acción, desenvolverse con tranquilidad en los barrios, y eso era lo interesante de ser militantes o colaboradoras, como lo llaman los hombres, exponerse no era la opción por la que optaban. El no ser reconocidas les permitió salir cuando quisieron, les dio la oportunidad de seguir adelante. Para Lucia:

Los hombres no podían salir huyendo con un pie a fuera y otro adentro, nosotras podíamos darnos el lujo de salir y que nadie nos extrañara. No ser visible te permite realizar el deseo de la libertad, de cambiar de proyecto de vida, de dedicarte a otra cosa, escapar, poder moverse, permitirse ser, al contrario, los hombres no sienten eso, temen perder el vínculo, empezar de nuevo, romper y volverse hacer.

La concepción que demarcan las mujeres entrevistadas acerca la visión de futuro en ese entonces era muy de las victorias que podían obtener las milicias del momento, coinciden en que la revolución, los deseos y el futuro de los sujetos iba en vías distintas, por este motivo se hace subjetivo establecer intereses en concretos, ya que muchos estuvieron en sintonía con el trabajo barrial y otros

⁶⁸ Alias Lucia Ex militante del Movimiento Bolivariano, brazo político de las FARC. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2019.

⁶⁹ Alias Lucia Ex militante del Movimiento Bolivariano, brazo político de las FARC. Entrevista realizada el 2 de octubre de 2019.

estuvieron concentrados en sobresalir como milicianos, incluso otros sólo querían una oportunidad de obtener un trabajo.

La discreción fue otra de las categorías más referidas en las entrevistas, no justifica la invisibilización masculina y el no reconocimiento de sus trayectorias en los recuerdos de la gente, de la historia que se hace pública a nivel de ciudad. Sin embargo, para ellas ha sido importante pasar desapercibidas, su nivel de discreción. En un primer momento les permitió mayor incidencia en proyectos políticos y barriales, pero lo más importante es que la discreción les ha permitido continuidad en sus acciones. Hoy siguen incidiendo en lo político precisamente por ese cuidado a no ser las más visibles.

Resulta canónico la imagen abnegada que tiene las mujeres en los grupos armados, son recordadas y narradas en relación a los hombres, sumidas a estar detrás en recuerdos bélicos y delante cuando se recobran los recuerdos que las unen al plano sentimental. Esta contradicción se debe a que la guerra pone en distintas barajas la violencia y lo moral-emocional, primando lo primero en la idealización y representación del poder, lo segundo le sirve de comodín y resguardo ante la humanidad, de esta manera la fuerza por parte de los entrevistados estuvo puesta en recobrar las hazañas masculinas y cuando pasaron a lo que “no era tan relevante” como sus sentires, quitaron el velo, para ver que la estructura armada se nutrió también de relaciones, redes solidarias y de lo femenino. Ello, sin embargo, no implica una mirada negativa sobre el ser mujer en medio de la guerra. Al contrario, visibiliza los matices de la forma como relatamos fenómenos como el miliciano.

3. La apuesta es la vida

El panorama de exclusión y de guerra en la zona nororiental contrajo la planificación social. En los años de 1991 a 1998, el estado pretendió recuperar la legitimidad, reconstruyendo la imagen de confianza sobre los habitantes, el foco fueron los jóvenes, el corazón de la violencia; la juventud como problema, pero a la vez esperanza. Esta dimensión le permitió la creación de programas gubernamentales basados en proyectos, a los cuales habitantes y milicianos que pactaron la paz se sumaron.

El gobierno nacional fundamentó como crucial para la paz, que llegaran a negociar y planificar a todos los lugares, funcionarios, la iglesia, instituciones y ONGS, y así al generar enlaces, la violencia transitara a procesos organizativos.

La pastoral, que así comenzamos a identificarla, se metió a los barrios hacer reuniones, nos plantearon la resolución de conflictos y uno bien hambreado de poder que dizque los pactos, eso era una cosa como muy graciosa. Pero pa que', eso de la resolución de conflictos caló bien al principio, los padres trajeron los proyectos productivos⁷⁰.

Este desenlace miliciano lo aprovecharon jóvenes, quienes quisieron darle otro rumbo a la zozobra y con la ayuda de mujeres transitaron a procesos organizativos. La feminización del rol en los liderazgos, la convicción de las mujeres sobre el trabajo social y la credibilidad en el cambio para las familias, reordenó la forma de vivir las experiencias en la zona nororiental. La participación y el interés de las mujeres, sostuvo los proyectos urbanos, fortalecieron juntas de acción comunal, corporaciones, redes juveniles de la ciudad, su movimiento y la integridad por los diferentes escenarios partió de la valoración de la vida y la búsqueda de la paz.

Debo resaltar que los aprendizajes de varias de estas mujeres, no fueron traídos sólo de sus experiencias en los grupos milicianos sino también de la guerra en general, depositarlos en los proyectos institucionales que fueron llegando poco a poco a los barrios han hecho de las diferentes luchas y resistencias un ejercicio político. De manera autónoma, las mujeres han ido superando las dificultades y han aportado a la organización social de la ciudad.

La convicción les permitió tejer nuevos lazos, para volver a juntar lo que sintieron que la violencia dificultó, su empoderamiento también ha llevado a que ellas buscaran más alternativas para derrotar la subordinación y el olvido. Juntarse en pro de construir colectivos, acciones colectivas y movimientos de mujeres, son posturas que han facilitado el diálogo y la negociación de la convivencia, ya que siguen siendo un puente entre lo urbano y el estado.

Nuestro papel histórico ha sido romper roles, yo decidí ser Sara la que confronta, la que arma la palabra, yo en toda la experiencia he entendido que debemos ser profesionales de la revolución, encargadas de la creación de la conciencia de los

⁷⁰ Ex integrante de grupos milicianos y combos en Medellín. Entrevista realizada el 26 de junio de 2019.

pueblos y, eso se logra formándose y fortaleciendo procesos de mujeres, para la nueva Colombia⁷¹.

Para Angélica Nieto y Diana Hoyos Gómez (2016) la participación de las mujeres ha ido impactando la esfera política formal, sus estrategias han incidido en responder a los efectos del conflicto armado por lo que han aportado a la reconstrucción del tejido social a través de la formación de lideresas comunitarias y grupos de mujeres que han aportado a su vez el duelo en aquellas mujeres que han padecido de manera sistemática la violencia. En la Comuna 1 popular, las mujeres se dispersaron en los diferentes procesos formados ante el proceso de negociación, Coosercom, Paisa joven⁷² y Articulaciones juveniles. A su vez constituyeron procesos autónomos por las madres comunitarias, que desde los 80 se juntaban a expresar problemas y angustias.

Para finales de los 90 recobraron fuerza y se consolida la Coordinación de mujeres de la Zona Nororiental CMZN⁷³, en pro de fortalecer procesos comunitarios en alianza con Corporaciones Comunitarias de la zona como la Corporación Convivamos. Las ideas impartidas en los inicios por los grupos milicianos como la defensa, subsanar las condiciones materiales y el reclamo de acciones estatales ante las mejoras de infraestructura y de oportunidades, fueron transportadas y transformadas por las mujeres que fueron adentrándose a los diferentes escenarios.

La participación de las mujeres ha estado siempre en la complejidad que ha significado la guerra, el no interés en reproducir el heroísmo patriarcal y su insistencia en la ejecución del cuidado como la preocupación por el bien de otro y de todo, hace plausible que, aunque este sea un rol asignado ha sido una actividad que trasciende todo sentido binario por que propone otro tipo de relacionamientos a nivel barrial.

⁷¹ Alias Sara comienza ayudando en las Milicias Bolivarianas teniendo tareas concretas de clandestinidad en la ciudad, luego tras recibir capacitación política- Militar se une al partido. Entrevista realizada el 30 octubre de 2018.

⁷² Esta fue una iniciativa de la Consejería Presidencial para Medellín que buscaba fortalecer la participación juvenil a través de ofertas de trabajo y proyectos productivos. Ver: Lázaro, 2019.

⁷³ En un principio se llamó “semillas de amor”, según las investigaciones de Heidy Gómez (2010), este espacio se posicionó como un lugar de encuentro, formación y construcción conjunta de mujeres de diferentes barrios y en diversos casos de mujeres de varios lugares de la ciudad para incidir en la política.

En todo el proceso de campo se logró establecer que la presencia de mujeres en el proceso miliciano fue permanente, después de la desmovilización muchas de estas deciden continuar su proyecto de vida de forma alejada, es decir, dejando de lado los grupos, moviéndose de los sectores y otras en el caso de aquellas que fueron entrevistadas en este proyecto, siguen en el territorio incidiendo en la organización social de la comunidad, por lo que la investigación sobre las mujeres en grupos armados y en contextos urbanos sigue abierta.

Conclusiones

Las investigaciones sobre las mujeres en los contextos de guerra, son relativamente nuevas. Apenas para el año 2005 emergieron reflexiones acerca de la creciente vinculación de mujeres al conflicto armado, ya fuera como combatientes o víctimas, lo que concentró la mirada de género en los contextos de violencia colombinos. La antropología en relación con enfoques de género ha identificado el necesario análisis sobre la diferencia de lo que hombres y mujeres sienten y hacen alrededor de la violencia, debido a que la sociedad ha esencializado y estereotipado a las mujeres como “pacificadoras y frágiles por naturaleza”. Esta condición de rol, por una parte, las ha usado de forma degradante en la guerra, y por otra, ha invisibilizado el papel de las mujeres y lo femenino dentro de la misma, lo que ha distorsionado, anclado y reproducido su imagen y participación a partir de discursos patriarcales.

Para los años de 1990 Medellín contempló un fenómeno de violencia álgido perpetuado por diferentes grupos armados, uno de los actores, las milicias populares, actuaron en diferentes barrios de la ciudad, abanderando acciones de limpieza social y la defensa de los territorios. Su ejercicio fue diverso, ya que la regulación, autorización y resolución de todos los conflictos cotidianos fueron la insignia de su actuación en los lugares más pobres de la ciudad. Ante este fenómeno la memoria colectiva narra sus acciones de forma heroica, los hombres son quienes interpretan y protagonizan los sucesos, las mujeres no aparecen, y si lo hacen, encarnan la categoría de “novias” o “amigas” de los milicianos, lo que ha conllevado a que la oficialidad del pasado sea narrada a través de una visión masculinizada.

La aparición de las mujeres en el fenómeno miliciano ha estado de forma permanente, desarrollando diferentes actividades. Si bien los grupos milicianos existentes en todo el Valle de Aburrá fueron trece, este trabajo toma sólo dos grupos, las Milicias Bolivarianas MB y las Milicias del Pueblo y Para el Pueblo MPP, las cuales tuvieron incidencia en la zona nororiental, comunas 1, 2 y 3 de Medellín. Estas, como los demás grupos milicianos se diferenciaron por su carácter ideológico, las (MB) surgieron de una ideología guerrillera por parte de las FARC, por lo que gran parte de su esquema obedeció a ser un brazo armado de una estructura mayor, mientras que las (MPP) aunque tuvieran varios líderes que en sus inicios llegaron del ELN, no desarrollaron sus ideas, más bien la estructura se fortaleció por una mirada independiente, donde los vecinos y habitantes del común, fueron quienes se unieron en la defensa de sus barrios con ejecuciones militares y trabajo social.

Las narraciones sobre la participación de las mujeres son contradictorias, los hombres destacan su rol importante por las diversas tareas que realizaron, como informantes, trabajo político y militar, sin embargo, cuando se refieren a ellas asumen su importancia a partir de la relación emocional que entablaron y su posición en la violencia, por lo que, su rol de cuidadoras prima en la mayoría de los casos. Este inconveniente estructural supone una lógica dominante ante lo que se considera legítimo en una sociedad, dentro de las relaciones de poder los hombres son quienes revisten el mundo, son los que encarnan la figura del heroísmo, el protagonismo, son los que experimentan y ejercen la violencia.

La narrativa de y sobre las mujeres por parte de habitantes, algunos milicianos y ellas mismas, dan cuenta de la importancia que tuvieron en dicho grupo, más allá del discurso heroico y patriarcal, su inserción se debió a la credibilidad de hacer parte de un proyecto que estaba garantizando soluciones a la comunidad, por lo que sus accionares demostraron su preocupación por la organización comunitaria y la mejora en las condiciones de vida, que trascendió los resultados de la milicia de la limpieza social.

El desarrollo del fenómeno miliciano se vio alimentado por relaciones y redes que tejían en los barrios, sobre todo con las mujeres y sus familias quienes los protegían, les brindaban refugio y les ayudaban en los aspectos domésticos, por el actuar propio del grupo que tuvo que ver con la movilidad y clandestinidad para no ser detectados ni atrapados por la policía. Los hombres se valieron de la doble inserción de las mujeres al fenómeno miliciano, puesto que no sólo seguían desarrollando su rol en lo privado, sino que, además, se encargaron de generar la confianza y los espacios de socialización de estos grupos en los barrios.

El campo etnográfico dejó en claro la diferencia de la concepción de las mujeres en los grupos analizados, para las (MB), la diferencia estuvo dada por el ejercicio militar. El hombre era quien estaba al frente de las armas y las mujeres se encontraban en la militancia de partido, es decir, las mujeres las ubicaron en el ejercicio político, acciones más de apoyo y colaboración, a pesar de que admiten que varias mujeres comandaron a la par que los hombres, pero no las reconocen como tal en su jerarquía de mando. En suma, la mujer es reconocida como “copartípe”.

Por otro lado, para las (MPP), la consideración de las mujeres se hace contradictoria. Al ser un grupo conformado societalmente, la llegada de mujeres estuvo dada por el crecimiento rápido de la organización, por lo que las mujeres ingresan con otras personas y se iban involucrando de diferentes maneras y no necesariamente empuñaron las armas. Identifican a las mujeres en el escenario de dadoras de vida y protectoras. Por ello, dentro de sus narraciones mencionan a sus madres y hermanas que fueron claves en esconderlos dentro de sus casas, a la par que guardaban las municiones y armamentos que estos adquirirían.

Lo anterior deja como resultado que los grupos milicianos en esencia fueron estructuras armadas, la conexión de lo social y político fue un vehículo en la toma de lo urbano y en esa medida las mujeres y su participación indirecta no logran tener importancia, la reproducción de su imagen es invisibilizada en la oficialidad de los recuerdos, en los parámetros de la violencia no reconocen que el desarrollo de sus grupos también tuvo éxito por la agencia con los lugares donde vivían, para otros los lugares a donde llegaron y la gente que los habitaba.

La agencia y el relacionamiento con los pobladores le dieron función a la clandestinidad, de hecho, para las mujeres que estuvieron dentro de los grupos, fue el fundamento para permanecer en el tiempo. La desintegración rápida y los acuerdos de paz pactados en 1994 en la zona nororiental generaron un socavamiento de los miembros y estas al decidir no ser tan visibles y no aparecer tuvo una correlación con la protección hacia los suyos y la consideración de lo que para ellas significó el futuro que se diferenció en los hombres, para ellas la defensa de la vida, sobretodo de sus hijos (algunos tenidos con milicianos) primó, para los hombres cumplir la tarea como defensores y héroes ante lo público era el presente y futuro inmediato.

El estudio de las mujeres en la guerra tiene gran importancia para los estudios sociales, la pregunta sobre estas en la violencia local busca lo complejo en la experiencia urbana, considerar los actores del conflicto como un campo investigativo proporcionó en este trabajo la necesaria reflexión de la vida cotidiana como campo donde se construyen todo tipo de relaciones, familiares, amistad, creencias y acciones de resistencia o violencia.

A la par considerar el género en el proceso de memoria, la narración de los diferentes pasados que conserva las personas, apuntó asumir memorias reales, recrear recuerdos sin pudor, de forma sincera, aunque muchas veces trocadas con el miedo, explicaron la difícil y tan indispensable tarea que es hablar de algunos contextos, en este caso hablar sobre las mujeres y el conflicto.

Se encontraron memorias regidas por la visión machista y normalizada socialmente en la desventaja que padecen las mujeres, lo femenino, la mujer y su condición de género las atrapa detrás de los sucesos, se ha condenado a leer su activismo de una sola manera en la escala exclusiva del poder. Por su parte el ser hombre también se condena a responder por una imagen inmaculada, dispensadores de la violencia, del terror, del miedo, de obediencia o regeneradores, esta característica les dificultó salir o hacerse a un lado de los grupos milicianos.

La convicción de las mujeres y su empoderamiento en medio de lo invisible, les llevo a llevar ideas proyectadas en un principio por los grupos milicianos como la defensa del territorio y el reclamo ante el estado en las mejoras de condiciones materiales de los barrios, a los escenario institucionales, a pesar del socavamientos de los grupos milicianos, estas tejieron nuevos lazos, buscaron alternativas, generaron procesos, acciones colectivas, y movimientos de mujeres, el conocimiento y las experiencia aprendidas en las milicias y la violencia en general, les permitieron entablar el diálogo entre la comuna y el estado, participar en la organización comunitaria, esta fue la forma en que las mujeres negociaron la convivencia y han tramitado los conflictos barriales.

Las mujeres son quienes se han interesado por su sitio dentro del campo investigativo, accediendo al reto de sobresalir en la lógica dominante y de lo que se considera legítimo de una sociedad. En esta medida resulta la pregunta por el género, la disciplina antropológica, su rigurosidad y la alternativa de sus instrumentos disciplinares se hacen indispensables para estos temas pocos investigados. Es seguro que el método etnográfico y su apertura hacía la memoria puede dar detalle del significado de las relaciones sociales, los acontecimientos vitales de la gente, lo que se privilegia en el recuerdo y oralidad, como fuente de conocimiento y verdad, para seguir estudiando, descifrando y develando lo amplio y complejo que pasa en la sociedad y

como reto en las ciencias sociales debemos traspasar la visión de que son las mujeres quienes escriben sobre otras mujeres.

Referencias bibliográficas

Abu- Lughod, L., Viveros, Vigoya. M., Gómez, Correal. D, Ojeada. D. (2019) “*Antropología y feminismo*”. Popayán, Colombia: Ed, Asociación Colombiana de Antropología.

Acevedo, Martínez. M., Restrepo, Montoya. L. (2002). “*Políticas de seguridad, paz y convivencia: una mirada al conflicto urbano de Medellín 1998-2002*”. Ed, Universidad de Antioquia.

Alonso. M., Giraldo. J., Sierra. D. (2007) “*Medellín: El complejo camino de la competencia armada*, en: Parapolítica. *La ruta de la expansión paramilitar y los acuerdos políticos* “Corporación Nuevo Arcoíris, p.109-164.

Arenas, S. (2012). Memorias que perviven en el silencio. *Universitas Humanística*, (74), 173 – 193.

Bernal. A. (2001) “*Mujeres y Guerras en Colombia*”. Revista en otras palabras, Grupo Mujer y Sociedad, programa estudios de género Universidad Nacional de Colombia, Corporación casa de la Mujer, (8), p.13 -20 Blair. E. (2007) *Muertes violentas. La teatralización del exceso*. Instituto de Estudios Regionales INER, Medellín: Ed, Universidad de Antioquia.

Blair. E., Londoño. L. (2005) *La corporalidad de las guerras: una mirada sobre las mujeres combatientes desde el cuerpo y el lenguaje*. *Revista de Estudios Sociales*, (21), p 67-74.

BPP (199?) *Testimonios y versiones de las milicias urbanas*.

Bustamante, Sierra. M., Pineda, Zuluaga., Yarce, Rodríguez., Yarce, Rodríguez. A. (1994) “*Cooperativa Coosercom Milicias Populares*”. Facultad de Administración de Empresas, Fundación Universitaria Luis Amigo.

Caraballo, Vladimir. (2013) “*Órdenes locales, acuerdos de paz y presencia diferenciada del Estado*”. *Negociación con las milicias populares de Medellín*. *Colombia Internacional*, (77), 241-270.

CNMH (2014) *“Mujeres y Guerra”*. Víctimas y resistentes en el Caribe Colombiano. 2011, Ediciones Semana. Bogotá.

CNMH (2017) *Medellín: memorias de una guerra urbana*, - Corporación Región - Ministerio del Interior - Alcaldía de Medellín - Universidad EAFIT - Universidad de Antioquia, Bogotá.

CNMH (2011) *La memoria histórica desde la perspectiva de género conceptos y herramientas*. Editorial S.A. Bogotá. Recuperado de: http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2011/la_reconstruccion_de_la_memoria_historica_desde_la_perspectiva_de_genero_final.pdf

Da Silva, Catela. L. (2004) *“Conocer el silencio Entrevistas y estrategias de conocimiento de situaciones límites*. Revista Oficios Terrestres” (57), Universidad Nacional de la Plata, p. 42-54.

Das. V. (2008) *“Sujetos del dolor, agentes de dignidad”*. Ediciones Francisco. A. Ortega, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas, Instituto CES.

Dietrich. L. (2014) *La “compañera política”: mujeres militantes y espacios de “agencia” en insurgencias latinoamericanas*. Revista Colombia Internacional, (80), p. 83-133.

Franco. V. (2006) *La ciudad y la guerra*. Revista desde la Región. (46), p. 23-28.

Galeano. N. (2017) *“Gaminería: una categoría nativa para el control del territorio en y entre grupos armados ilegales en Medellín, Colombia”*. Boletín de Antropología. Universidad de Antioquia, Medellín, vol. 32, (53), p 76 - 99.

García, Escribano. J. (2011). *El sexo excluido, mujer y participación política*. Psicología Política” Ed, Universidad de Murcia, (42), p 13-27.

García, Inés. C. (2011) *“Los estudios sobre lo Órdenes locales. Enfoque, debates y desafíos.”* Revista análisis políticos, Bogotá (73), p 55-78.

Gómez, H. (2010) *“Resistir y persistir: estrategias organizativas de mujeres de la zona nororiental de Medellín*. Revista Kavilando. (02), p 189-193.

Ibarra, Melo. M. (2007) *“Transformaciones identitarias de las mujeres como resultado de su participación política en las guerrillas y en las acciones colectivas por la paz en Colombia”*. Ed, Universidad Complutense de Madrid.

Jaramillo, Castillo. E (1996) *“Las milicias de Medellín. Reflexiones iniciales sobre el proceso de Negociación”*. Revista Uniandes. (36), p 9-15.

Jaramillo. A. (1993) *“Milicias populares en Medellín entre lo privado y lo público.”* Ed, Foro Nacional por Colombia. Revista Foro. (22), p 25-36.

Jaramillo. A. (1994) *“Milicias populares en Medellín, ENTRE LA GUERRA Y LA PAZ”* Corporación Región. Revista de Estudios políticos, (46). Universidad de Antioquia.

Jiménez, Gómez. D. (2016) *Las “mujeres nuevas” de Alfaro Vive Carajo. Identidades de género, experiencias, historia y memoria política*. Facultad latinoamericana de ciencias sociales FLACSO.

Jimeno. M., Murillo. S., Martínez. J. (2012) *Etnografías Contemporáneas trabajo de campo*. Facultad de Ciencias Humanas. Centro de Estudios Sociales (CES), Universidad Nacional de Colombia.

Lagarde. M. (1996) *Género y Feminismo desarrollo humano y democracia*. Ed, horas y Horas, San Cristóbal Madrid. 1996.

Lamus, Canavate. D. (2010) *De la subversión a la inclusión: movimientos de mujeres de la segunda ola en Colombia, 1975-2005*. Colección Antropología en la modernidad, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Lázaro, A (2019). *Gobernar lo ingobernable. Mecanismos institucionales y efectos de Estado en la gestión de la población joven de la ciudad de Medellín: la Corporación Mixta Paisa joven el Consejo Municipal de Juventud (1995 – 2011)*. Tesis para optar al título de politólogo. Universidad de Antioquia.

Londoño, Berrio. H. (2014). *Pluralismo punitivo y derechos humanos: el caso de la comuna 13 de Medellín- Colombia 2000-2010*. Universidad de Antioquia, 2014.

Londoño, Fernández. L., Nieto, Valdivieso. Y. (2006). *Mujeres no contadas: procesos de desmovilización y retorno a la vida civil de mujeres excombatientes en Colombia 1990-2003*. La carreta Editores E.U. 2006.

Marín, Pineda. N. (2018) *Protesta y Estado: una mirada a la contienda política en la zona Noroccidental de la ciudad de Medellín (1976-1988)*. (Tesis de pregrado). Universidad de Antioquia, Medellín.

Martín. G. (2014) *Medellín tragedia y resurrección Mafias, ciudad y Estado 1975-2013*. Editorial la carreta Histórica.

Meertens. D. (2001) *Cosiendo futuro: cotidianidad y proyectos de vida de mujeres desplazadas*. Revista en otras palabras, Grupo Mujer y Sociedad. Universidad Nacional de Colombia, Corporación casa de la Mujer, (8), p 69-77.

Molina Mejía, S. (2016). *Milicias Populares en la ciudad de Medellín. Una mirada coyuntural y discursiva desde la prensa escrita (1984-1994)*. (Tesis de pregrado). Repositorio CISH, Universidad de Antioquia, Medellín.

Pastoral Social (1997) *Proyecto: formación humana y alternativas productivas. Barrio París –Versalles. Secours Catholique Caritas Francia 1994-1996*.

Paz, Jaramillo. L., Valencia, Agudelo. G. (2014) *Atipicidad del proceso de paz con las Milicias populares de Medellín*. Revista Estudios Políticos No. 46. Universidad Nacional de Colombia.263- 282.

Perdomo, Ramírez. L. (2018) *Vigilancia, castigo y aseguramiento en las milicias populares de Medellín ¿Hacer la revolución o hacer el estado?* (Tesis de Maestría), Universidad de Antioquia, Medellín.

Piedrahita, I; Gil, M (2017). Lecturas polifónicas sobre las violencias urbanas: estado del arte sobre investigaciones hechas en Medellín entre el 2010 y el 2015. Sociedad y Economía, nro. 32. Pp. 147 – 170.

Restrepo, Eduardo (2016). La antropología en Colombia en el nuevo milenio. En Tocancipá, Jairo Antropologías en Colombia: tendencias y debates. Popayán (Colombia): Editorial del Cauca.

Ruta Pacífica de Mujeres (2013) " *La memoria histórica desde la perspectiva de género*". Recuperado de:
<http://www.rutapacifica.org.co/descargas/publicaciones/versionresumida.pdf>

Salazar, Jaramillo. A. (1993) *Mujeres de fuego. Medellín*. Corporación región para el desarrollo y la democracia. Medellín, Colombia. 1993.

Santiso, Sanz. R. (2000) *Apuntes para una Antropología urbana de género*. Revista temas de Antropología aragonesa. No 10, Universidad de Zaragoza. 179-200.

Segato, RL. (2003) *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Universidad Nacional de Quilmes, Editora María Inés Silberberg.

Tapias, Borrero, J. (2001) *Las milicias populares y el ELN como casos de estudio: El anclaje cultural del conflicto político*. Revista Javeriana. El pensamiento cristiano en diálogo con el mundo, Tomo 136, (673). Scielo, p 213-238.

Téllez, Ardila. A. (1995) *Las Milicias populares otra expresión de la violencia social en Colombia*. Rodríguez Quito editores.

Theidon. K. (2004) " *Entre prójimos. El conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú*", IEP Ediciones.

Theidon. K. (2006) " *Hablar en el terror*". *Trabajo de campo en medio del conflicto armado*. Martha Nubia Bello (Ed.). En: Investigación y desplazamiento forzado. Reflexiones éticas y metodológicas, Bogotá: REDIF, Conciencias, Colombia, p 56-72.

Theidon. K. (2006). *Género en transición: sentido común, mujeres y guerra*. Cuadernos de Antropología Social (24), Dialnet, p 69–92.

Troncoso, Pérez. L., Shafir, Piper. I. (2015) Género y memoria: articulaciones críticas y feministas. Revista Athenea Digital. (15). Universidad de Chile, p 65-90

Tronto. J. (2018) *El futuro del cuidado. Compresion de la ética del cuidado y práctica enfermera*, Ed, San Juan de Dios. Recuperado de <https://pbcoib.blob.core.windows.net/coib-publish/invar/d23d4137-42f4-4331-924e-b660473acf64>

Uribe. M. (1997) *La negociación de los conflictos en el ámbito de viejas y nuevas sociabilidades*. En: conflicto y contexto, resolución alternativa de conflictos y contexto social. Boaventura de Sousa Santos, TM Editores instituto ser investigaciones Colciencias. 1997.

Vanegas, Espejo. J. (2017) *“¡A mucho honor guerrillera!”: un análisis sobre la vida de las mujeres guerrilleras en Colombia*. (Tesis de maestría), Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Vásquez. M. (2007). *Entre la Guerra y la paz: resignificación del proyecto de vida en las mujeres excombatientes*. Revista en Otras palabras, No 08, 01-06. Bogotá Colombia.

Villacinda, Madrid. V. (2019) *Formas de tramitar del conflicto: proceso de paz entre milicias populares de Medellín y el estado colombiano, 1994*. (Tesis de pregrado) Universidad de Antioquia, Medellín.

Vasilachis, Gialdino. I. (2006) *Estrategias de investigación social*. Barcelona. España: Ed, Gedisa S.A.

Artículos de prensa

El Colombiano. “Con las milicias populares aplazada firma de preacuerdo.” El colombiano. “Desvertebrado frente de las MP en la Minorista”. (1994, Febrero 9)

El Colombiano. “Gobierno busca mecanismos para dialogar con las milicias.” (1993, Junio 29)

El Colombiano. “Presuntos milicianos asesinan a 8 personas.” (1994, Abril 11)

El Colombiano. “Retenidos 4 supuestos Milicianos.” (1992, Agosto 22)

El Colombiano. Asesinados tres milicianos al parecer fue la delincuencia común. (1994, Marzo 2)

El Colombiano. Otro sector de milicias desea negociar piden que los precandidatos se pronuncien sobre el proceso de paz. (1994, Marzo 12)

El Tiempo. 400 Milicianos negocian la paz. *Bibiana Mercado y Orlando Restrepo*. (1994a, febrero 15).

El Tiempo. Diálogo con milicianos: ¿paz para Medellín? (1993)

El Tiempo. LA LEY DE LAS MILICIAS. (1993a)

El tiempo. Se desarman las milicias paisas. *Bibiana Mercado y Orlando Restrepo*. (1994, Mayo 26)

El Tiempo. Sellado pacto entre Gobierno y Milicias: Desmovilización se cumpliría el 8 de marzo. (1994b, febrero 16).